



Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>



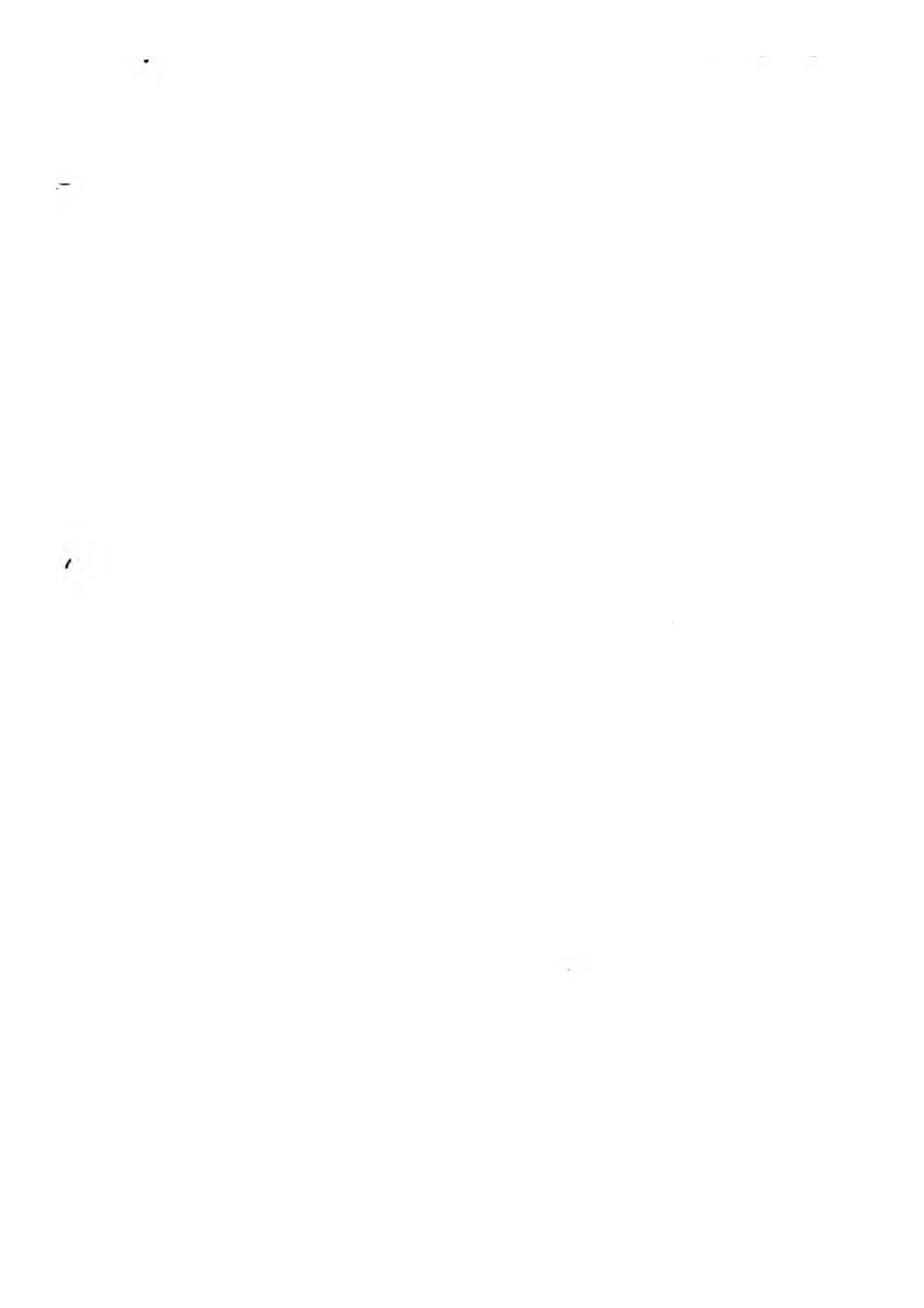
This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

15 a 11



TNR. 3560

~~ESF 3714 Art~~



10



JOAQUIN COSTA

OBRAS PUBLICADAS DE ESTA COLECCION

1. **El general Serrano, Duque de la Torre** (2.^a edición), por el *Marqués de Villaurrutia*.
2. **Sor Patrocinio, la Monja de las Llagas** (2.^a edición), por *Benjamín Jarnés*.
3. **Luis Candelas, el Bandido de Madrid**, por *Antonio Espina*.
4. **Carlos VII, Duque de Madrid**, por el *Conde de Rodezno*.
5. **Riesgo y ventura del Duque de Osuna**, por *Antonio Marichalar*.
6. **Martínez de la Rosa, Político y Poeta**, por *Luis de Sosa*.
7. **Sagasta, o el Político**, por el *Conde de Romanones*.
8. **Joaquín Costa, El gran Fracasado**, por *M. Ciges Aparicio*.

EN PRENSA

Méndez-Núñez, o el honor, por *Manuel de Mendivil*.



Don Joaquín Costa



Graus. — Casa en la que vivió y murió D. Joaquín Costa,
con su lápida conmemorativa

VIDAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX

8

JOAQUIN COSTA
EL GRAN FRACASADO

POR

M. CIGES APARICIO

PRIMERA EDICIÓN



ESPASA-CALPE, S. A.

BILBAO

M A D R I D B A R C E L O N A
Ríos Rosas, 24 Cortes, 579

1930



ES PROPIEDAD
Copyright by 1930
ESPASA-CALPE, S. A.
Published in Spain

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., RÍOS ROSAS, 24. — MADRID

INDICE

	Páginas
Costas y Martínez.....	7
I	11
II	17
III	23
IV	31
V	39
VI	47
VII	55
VIII	63
IX	73
X	81
XI	93
XII	101
XIII	109
XIV	115
XV	127
XVI	141
XVII	149
XVIII	159
XIX	167
XX	175
XXI	187
XXII	193
XXIII	203
XXIV	211
XXV	221
XXVI	229
XXVII	241
Después	249
Las obras de Costa	283



COSTAS Y MARTÍNEZ

El hijo mayor de Joaquín Costa Larrégola y de María Martínez Gil heredó el cuerpo de su ascendencia paterna y las extremidades de la materna.

Los Costas se caracterizan por su elevada estatura y buenas proporciones. Los Martínez son bajos, excepto Mosén Salamero, que también tiene de su familia las manos cortas, reducidas las piernas, deficientes los pies. Como su resobrino, parece un árbol enhiesto a quien la inseguridad de las raíces hace oscilar.

No fueron los Costas inventores de la pólvora; sí creen al padre del polígrafo capaz de inventarla.

Era el Sr. Joaquín (a) "El Cid" un hombre muy apuesto y repulido. Vestía a la manera de los campesinos altoaragoneses: alpargatas en verano, borceguíes en invierno, calzón corto y redondo sombrero de Sástago. En ese típico indumento no había reparo que ponerle, y era

.....

tan cuidadoso de su dignidad y persona, que en vísperas de morir —fué a los ochenta y siete años— decía a sus nietas que le calzasen dobles medias para disimular el enflaquecimiento de las piernas.

Desde más abajo de Graus hasta el pirenaico Benasque no recuerdan los vivos a otro comarcano que haya dejado mejor memoria que el Sr. Joaquín. Muerto dentro de este siglo, son muchos los supervivientes que le trataron, y todos hablan con admiración, conviniendo en que a sus luces naturales sólo faltó la de las letras para equipararse a su hijo. Hombre de sesuso consejo en materias propias de su oficio, tenía la palabra fácil, sosegada y convincente. Ninguna ley ni costumbre del campo le eran extrañas, y los labriegos acudían de varias leguas a la redonda para que los informase o departiese. En casos de duda solicitaban su dictamen.

—El señor Joaquín ha dicho...

Y no había más que hablar.

Ricos y cultos aseguraban que si fuera libre la elección de defensor hubiesen designado al "Cid" para representarlos en los tribunales.

Modesto labrador, al que nada sobraba, recibía algunos gajes ejerciendo su abogacía de secano; pero casi todo lo que le daban unos se lo llevaban otros. Por conocimiento directo o golpe de vista sabía quiénes eran los necesitados.

—¿Qué le debo a usted, señor Joaquín? —decíale el consultante.

“El Cid” movía la cabeza. Le preguntaba cuánto anduvo para verle, qué había comido en el camino, qué guardaba para el retorno. El hombre bajó de la montaña al clarear, tuvo que recorrer tres leguas, comió un pedazo de pan y llevaba otro de repuesto para la vuelta.

—¡Válgame Dios, y encima quieren engañarte!

Mientras deploraba la mala suerte del labriego, revolvía la faltriquera buscando una peseta.

—Toma, hombre, y cómprate algo de comer.

Doctos o palurdos, gozan fama de inteligentes los Martínez, abundando entre ellos los estudiosos que escogieron carrera según las posibilidades económicas de la familia: el Dr. Martínez Vargas fué rector de la Universidad de Barcelona; Martínez Baselga, profesor de Veterinaria en la Escuela de Zaragoza; maestras de primera enseñanza, sobrinas y resobrinas de Costa. Los más conocidos por su allegamiento al prohombre fueron Mosén Lucas Martínez y Monseñor Salamero Martínez.

Mosén Lucas, tío carnal, fué fraile trapense, cura de una aldea pirenaica, beneficiado de San Felipe de Zaragoza en 1893, y obtuvo una modesta jubilación en la senectud por la amistad de Costa con el cardenal Cascajares. Su amor a la

Astronomía haciale pasar muchos ratos mirando a lo alto, por donde sacaron algunos, sin más fundamento, que Mosén Lucas tenía algo de lunático. Su intransigencia religiosa amargó los últimos días del sobrino, reacio en admitir los auxilios espirituales.

Mosén José Salamero Martínez, tío en tercer grado, fué más notorio que su pariente Lucas. Era partidario acérrimo de D. Carlos, hombre de doctrina y buen polemista. Fundó el Colegio del Angel de las Escuelas, en Madrid; dirigió El Espiritu Católico y La Controversia. El cardenal Ceferino González, de quien era amigo, le estimaba en mucho. Estudió en Roma y tuvo gran metimiento en la Curia, de donde suponen los gradenses que le llegaban los abundantes fondos para sus fundaciones y obras pías. Prelado doméstico de Su Santidad, no quiso recibir la consagración, porque el balanceo que imprimía a su cuerpo la deficiencia de base le pareció depresivo de la dignidad episcopal.

El Sr. Joaquín Costa Larrégola nació en Benavente de Aragón (antiguo condado de Ribagorza), pueblecito que dista seis o siete kilómetros de Graus. Fuése a vivir de muchacho con unos tíos de Monzón, que le dejaron heredero de algunas tierrecillas. En esa ciudad contrajo primeras nupcias, y le vino al mundo una hija llamada Teresa. De viudo volvió a casarse con la gradense María Martínez Gil, que le hizo padre de once hijos, predominando las hembras. En campo tan prolífico la Muerte tuvo mucho que guadañar, y al extinguirse *El Cid* sólo le quedaban dos parejas: Joaquín y Tomás, Marina y Vicenta.

Con todo su buen consejo, el honrado labriego no cayó en la cuenta de que conviene maridar donde se deba residir. María no pudo arraigarse en Monzón y desarraigó a su marido.

Poco difieren Graus y Monzón. Ambas ciudades tienen ambiente histórico y color local. A una la domina el pétreo convento donde Baltasar Gracián escribió *El criticón*, y la otra pare-

ce abrumada por el enhiesto castillo de los Templarios. De puro estilo aragonés son en las dos los vetustos palacios blasonados. Fertiliza a Graus el Esera y a Monzón el Cinca y el Sosa. Ninguna diferencia radical entre ellas, si no es la aportada en estos años finales a la última por la industria azucarera. El emigrante de otras tierras lo mismo se acomodaría en Graus que en Monzón.

No así María Martínez. Sus raíces afectivas estaban bien fincadas en el pueblo natal y no pasaba día sin sentir el tirón nostálgico. Seis años le costó de súplicas para que su marido la condujese a su tierra. El Sr. Joaquín era hombre de sólida voluntad para mandar y hacerse obedecer; pero "tanto puede una mujer que llora", que al cabo vendió sus campos y se fué con María a Graus, llevándose por delante a un rapaz que de él recibió nombre.

A la entrada de la monzonesa calle de Gambau, esquina a la Mayor, hay una placa azul que nada dice; pero sí ostenta innumerables picaduras como hoyos de viruela que pudieran explicar mucho. Por ejemplo, la iracundia de los chiquillos, que a pedradas hubiesen suprimido el rótulo. Como hay otras calles con placas azules, huellas variolosas y rótulos borrados, es razonable suponer que el ultraje no se debe a lapidaciones cerriles, sino a defectuosa calidad del esmalte. Con aquella placa habían rebautizado a la

calle de Gambau dándole el nombre de Joaquín Costa.

No nació ni vivió el futuro polígrafo en esa breve rúa de labriego aspecto y casas iguales. La tercera, a mano izquierda, fué residencia del Sr. Joaquín y Martina, su primera esposa. Al contraer segundas nupcias se mudó al número 70 de la calle Mayor, y aquí vino al mundo el primero de sus hijos varones, día 14 de septiembre del año 1846. Doble lápida lo atestigua. La que ocupa la parte superior de la fachada fué homenaje del Ayuntamiento, y la inferior del Centro Republicano. El Ayuntamiento de fijo que no pensó en la suya viviendo Costa, pero sí los republicanos, que la guardaron varios años en su domicilio social.

Por violento horror a los homenajes y más por sentir en lo vivo la ofensa que le infirió Monzón se negó tozudamente a que sus amigos le rindieran honores en vida; pero les autorizó a que se los tributasen muerto por no rehusarles el derecho al desagravio. ¿Qué le hicieron sus paisanos?

Costa fué candidato por Barbastro en 1896, teniendo de contrincante a un fusionista. Liberales y conservadores se aunaron contra él, aunque es indudable que también desasidos le hubiesen derrotado...

—Costa gozaba entonces de mediana notoriedad en el distrito —oigo decir en Monzón—. De

aquí salió muy pequeño, y sólo sabíamos que era “un hombre aprovechado”, ganador de oposiciones y notario en Madrid...

Es una disculpa, bien lo comprendo; como estoy seguro de que los buenos monzoneses sienten y deploran su proceder de entonces, que la desconsideración fué obra de caciques más que de ellos mismos. Pero Costa gozaba ya de máxima nombradía en el distrito como fundador de la Cámara del Alto Aragón, y sus propios paisanos le habían aclamado más de una vez en las Asambleas de Barbastro.

En el viaje de propaganda electoral llegó a su patria. Un cuñado le acompañaba. La recepción fué fría; muy pocos sus partidarios. Ni siquiera pudo obtener sitio cerrado en donde celebrar un mitin, que los caciques de ambos bandos se conchabaron a fin de aislarle. Visitó al señor alcalde para pedirle permiso de hablar en la plaza, donde sita el Ayuntamiento. Naturalmente, la criatura del cacique le rehusó autorización...

Costa andaba con la doble dificultad de sus pies diminutos y de su mal incurable. Asido al brazo del cuñado y encendido de cólera, gritaba por la calle:

—Para tratar con esta canalla huelgan palabras y faltan trabucos. ¡Que me den un trabuco!...

Y sacudía el brazo de su cuñado, con peligro de caer ambos al suelo.

—¡Que me den un trabuco!

Ni escopetas ni fusiles. Habían de ser trabucos lo que dieran al intelectual guardador de la rudeza originaria.

Su voz de Esténtor hizo que de los interiores acudiese gente a las puertas. El pequeño grupo que le acompañaba fué engrosando. Un amigo le invitó a celebrar el mitin en la posada vecina del puente...

No es muy amplio el corral —que aun existe con el mesón—; pero sí suficiente para guarecer al escaso público. Aunque la puerta esté cerrada, desde la calle se ve el ventanuco del pajar que sirvió de tribuna a Costa. Ni cuerpo ni manos cabían: sólo la enorme cabeza pudo salir por el agujero. A las pocas palabras tuvo que detenerse...

Enviados por el alcalde, en lo alto de la calle aparecieron cuatro o cinco músicos de una disuelta charanga. Para los conocedores del secreto, que esperaban en el exterior, fué motivo de chanza la aparición, y de protesta para los que escuchaban en el corral. Costa dominó desde el ventano aquel griterío; pero no la endiablada cacofonía de los cobres. Cuando se fué alejando el estrépito, reanudó el discurso, mas los murguistas dieron media vuelta, y así pasearon ante el mesón hasta que el candidato, a punto de sincopizarse de ira y vergüenza, se metió en el pajar, dando por rematado el acto.

Celebráronse luego las elecciones, y Monzón dió a su hijo unos 80 sufragios.

Casi ningún pariente le votó.

Su hermanastra tenía un hijo muy duro de mollera, es decir, muy débil de inteligencia. No por maldad, sino por corto de alcances, atacó a una anciana que le había reprendido de meter las vacas en su sembrado, y la dejó muerta de un garrotazo en la cabeza. El muchacho huyó a Francia; aquí se quedó la Justicia haciendo diligencias, y para entorpecer su acción, Teresa quiso que su hermano intercediera. El desbarro del sobrinastro fué causa de que el tío adoleciese; pero se afirmó en no entorpecer las actuaciones judiciales, y su inhibición le atrajo la enemiga electoral de los parientes.

Befa y derrota inflamaron su ánimo, harto propenso a exaltaciones, y renegó de Monzón. Desde entonces repetía que sus pueblos eran Graus y Barbastro. El Ayuntamiento instaló, a poco de morir Costa, la primera lápida de la calle Mayor, y los republicanos desempolvaron la suya. Pareció al señor alcalde que una era suficiente, y más por ser del pueblo, y quiso oponerse a la otra inauguración. El presidente del Centro, antiguo y fiel costista —el mismo que propuso celebrar el mitin en la posada—, convocó a sus correligionarios, y trepando por una escalera de mano, clavó la segunda lápida.

II

Don Julián Díaz ha dejado memoria en Graus de excelente pedagogo. Bajo su magisterio aprendió el niño Joaquín Costa las primeras letras. Todavía queda en la pequeña ciudad altoaragonesa algún compañero del monzonés trasplantado y no pocos que le siguieron en la escuela. Unos por recuerdo personal y otros por referencia de quienes se educaron con el futuro escritor, están acordes en que era un chico aplicado, de fácil comprensión y que el maestro don Julián le distinguía entre todos.

Se aplicaba y aprendía; pero no era un prodigio que fuese para sabio ni un ángel de modoso. Más bien pecaba de travieso, y desde entonces mostró su adhesión a la Naturaleza, que no había de traicionar después. Aunque en su pedagogía de adulto no entrasen las pedreas, si bien tampoco negaba sistemáticamente la eficacia de los chichones, de niño capitaneaba grupos en las batallas callejeras; huía por los campos en busca de nidos; trepaba a las montañas,

que en las metódicas y prolongadas excursiones de su mayor edad tan bien llegó a conocer. Severísimo con los caprichos de la infancia, como que murió sin tiempo de escribir un nuevo *Emilio* para recomendar su represión a padres y educadores, era indulgente con las travesuras. Quizá ninguna página suya tenga la gracia y lozanía de ésta, perteneciente a una de las muchas veladas y conferencias que dió en los primeros tiempos de la Cámara Agrícola de Barbastro.

“¿Habéis visto el sello de esta Asociación? Un árbol y al pie de él un niño. En la intención del que lo ideó simboliza el árbol de Sobrarbe la patria caída y el niño la nueva generación que habrá de restaurarla. Pero no sabéis cómo ha de hacerse eso, y el árbol lo dice, y yo, como intérprete suyo, voy a declararlo. El árbol no habla con el niño; habla con vosotras (dirigiéndose a las madres), que estáis al paño, y por eso no se os ve en el dibujo; habla con vosotras, porque de vosotras depende en gran parte la obra. Y he aquí lo que el árbol os dice: “Dejad que los niños se acerquen a mí.” Hasta aquí todo va bien, diréis, porque eso mismo decía el buen Jesús. Pero es el caso que el árbol añade una segunda parte que tal vez os escandalice, sin deber escandalizaros: “Dejad que los niños se acerquen a mí y desgarran en mi tronco y en mis ramas sus pantalones.” ¡Sí, señoras mías, los

pantalones; eso dice el árbol, y con decir eso lo dice todo!

"Cierto que ganará el sastre, pero más que el sastre ganará el niño y ganaréis vosotras; todo lo que gastéis en pantalones lo ahorraréis en medicinas... Y creedme: cuando el niño no ha convivido largo tiempo con la Naturaleza, en el árbol, en la floresta, en la corriente, en el zarzal, en la roca; cuando no ha recorrido, en competencia con los pájaros, todos los árboles de los contornos, será toda su vida un incompleto: conservará ileso su pantalón, pero dentro de ese pantalón no habrá nunca un hombre; habrá dentro, si acaso, otro pantalón de carne."

Después del consejo gracioso, la amonestación de solemnidad religiosa dicha a las mujeres en un banquete que le ofrecieron los zaragozanos el año 1906, tras varios días de odios y agitaciones:

"Nuestra misión no es dominar su rebeldía, sino encauzarla. No debéis admirar sólo a vuestro niño, sino respetarlo como si dentro de él hubiera un genio, un héroe o un mártir. Después de haberlo mirado con respeto debéis compadecerlo y llorar sobre él, como María sobre su hijo, al pensar en esta tragedia de pasiones que dejamos como herencias malditas a las nuevas generaciones."

En vísperas de abandonar la escuela para ayu-

dar a su padre en las faenas agrícolas, llegó a Graus un lejano pariente de la familia, el arquitecto provincial de Huesca D. Hilarión Rubio. Necesitaba un chico despierto que le sirviese de criado, guiase su cochecillo y le ayudase en los trabajos inferiores de su profesión. Dijéronle que nadie como el maestro podría informarle. Don Julián Díaz le propuso, desde luego, al hijo del Sr. Joaquín, y él mismo le ofreció interceder. *El Cid* se opuso rotundamente a separarse del muchacho.

—Joaquinón está destinado al campo.

El maestro quiso representarle las ventajas que obtendría el mocete trasladándose a la capital; pero el Sr. Joaquín era tozudo como buen montañés.

—Joaquinón es el mayor, y quiero que me ayude.

Fué inútil insistir.

El pequeño Costa ayudó algunos años al padre en sus labores agrícolas.

Una tarde en que D. Julián iba de paseo, se topó con su antiguo discípulo, que volvía por el mismo camino guiando un borriquillo.

—¿Qué te haces, Joaquinón?

—He ido al campo con una carga de estiércol y estoy ya de vuelta.

El maestro le dejó paso, murmurando risueño:

—¡Si con burros vas, burro serás!

Joaquinón se fué pensativo, y cuando llegó a casa le dijo al padre:

—¿Sabe usted lo que he oído a don Julián? Que si con burros voy, burro seré.

—¿Y qué?...

—Padre, yo no quiero ser burro.

Era enérgico el Sr. Joaquín; pero Joaquinón tampoco daba su brazo a torcer. Uno se empeñaba en que continuase los trabajos agrícolas; el otro no deseaba trato con burros ni serlo él. Intercedió el maestro, que presentía mejor medro del garzón en una capital, y *El Cid* le entregó algún dinero para que fuese a buscárselas a Zaragoza...

Era esto en 1863.

Tenía diecisiete años.

Dificultades de una vida arrastrada o seducción del uniforme militar, el joven Costa se dispuso a engancharse en el ejército de Santo Domingo, y no recibiendo el consentimiento paterno volvió a Graus para recabarlo. Inútil fué su porfía. El Sr. Joaquín quiso retenerle para ayuda y alivio, y él se consideraba carga y gravamen. Finalmente, como el mozo reivindicase su derecho a ser libre y ganarse la vida, *El Cid* lo envió a Huesca para servir al arquitecto don Hilarión.

III

Entre los manuscritos que dejó Costa y guarda su hermano Tomás hay unos cuadernos con notas de su vida, que él tituló *En este valle de lágrimas*. Comienzan en 1864, poco después de llegar a Huesca, y terminan en 1878. Antón del Olmet hizo abundante uso de esos papeles, y a ellos hay que acudir para saber del autor en sus dolorosos años de estudiante. Sensible, sensitivo, con un exaltado sentimiento de justicia que desencadenaba en su espíritu furiosas borrascas pasionales, la juventud de Costa no tuvo nada de alegre, y menos lo fueron estos tiempos que recuerda. Fuerte de cabeza, pero muy débil de cuerpo, no obstante sus gigantescas proporciones, maravilla que aquel socavado organismo —en el que muy pronto asoman los incurables achaques— pudiese resistir tanto trabajo, tantos afanes, tanta injusticia y fracaso, tantas hambres y tristezas.

Nada como recordar el aguante laborioso del Costa caduco para explicarse la energía del Cos-

ta joven. La abnegada Balbina, que en lo físico femenino recuerda los rasgos fisonómicos de su tío, me dice:

—Se levantaba antes de las once, y poníase en seguida a trabajar. Le subíamos el desayuno entre doce y una. Cuando le entumecían sus largas sentadas, paseaba por la habitación durante algunos minutos nada más, pues su falta de fuerzas y la dificultad en andar no le consentían permanecer mucho tiempo de pie. A veces soltaba el chorro potente y entonado de su voz, y la copla que aprendió en Andalucía siendo notario llegaba hasta el río. “¿Está usted contento?”, decíamosle mi hermana Carmen o yo al sorprendernos con sus cantos. Sonreía el tío, y tornaba silencioso al trabajo. A las nueve de la noche, cuando medio Graus estaba durmiendo, y todo él en invierno, pedía su comida. Era aficionado a la sopa, y daba preferencia al cocido. Mientras comía, leía. A las tres de la madrugada, y a las cuatro si le absorbió el estudio, reclamaba la cena. Soñolientas y arrecidas, arropadas con mantones, si hacía frío, mi hermana o yo le servíamos... Jamás se acostó el tío antes de las cuatro...

¿Cuánto tiempo trabajaba Costa?

De once de la mañana a cuatro de la madrugada van diecisiete horas. Pero Balbina añade:

—Para acostarse tomaba algunas cuartillas, y dándoles cuatro dobleces hacía una veintena

de papeletas, que ponía en la mesita de noche con el lápiz al lado. Cuando subíamos a las once para hacer la limpieza, todos los papeles estaban cubiertos de su letra segura y microscópica.

Esta potencia de trabajo en el Costa maltrecho es la justificación de que joven adelantase tanto en tan poco tiempo.

Quizá los primeros meses de su llegada a Huesca para servir a D. Hilarión Rubio fueran los mejores de su vida. No ha cumplido dieciocho años. Cuida el caballo, guía el cochecillo, secunda al arquitecto en trabajos menores. Si salen al campo, su ánimo se apacienta y en sus labios no se extinguen las coplas. Sólo dos cosas le preocupan: el caballo arisco y su brazo izquierdo, que, amenazado de atrofia, le falta fuerza para sofrenarlo. El amo le da comida y yacija en un desván, no soldada, y él ha de buscárselas para vestir y calzar. Don Hilarión se deshace al poco de caballería y vehículo; pero el pariente pobre sigue prestándole otros servicios a cambio de mesa y lecho.

Durante las faenas del campo Joaquín había olvidado casi todo lo que aprendió con D. Julián, y en los ratos de ocio o mermando el sueño recobra lo perdido. Al abrirse en octubre el curso académico se pone a estudiar el bachillerato, y entonces comienzan verdaderamente sus tiempos de prueba. El amo le retira la comida y sólo le deja el lecho. Como no puede asistir a

las clases del Instituto, se matricula en un colegio privado, adonde acude cuando Dios le da a entender. Para compra de comida y libros, de vestido y calzado necesita trabajar. El arquitecto le coloca de peón en las obras de Monte-Aragón y al mismo tiempo le enseña la jabonería. Sí, Costa gana un jornal de peón de albañil trabajando con sus propias manos durante el día —y sabido es que la jornada no era entonces de ocho horas. Por las noches estudia y estudia. Las letras le abren un mundo maravilloso que le arrebató. Los libros de texto son insuficientes para mitigar su hambre de saber. Como Fausto, pero sin la preparación ni los estragos del doctor, lee de todo, lo admira todo, quiere saberlo todo, Ciencia, Arte, Historia... Cuando agota los volúmenes de D. Hilarión busca otros fuera de casa. Hay noches que se las pasa en claro. Siendo múltiple la materia, largo el trabajo, corto el descanso, parvo el condumio, ¿cómo no se le convirtió la cabeza en olla de grillos? Pero no es olla lo que se alza sobre sus hombros, sino amplia caja craneana donde las noticias que adquiere son obedientes soldados que acuden a su sitio para integrar formaciones sistemáticas. En los exámenes del primer curso obtiene tres sobresalientes y dos medallas de honor.

Pero su vocación no acaba de precisarse. Tan pronto quiere seguir estudiando como aprender

un oficio o regresar al campo. El peón de albañil asciende a oficial y trata de perfeccionarse en su trabajo; al poco piensa en la carpintería... ¡No, no! ¿Por qué engañarse?... Lo que le atrae sobre todas las cosas son los terrones. Ahí está la prueba: apenas sabedor de algunas letras, se pone a escribir un tratado de Agricultura, y el primer artículo que publica es el día 1.º de julio del año 1865 en *El Alto Aragón*, de Huesca, titulándolo así: "La segadora Ransormas". Es un artefacto del que hizo ensayos dos días antes con D. Hilarión. Gusta el artículo a la gente, y a ése siguen otros sobre temas agrícolas. De pronto cambia de asunto e invade la literatura. Sin decidirse por nada, sigue siendo trabajador manual de día, estudiante de noche, y asegura que esa alternancia le prueba bien.

Como si fuera poco el trabajo y mucho lo aprendido en dos años, quiere adoctrinar a los demás. Obra de su iniciativa es el Ateneo del pueblo, en el que da conferencias nocturnas, explica Agricultura, y, por falta de alumnos, enseña francés. En el Instituto le habían nombrado por entonces profesor auxiliar de dibujo.

Desde que se inicia en el estudio, Costa muestra su personalidad. No bien se suelta en lengua francesa, empieza a componer una gramática, pues la de Soler que estudió le parece confusa. En los últimos meses de 1866 tiene en

proyecto un Diccionario francés-español siguiendo un método propio. Al verano siguiente escribirá una Doctrina cristiana y una Historia sagrada para uso de Institutos y Normales. La jabonería que D. Hilarión le enseñó la perfecciona él. "Fabriqué jabón —anota— por un procedimiento nuevo. Me salió bien..."

Todos sus estudios y proyectos los para en seco la Exposición de París. Joaquín pretende ser de los obreros que vayan pensionados al gran certamen. Afanosamente se adestra en su oficio de albañil; hace ejercicios teóricos en la corte después de obtener dispensa de edad, y como trabajo práctico de sus manos presenta una pieza de moldura en yeso. Jueces y público le felicitan; pero ha llegado la hora de la verdad, que es la hora triste de la mentira, y está a punto de sufrir la primera injusticia quedándose sin pensión. Sólo él llegó sin recomendaciones, y nunca las buscó después. No fué el Tribunal, sino el ministro de Fomento quien le incluyó a última hora entre los diecisiete artesanos que irían a París. Para retornar a Huesca tuvieron que prestarle el dinero.

Informados los padres de su buenas aptitudes quieren sacrificarse y costearle la carrera de Derecho. Pero es tan largo el camino... Joaquín ha concluido con cuatro notas de sobresaliente y dos medallas el segundo año del bachillerato y aun le quedan cuatro para estudiar Facultad.

¿Cómo soportarán tanto gasto los pobres labriegos de Graus?... ¡Si fuese ingeniería, que por entonces no necesitaba el grado!...

A su vuelta de Madrid recibe en Huesca una carta de la madre comunicándole su aflictiva situación económica. ¿De dónde será Costa abogado ni ingeniero?...

—Yo he de ser artesano o labrador por fuerza —se lamenta—. Es imposible que yo estudie ¿Para qué? Conozco que no sirvo para estudiar. Me turbo cuando he de hablar entre personas cultas. ¡Soy un desdichado!

A Costa no le gusta la corte en su primer viaje. París, en cambio, le interesa y hasta seduce. ¡Qué intensidad; cuánto se puede aprender allí! Veamos: ¿residiría siempre en la capital de Francia?... Terrible problema... No está seguro... Acaso... Pero hay tanto ruido, tanta agitación en aquella Babilonia... Decididamente, no. No viviría en París. Lo que le atrae es el campo... "Ser labrador, agricultor, último objeto de mis afanes..."

El primero de marzo de 1867 emprende el viaje, y el 6 por la noche llega a su destino. En Madrid le dieron 125 pesetas de viático y 150 por la segunda quincena de febrero. Jamás conoció antes tanta abundancia, que le permitirá ahora hacer economías para su regreso. Como le dejen estar en la Exposición hasta mayo del año siguiente, que será la clausura, Costa ha de arreglárselas de modo y manera que pueda ahorrar cuatro mil o cinco mil reales. Con eso y con el suplemento que granjee ayudando a su pariente Salamero se forja la ilusión de tener

bastante para estudiar nada menos que cuatro o cinco años en Madrid.

Y empieza el hombre su plan de ahorro juntándose con otro obrero. Así le sale el alquiler del cuarto por la mitad: 17 francos mensuales. Para alumbrarse compran una lamparilla de poca luz; pero también tiene la ventaja de no consumir demasiado. El compañero resulta un tarambana, que le molesta y perturba, y los dos son de genio contrario. Costa no se siente de humor para perder tiempo; quiere trabajar mucho, y aunque haya de sacrificarse ahorrando menos, busca albergue para él solo, que le cuesta 35 francos. En la Exposición o en su cuarto, pasa el día trabajando. Las cuentas que echó su sobrina tocante a horas laboriosas reaparecen aquí: Costa se acuesta a las doce y se levanta a las seis. Lo que ahora gasta en exceso de alquiler, lo escatima por otro lado. Vive con menos de diez reales diarios, y pareciéndole eso excesivo, compra lámpara de alcohol, cacharros, cubierto, aceite y comestibles; pero las cuentas no le salen, que si haciéndose la comida economiza algo, pierde en cambio tres o cuatro horas de estudio, que representan mucho más.

Pronto se cansa de la Exposición. Los delegados no saben mandar, no se interesan por nuestro productos, le irritan con sus vejaciones. Conстриñen a los pensionados como él a ponerse libreas de lacayos; a servir de barrenderos y

porteros. ¡Costa no irá a ninguna parte! Toma la vida harto en serio a los veinte años, y sólo le esperan fracasos. ¿Pues no levanta en su pecho llamas de indignación y tempestades de protesta lo que observa en torno? ¡Con la gracia que a otros haría las artes picarescas de nuestros señores representantes, que él describe tan en trágico! El 24 de abril dice:

“La gente de la Exposición (alude a los españoles, como es natural) son unos granujas, se beben los vinos de los expositores, y hacen mil infamias. ¿Dónde vamos a parar? ¿En qué manos está colocada la nación? ¡Pobres expositores, cuyos productos son devorados por aquellos mismos que después de haberse chupado su sudor los abandonan, sin que el Jurado los vea!”

Cuatro días después completa:

“Con qué desvergüenza siguen almorzando de los productos de la Exposición, y hasta se llevan jamones enteros, diciendo que son regalos para el Jurado!”

Uno de esos pícaros oficiales, de nombre Santos por antífrasis, huye apenas sus colegas internacionales ven cierto aceite en que el hombre tiene personal interés. Hecho su negocio, deja que los otros Jurados se marchen como él o continúen solos la visita. Costa ha de acompañarlos. Por mala elaboración no son de buena calidad nuestros aceites, pero sí abundantes, e interesando por eso, los Jurados piden nota de cose-

cheros, precios, cantidades de producción... No hay nadie que satisfaga la demanda... El joven acompañante ha de informarse por sí mismo, y aun consigue premio para un expositor.

¡En mal hora fué! El cosechero agraciado había caído en desgracia del Sr. Santos, y al saber éste el éxito, insultó al causante hasta hacerle llorar.

El 10 de agosto vuelve a España, y el 18 sufre reconocimiento en Graus. Costa ha entrado en quintas, y el que tres años antes aspiró a militar glorioso en Zaragoza, y no a la manera del romano, sino sentando plaza para combatir por la patria en Santo Domingo, se redime ahora del servicio alegando inutilidad física. La atrofia de su brazo izquierdo progresa y queda exento de formar en filas. Un ortopédico de París le había dado esperanzas de curarle; pero necesita cierto aparato, que le costará 200 francos —casi un tesoro para él—. Sólo le falta reunirlos, y así tendrá dos brazos para trabajar, pues ahora sólo puede servirse del derecho. ¡Qué tristeza! Costa es un joven profundamente triste, y lo será toda la vida. Sus momentáneas alegrías están hechas de frágiles esperanzas, que destruyen las realidades. La musa parisina que le inspira es taciturna, y ella le dicta unos versos lúgubres:

*Je tiens pour seul espoir,
la calme du tombeau.*

Al mediar de septiembre regresa a Francia, declarado inútil para el servicio. Acaba de cumplir veintiún años y aun no es nada ni adivina lo que será. Poco tiempo permanece en París. A fines de noviembre le notifican que puede regresar a España. Los obreros proponen despedirse de sus jefes con un banquete, y él, que conserva tan mal recuerdo de su proceder, se opone al homenaje por inoportuno y adulador. Al fin se somete, no queriendo ser la única nota desafinada. Sólo hay para él nominativos elogios. Un miembro de la Comisión dice en su discurso:

“Aquí tienen ustedes al amigo Costa, el hombre sin vicios. ¿Cuál es su especialidad? Todas. Me ha admirado cien veces viéndole discutir como un botánico. Costa encierra el germen de un gran hombre.”

Termina el agasajo y se queda hablando hora y media de Agricultura con el secretario de la Comisión. Sus compañeros salen borrachos, alborotan la calle y la Policía los detiene.

Con la segunda llegada de Costa a París y su regreso a Huesca, concluída la pensión, coinciden dos sucesos que suscitan extraordinaria curiosidad. El vizconde D. Antonio de Torres Solanot, que había ido a visitar la Exposición, envió en septiembre un artículo al diario *El Alto Aragón* diciendo que entre la juguetería más sorprendente del gran certamen se desta-

.....

caba un carruaje mecánico, de dos o tres ruedas, en el que se iba montado, guardando milagrosamente el equilibrio. Caminaba a razón de nueve kilómetros por hora; ocho eran los días de aprendizaje, y costaba 200 francos.

Grande fué el efecto que esa noticia produjo en la provincia de Huesca. Mayor el que causó en España, a los pocos días de regresar Costa, la que dió el mismo periódico y reprodujo la prensa peninsular. Decíase que en Huesca habían inventado un aparato de dos ruedas, al que llamaban velocípedo o velocífero. *El Alto Aragón* tuvo que rectificar a sus colegas, aclarando que la máquina no era original, sino de importación francesa.

He aquí lo ocurrido. Mucho antes de que el barón Torres Solanot hablase del curioso juguete, el albañil Costa vió correr al nuevo aparato por el Campo de Marte, y trazó su diseño en un papel de fumar —sin duda ajeno, porque él no fumaba—, enviándolo al punto como curiosidad de la Exposición a sus amigos oscenses. Estos no debieron encontrarlo muy complicado, porque un hábil artífice de la capital puso manos al trabajo para construir uno. El 12 y 13 de diciembre hicieron las primeras pruebas; el 14 dió la noticia *El Alto Aragón*, y a fines de año quedó a punto el primer velocípedo conocido en España.

Joaquín Costa, proclamado su introductor, no

debió conceder mucha importancia al invento; pues requerido en 1896 por la revista *El Pedal* para que explicase el caso, dice que sólo conservaba en la memoria una imagen borrosa del suceso. Nada más recuerda que era un aparato ligero de tres ruedas, para tres o cuatro asientos. En los ensayos iniciales cursó desembarazadamente la carretera de Zaragoza hasta la primera cuesta. Luego se atascó, "porque le hicieron falta esos ejes primorosos de las modernas bicicletas, que casi han reducido a cero el coeficiente de rozamientos".

El erudito ilustra en seguida a los especialistas del pedal de algo que ignoraban.

"Después de todo —les dice— la cosa carece de importancia, aun para los más exagerados ciclómanos, porque el velocípedo había penetrado en España mucho antes, al menos en estampa". El barón de Drais, intendente del gran duque de Baden, inventó, medio siglo antes de mostrarse en París, el *velocípedo* o caballo mecánico. *El Diario Mercantil*, de Cádiz, publicó con diseño en 1819 la nueva máquina, y la revista de Barcelona *Memorias de Agricultura y Artes* reprodujo los trabajos. *El Diario de Valencia* diputó de poco práctico el invento, y estuvo en lo cierto, pues carecía de pedales y había que impulsar el aparato apoyando los pies en el suelo.



V

Vuelto a España, se reinstala en Huesca a fines de 1867. Ahora no tiene pensión, y ha de reanudar los trabajos manuales para vivir y seguir estudiando. Al mismo tiempo que cursa el bachillerato prepara sus exámenes de agrimensor —es la tierra que le atrae— y ordena sus notas de París. Antes de marcharse a Francia pensaba ya en coleccionar sus artículos de *El Alto Aragón*. A su regreso los olvida, así como los libros en preparación para la enseñanza, y da a la publicidad en 1868 su primera obra, llena de observaciones y sugerencias: *Ideas apuntadas en la Exposición de París de 1867*. En 1869 termina el bachillerato y se hace maestro superior.

El siguiente inicia una agravada etapa en su existencia. Se traslada a Madrid para estudiar Facultad, y desde ese punto, Costa es el rigor de las desdichas. Ni una sola le perdona: hambre, injusticia, enfermedad, fracaso de amor. El destino fué antes severo con él; pero no le falta-

ron ocasiones de trabajar y de obtener algún mediocre recurso. El trabajo cesa ahora y su tristeza progresa. En la Universidad encuentra sapientes maestros y condiscípulos que ya se muestran futuras esperanzas: Menéndez y Pelayo, Canalejas, Leopoldo Alas, Cossío. ¡Pero hay también “tantas calabazas que estudian y viven”, mientras su cerebro está condenado a consumirse en la obscuridad y su corazón en viudez perpetua! La ciencia amplía sus horizontes; pero cuanto más lúcida se hace su visión intelectual más patente se le manifiesta la miseria que le envuelve.

Con sumos afanes consigue que una sociedad de Barbastro le pague 200 pesetas de trabajos atrasados. De día en día ve estrecharse el asedio de la necesidad y disminuir el número de soluciones. Prologa *El ideal de la Humanidad*, el *Progreso de los siglos*, *El Cosmos*. Esas obras le dan más saber que dinero el aditamento que les pone. Su pariente Salamero le publica algunos artículos, que unas veces le abona y otras no. Desde París le sirvió ya de corresponsal para *El Espíritu Católico* y el rico tío le pagaban espléndidamente en elogios. “Su correspondencia ha gustado mucho.” “Apíquese, que le espera un buen porvenir...”

Todos lo creen, y él no lo discierne por ninguna vía. Camo, el gran cacique oscense, que tanto combatió a su conterráneo, y al que tanto había

.....

éste de odiar, le felicita por telégrafo al obtener la pensión. En el banquete de París le saludan como un futuro grande hombre. El político Moncasi, luego diputado y senador, refuerza la demanda de un empleo que el estudiante hizo al benaventino Montany: "El recomendado es una notabilidad, un talento fenomenal, llamado a ser y figurar como una lumbrera en esta provincia." Pero Montany no hace caso del fenómeno. Como los anteriores opina D. Hilarión.

Al concluir marzo, sus pobres ojos adolecen de tanto estudiar con luz artificial. Presiente —y no teme— que puede quedarse ciego. Sus sueños son tan agitados, que a veces se pasa dos horas hablando en alta voz. Los amigos acaban por creerle loco. Un compañero de habitación le ha oído repetir sin cesar: "¡Esto no puede ser!"

¡No puede ser! Vive en la miseria y muriendo, amenazado de ceguera, y la idea del suicidio se le clava en el cerebro. El 12 de abril quiere poner fin a su existencia. Pero es en 1870. Las ideas que adquirió en el hogar y las que recibe de los libros luchan en el campo de su espíritu. La fe religiosa aun no ha sucumbido, y entra en la iglesia de San Luis para ahinrojarse ante un confesor, al que dice su desesperación. El sacerdote le consuela...

Su ánimo se tranquiliza; pero su bolsa no se llena. Para completar unos trabajos históricos

quiere ir a Francia y hace *flèche de tout bois*, empeñando una levita, un carrik, un mal reloj... Total: 27 pesetas y media. La cantidad es poca para tan largo viaje; insuficiente para permanecer en Madrid, y a fines de abril se marcha a Chapinería, empleado por su amigo Bergnes, con encargo de hacer un informe catastral. Durante su ausencia de varios meses tiene que abandonar los estudios oficiales —si bien prometiéndose reanudarlos desde el próximo curso— y sigue otros particulares. Aprende inglés, lee libros, escribe sobre asuntos filosóficos, que le apasionan desde su llegada a Madrid; concibe una novela, que titulará *El siglo XXI*, dando realidad en el tiempo a proyectos que imagina. Alternando con esas actividades toma datos topográficos; pero no puede con las matemáticas, “le parten la cabeza en dos”: una se queda con ellas, y la otra se le marcha de paseo por conventos de paz y por florestas poéticas.

Y su situación no mejora. El sueldo del Estado es insuficiente. Está sin ochavo. Debe mes y medio de hospedaje. Bergnes le promete el envío de 300 pesetas, que no llegan. Su padre le gestiona un préstamo, pero no le puede asegurar el logro. En los últimos días de septiembre —víspera del nuevo curso— se lamenta:

—En Chapinería aún. Estoy sin dinero, sin saber si iré a Madrid, sin saber qué haré, sin esperanzas, aburrido. ¡Si yo pudiera estudiar

este año! ¡ Por qué tanta humillación, por qué tanto sufrimiento! Estoy atormentado, sin noticias de Bergnes, a quien he pedido dinero para ir a Madrid.

La espera ha de prolongarse tres meses más. Al terminar el año 1870 —cumplidos los veinticuatro de edad— vuelve a Madrid, no siendo todavía nada, o a lo sumo, bachiller sin título, agrimensor sin empleo y maestro sin escuela.

Gracias al trabajo que le encomienda Bergnes en tres proyectos para sanear marismas (Costa escribe los preámbulos y dibuja los planos), puede matricularse en la Universidad y desempeñar la levita, el carrik y el reloj, que le sirvieron para trasladarse a la monótona Chapiñería, no a la científica Francia. También secunda a su padre para la obtención del préstamo y estudiar más tranquilo, pues se propone concluir Derecho en los dos próximos años y Filosofía y Letras en el tercero.

Son cuatro las asignaturas en que se ha matriculado; estudia otra más durante las vacaciones pascuales, y asiste a seis clases. En junio no se examina de cuatro o de seis, sino de siete asignaturas. El intenso estudio le impide trabajar para Bergnes, que sigue ayudándole y le sienta a su mesa; mas poco después se marcha a Aragón, y Costa se queda solo y sin amparo.

—He de arreglarme una muela y no tengo dinero —escribe cierto día.

—Me faltan botas —dice otro—, y para que me compongan las que llevo he de ponerme dos de un mismo pie.

Para adaptar la contraria al dedo pulgar tiene que ponerla toda una noche a remojo.

—Me falta un sombrero —anota a continuación.

De tiempo en tiempo allega algún recurso, siempre insuficiente y muy arduo de obtener. Don Modesto Lara funda la *Gaceta de la Cruz*, y Costa se encarga de la sección científica, con 60 pesetas mensuales, pero la *Gaceta* se extingue a los pocos números. En el colegio de Santa Isabel le dan 12 o 15 duros por explicar seis asignaturas, que le inutilizan muchas horas del día. Luego le ofrecen plaza de traductor en *La Reconquista*, órgano del carlismo, cuyas ideas no comparte, pero ¿qué ha de hacer?...

Y torna a sus quejas:

—No he podido comprar, no sólo un aparato de inducción, sino el aparato ortopédico que necesito para mi pobre brazo izquierdo, que se me va atrofiando.

Aprueba asignaturas con rapidez y ya se acerca a la Licenciatura; pero aun no ha podido tomar el grado de bachiller por carencia de dinero. En septiembre de 1872 no consigue hacer oposiciones a un premio de 3.000 reales, porque le faltan 10 duros para matricularse. De todo carece ahora. Unos tíos de Barbastro se eno-

jan diciendo que no les paga. Mosén Lucas Martínez también se enfada por lo mismo. Escribe a los amigos haciendo apelación a su bolsa, y no le contestan. El sastre reclama por ropa ya gastada. No tiene botas; no puede mudarse de camisa. Hace un frío horrible, y pasa el crudo invierno sin chaleco, sin camiseta, sin calcetines, sin brasero para estudiar... Quiere licenciarse en el próximo junio, pero ¿de dónde le llegarán las 200 pesetas que necesita? Sólo tiene grandes proyectos en medio de su indigencia. ¡Qué dolor cuando lee en *La Epoca* que Lesseps se propone restablecer el mar que debió de existir antaño en el Sahara!

—¡Yo iría a esa divina aventura!...

Iría a la aventura, porque él también había concebido el divino proyecto, y entre flaquezas de la salud y rigores de la miseria, trabajaba en él.

Ya no puede más. La idea del suicidio vuelve a instalarse en su cerebro. Comunica por escrito su negro designio a Bergnes, y el buen amigo le detiene enviándole 40 pesetas. ¡De qué poco pende la vida de un hombre! Quince son para botas, y con el resto extingue una deuda. De pronto, le invitan a traducir del italiano un periódico político, *Roma*. Mucho es el trabajo; pero urge la necesidad. Al séptimo número fracasa la publicación...

Mayo y junio son terribles y decepcionadores.

Imposible licenciarse en Derecho por falta de los 40 duros de que habló antes. Lleva tres semanas puesta la misma camisa y no tiene otra para mudarse. El Sr. Joaquín sólo puede socorrerle con 15 pesetas. ¿Cómo pasará el verano? Busca trabajo por mediación de su tío Salamero y de un hermano de Araus, director de *El Imparcial*. ¡Nada; no encuentra nada! Escribe a deudos y amigos, que otra vez se callan o excusan su carencia de dinero. Los que le deben —10 o 12 pesetas— no le pagan, y a los que debe le reclaman el débito.

El 30 de mayo aun no se ha matriculado. Sólo dispone de tres duros, y Salamero le ha prometido cinco. Pero no son cinco, sino once y medio lo menos que necesita. “Estoy haciendo por usted más de lo que puedo”, le dice el sacerdote. Sin embargo, agrega otro duro. Costa se matricula; paga derechos de exámenes y aprueba cuatro asignaturas.

No puede licenciarse por falta de dinero. Ni siquiera de Huesca recibe oportunamente el certificado de bachiller, y el secretario de la Universidad, el decano luego, rehusan admitirlo a deshora. El desairado se indigna:

—Con los pasos y tiempo que me cuestan veinte duros pudiera estudiarse la carrera de Filosofía, y con la vergüenza que me roban pudiera hacerse ministros honrados de otros tantos licenciados de presidio.

VI

Costa no puede resolver el angustioso problema económico que le suscita el verano, y con dolor de su alma se incorpora a D. José Salamero para ir al pueblo, deteniéndose algunos días en Alhama, Huesca y Barbastro. El joven lleva los bolsillos vacíos y siente pena del dinero que gasta su pariente. “¡Dos mil reales harían feliz a mi padre, y yo carezco hasta de corbata!...”

De corbata nueva sería, porque antes de comenzar el viaje ha recibido del Sr. Joaquín 100 reales, con los que se adecenta comprando botas, sombrero, bastón y lentes. ¡Qué currutaco debió parecer a los gradenses el antiguo destripaterrones! Si en su continua tristeza sintió Costa algún punto de vanidad, aquel flaco sentimiento tuvo que transformarse pronto en dolor y vergüenza.

El hogar es todo decrepitud y miseria. El padre, enfermo; el hermano Juan, que ayudaba al *Cid*, recién muerto de viruelas; envejecida y

acabada, la madre. Padre, madre y demás familia, hacinados en la mitad del cuarto que tuvieron antes, del cual quiere expulsarlos ahora el propietario, que también busca pleito negándoles deuda por su trabajo.

Si en vez de tomar para sabio se hubiera quedado en obrero, no vería tanta pobreza alrededor. El que se rebeló antaño, protestando servir de carga, había pasado el tiempo pidiendo al mísero labriego duro tras duro, y el labriego teniendo que solicitar a préstamo el dinero con que el señorito compró las botas que llevaba puestas. Estas comparaciones y recuerdos le afligen: “¡Ay! Quisiera haber venido, quisiera no haber venido; quisiera no haber estudiado, y que mis manos ganasen el sustento de mis padres.”

Al ingresar en el lecho brota de sus ojos larga vena de llanto. Las sábanas no son nuevas, ni siquiera limpias. El colchón han tenido que substraérselo al doliente padre para que él duerma blando. “Acordéme del gasto loco hecho por nosotros en el viaje de Madrid hasta aquí. No podía consolarme en la cama; me arrancaba el cabello de la cabeza; me escondía la cara en las manos como avergonzándome de mí mismo, aun en la obscuridad.”

Cuando se abre el curso vuelve a Madrid, y en su cerrazón económica aparece una breve clara. Apenas llegado, se licencia en Derecho y poco

después en Filosofía y Letras. Da lecciones de español a un rico norteamericano, que le paga dos mil reales: con ellos extingue deudas, envía la mayor parte a su padre, se matricula y desempeña el reloj. Mr. Tower, el yanqui bienhechor, se lo lleva a visitar Segovia, Avila, La Granja y El Escorial.

La Sociedad Económica le desaira una Memoria; pero le compensa el premio que instituyó la familia del profesor Maranges por otra Memoria titulada *La costumbre como fuente de Derecho en Roma*. Sus padres venden una viña para ayudarle, y empieza a estudiar el doctorado en las dos Facultades.

La clara se obscurece con el nuevo año 1874. Su salud decae, y limpio de dinero ha de preparar una Memoria con los libros que le prestan sus maestros. Le falta luz, espacio, silencio. ¡Qué frío tan espantoso siente este invierno! Salamero — ¡siempre la idea del adinerado Salamero! — tiene chimenea de cok y no le dice nunca: “toma ocho reales para cisco”. A fin de verse caliente y poder estudiar ingresa en el lecho antes de hora.

La Memoria que está escribiendo consigue publicarla por partes en la *Revista de la Universidad*, y con algunos duros que cobra y otros remitidos por el Sr. Joaquín puede matricularse en mayo. De junio sale doctor en Derecho, pero no en Filosofía —y eso que tiene redactado el

discurso—, por el motivo de siempre: no le queda ni un céntimo para exámenes.

Y así está el nuevo doctor cuando su maestro, D. Francisco Giner, le promete un destini-
llo de mil pesetas como mero escribiente en el
ministerio de Hacienda, pero la gestión se frus-
tra. Hace oposiciones a profesores auxiliares, y
los dos primeros números los dan a concurrentes
que ya lo eran. Costa obtiene el tercer puesto,
pero sólo hay una vacante en la cátedra de Mo-
reno Nieto. Ha perdido el tiempo. ¡Qué lástima
cómo se encuentra!...

—Las botas agujereadas; el chaleco, pantalón
y gabán es una vergüenza; no tengo real y me-
dio para cortarme el pelo, ni dos cuartos para
un sello de guerra, ni tres reales para papel se-
llado, ni dos cuartos para papel ni hilo, y debo
sobres, papel, reales, etc., etc. He vuelto a una
de las peores situaciones.

Un premio extraordinario, algunos duros que
le envía el Sr. Joaquín y ocho que logra de don
José Salamero después de reñir tres batallas
epistolares, apenas le sacan de apuros, porque
siempre debe pupilajes atrasados...

—Estoy en cueros; no tengo pantalón para
salir de casa. Giner estuvo malo, y para ir a
verle tuve que ponerme uno que hasta para casa
había desechado por roto. Su color obscuro di-
simulaba más la vejez que el otro de los diez y

ocho meses seguidos. Le falta el trasero, y no tengo calzoncillos.

Por entonces empieza a prepararse para hacer oposiciones a las cátedras de Derecho político y administrativo vacantes en las Universidades de Oviedo, Valencia y Granada. ¿Cómo se prepara Costa? Devuelve a un amigo cuarenta reales de cuarenta y ocho que le prestó para abonar un semestre de la *Revista de la Universidad* —que al cabo no pudo hacer efectivo— y ya no le queda para comer. Escribe las lecciones empleando libros de la Biblioteca; pero se le agota el papel, y no teniendo con qué adquirirlo —y eso que compraba costeras de real— ha de revolver cuadernos antiguos para arrancar las hojas en blanco. “Rebusco lo que dejé cuando no podía estar peor. ¡Cómo estaré ahora!... Escribo con plumas de otro, porque no puedo comprarlas. Y soy doctor en dos Facultades. Y escribo libros. Y llevo un mundo de colosales proyectos dentro”...

¿Qué proyectos concibe? Mientras siente hambre y frío, prepara oposiciones, sufre fracasos y obtiene pequeños éxitos, que no le aseguran un mes de tranquilidad, está escribiendo *La vida del Derecho*, que le prologará Azcárate; el monumental *Derecho consuetudinario*, que algunos ponen a la cabeza de sus obras; la *Introducción a la revolución española*, y aun le queda tiempo de ocuparse intensamente en cosas de Africa,

hasta el punto de constituir su pesadilla el continente negro... Presiente ya que nada podremos hacer en él. Los italianos envían una Comisión geográfica por la parte de Túnez con ánimo de abrir un canal que precipite en el Sahara las aguas del Mediterráneo, como antes había pensado Lesseps. Dos meses después lee en *El Imparcial* que los ingleses tratan de realizar análoga empresa por Occidente, abriendo el canal desde la costa, a la altura de Canarias: precisamente donde él había supuesto que estaba la mayor depresión. Al año de esto anuncia el mismo periódico que el ingeniero británico Mackenzia acaba de volver a Inglaterra con los diseños del canal, que la barrera sólo es de 300 metros y la depresión de 230 pies. *El Imparcial* exhorta a la "Nueva Sociedad de Geografía" que asocie sus trabajos a los de la Gran Bretaña para ganar participación en lo porvenir... Costa no puede contener su rabia:

—¡Qué se ha de ganar, hombre de Dios, si España está en Babia y el Gobierno se ríe de todo lo que no sea hacerse inmortal, y componemos una jaula de grillos a ratos, y a ratos una esfinge, y debíamos estar la mitad en una casa de orates y la otra mitad en un presidio!

Otro día se inicia el proyecto de pasar el Estrecho de Calais con un puente suspendido de globos cautivos. El concibió la misma idea dos años antes, y hasta tenía dibujada una perspec-

tiva y una sección del proyecto. Por entonces lee en *El Bazar* que los ingleses tratan de poner en movimiento los coches con un mecanismo de relojería y que Sheffield ha forjado muelles de gran resistencia... Costa escribe: "Estoy viendo que mi mentirologio va siendo un almacén de utopías, que de año en año dejan de serlo para convertirse en realidades. Cada día veo que mi aliento para las grandes empresas es mayor del que creí antes. ¡Pues son pocas las que se han proyectado en Europa en estos últimos años, que yo tenía en apuntes o proyectos!" Al empezar el año 1876 inventa un aparato salvavidas de acero, caucho y corcho —o de madera, cuero y calabazas— para una persona, de escaso volumen, pudiendo guardar alimentos en el interior, y siente verse en la imposibilidad de ensayarlo... Salamero le demanda un día por qué no ha publicado sus proyectos.

¿Y se lo pregunta él?

Mientras su sobrino está engolfado en quimeras, escribe libros, hace oposiciones y prepara otras, todavía no sabe cómo pagará el pupilaje de tres meses. La patrona le pide el dinero —"¡está fresca!"...— y le echa a la calle. Debe veinticinco duros al maestro D. Julián. Necesita un traje nuevo con toda urgencia, porque el puesto se le cae a pedazos. Su tío Lucas Martínez le socorre con cinco duros, y bien quisiera mandarle más; pero el pobre Mosén ha distri-

buído su mensualidad apenas la recibió. Costa se emociona y dice:

—Podré un día reñir con el; podrá excomulgarme, pero tengo que agradecerle estos cinco duros más que a D. José sus diez mil reales.

VII

La última frase transcrita y otras anteriores, descubren la animosidad que Costa siente contra Salamero. Ni uno ni otro debieron entenderse fácilmente por entonces. Costa recurre al sacerdote obligado por imperiosas necesidades; pero adivina el móvil de la protección, y es parco en el agradecimiento. La flaqueza familiar del futuro prelado no es Joaquín, sino Antonio —D. Antonio Ibor—, sobrino carnal, querido como hijo, al que costea la carrera y deja de heredero. El otro es pariente más lejano, y la vanidad media en su protección.

Don José Salamero no llegó a conocer el gran orgullo de Costa, su carácter puntilloso, y le veja uno y otro día declarando en Madrid y en Graus lo que hace por él; pero callando que desde París sirvió graciosamente al primer periódico que fundó a su regreso de Roma, y que tampoco las otras publicaciones creadas o dirigidas por él fueron generosas en la retribución de su colaborador. No puede calificarse a Costa de niño

prodigio, pues comenzó a estudiar muy tarde; pero su capacidad de trabajo, el mucho estudio y poco sueño, la memoria dichosa y tenacísima fueron causa de que atesorase tantos conocimientos en algunos años, que hicieron de él un erudito prodigioso, comparable —según Martínez Alcubilla— a Menéndez y Pelayo. Como a la noticia de las cosas unía la elocuencia subyugadora y la dicción elegante, D. José Salamero hacía gala de presentarlo a sus amigos como propia criazón. Teniendo Costa que prepararse para oposiciones en el verano de 1874 quiso pasarlo en casa de un amigo, con quien Salamero debía interceder. El sacerdote prefirió que sufriese la pena negra en Madrid “para que D. Ildefonso le viera a su mesa” y se enterase de lo mucho que valía. Costa se queja: “Así he sacrificado la salud y el tiempo y parte del porvenir para satisfacer su vanidad.”

En el capítulo precedente hemos aludido a triple batalla epistolar por ocho duros. A quién alude Costa cuando dice:

“Yo le he dado lecciones de moral práctica, del bien por el bien, de moderación y de templanza, que han debido arrancar de su corazón católico quejidos de honda pena. “Los racionalistas” son mejores que nosotros. ¡Son más humanos” y más divinos que nosotros!” Esto debió decir cuando comprendió que yo afirmaba, aunque indirectamente, que él pregonaba sus beneficios

por Graus a fin de satisfacer su vanagloria. Se retorció como una culebra a quien le aplastan la cabeza. En la carta se revolvió contra mí. Pero, por el tono, se comprendía que aquella noche, a solas en su cama, hubo de revolverse contra sí mismo.”

Salamero tiene buenos sentimientos. Peca por vanidad, y luego se arrepiente. Las demandas de dinero que le hace su sobrino son pequeñas; pero tan numerosas para sumar diez mil reales, que la mucha reiteración debió de ser motivo para que se cansase y le dijera un día: “Estoy haciendo por usted más de lo que puedo.” Sin embargo, no hay noticia de que el menesteroso pidiese y él rehusase. También le da sin esperanza de recobro, y no debió ser pequeña sorpresa la del sacerdote cuando Costa le reintegró con el primer dinero que pudo ahorrar de los diez mil reales anotados más arriba y de otros dos mil que obtuvo después. Fué esto entre 1883 y 1884, ejerciendo Costa la abogacía en Madrid. Salamero no quiso aceptar el pago; pero el deudor se lo hizo admitir. Esa porfía sostenida en vivaces términos enfrió algunos años las relaciones entre los dos parientes, que volvieron a tratarse para crear la Liga de Contribuyentes de Ribagorza, prefacio de la Cámara Agrícola del Alto Aragón. Algunos meses después —marzo de 1894— el prelado pontificio hizo testamento ológrafo, y en una cláusula decía: “De muy buena

gana dejaría a mi sobrino Joaquín Costa algún recuerdo, si no fuese porque acaso no lo acepte, como no ha aceptado otros ofrecimientos que le he hecho en vida; pero si fallezco antes que él y lo quiere, puede elegir cualquier objeto de los que tengo disponibles, sea algunos libros, etcétera.”

De todo lo anterior se colige la escasísima influencia que D. José Salamero ejerció en Costa. Educado el futuro polígrafo en un medio levítico, fué profundamente religioso de joven, y el buen Mosén Lucas contribuyó a su formación infantil; pero Salamero se cruzó en su vida demasiado tarde para tener tiempo de orientarla. Mediaban pocos años entre ambos. No se conocieron hasta volver uno de Roma y marcharse el otro a Francia, y apenas se trataron hasta hallarse en Madrid. Estando Costa en la Exposición le absorbe tanto el trabajo y el estudio, que entra en la Semana Santa sin darse cuenta y comiendo carne. El Jueves Santo advierte en qué días del año está, y exclama: “¡Qué vergüenza!” El año 1869 aún aconseja la alianza del maestro y el cura para educar y conducir al pueblo, y al poco de llegar a la corte le vemos prosternarse ante un confesor. Pero entonces agonizaba ya en su espíritu la religión de Mosén Lucas combatida por la filosofía de Krause, y D. José Salamero no hubiese podido contrarrestar el aunado magisterio de Giner y Salmerón.

En un estudio de *La Lectura*, Luis Bello sorprende la evolución que por tal época se opera en el antiguo albañil, y hay en ese trabajo atisbos sobre el pensar de Costa, que el mismo Costa precisó refiriéndose a un canónigo republicano de Jaca que había perdido la fe: "Ahora se aventaja, porque la filosofía es más social, más religiosa que la religión misma y más cristiana que el catolicismo."

Mal informado de sus sentimientos religiosos, y creyendo como el vulgo en el influjo espiritual de Salamero, Balbina Díaz me deja atónito cuando la oigo decir:

—Mi tío, que tanto se esforzaba por ser correcto, nos asustaba cuando en sus postreros años sufría la doble acción del enojo y la enfermedad. Sus voces atronaban la casa; sus blasfemias se oían en el río...

—¡Blasfemo su tío!...

—Como un carretero.

—¿No conservaba creencias religiosas?

—Las había perdido, y hasta sus respetos por la Iglesia se desvanecieron al terminar de mala manera el pleito de La Solana.

—¿Y la influencia de Salamero?

—Jamás la sintió...

Si no la influencia, creen algunos que fué el respeto de su tío lo que motivó las reservas mentales de Costa en materia religiosa, y tampoco fué eso. Hay en sus obras demasiados ataques al

clericalismo para achacarle reservas; lo que ahora se llama laización de la enseñanza lo defendió él con la palabra más eufónica de secularización. Es cierto que en sus años de político militante procedió con cautela —no muy extremada—, y de entonces data el equívoco. Unido primero a las clases neutras, se dió cuenta de que el fantasma religioso pudiera asustarlas. Asociado luego a los republicanos, temió que a su propugnado régimen lo pusiese en peligro antes de consolidarse una subversión de curas y un alzamiento de báculos. Cuando bajaba de Graus a Barbastro y hacía corro de amigos en el Casino Republicano, en vez de malgastar el tiempo en ociosas conversaciones, le era muy grato que le suscitasen temas históricos, artísticos o agrícolas para discurrir durante una o dos horas.

—Háblenos ahora del clericalismo, D. Joaquín —decíale a veces algún joven anticlerical.

Costa hacía un guiño de disgusto.

—Todos los españoles llevamos sangre de fraile en nuestras venas y nadie debe hablar mal de su padre.

Es el peligro que presentía en el problema religioso lo que ponía puntos en sus labios, que no la influencia ni el respeto de Salamero.

Debo a un joven sacerdote esta anécdota, de cuya autenticidad podría responder el profesor del Seminario que la refirió en clase.

Como un día fuese D. José, hecho ya monse-

ñor por León XIII, a despedirse del obispo de Lérida para pasar unos días en Graus, le dijo el mitrado:

—Le agradeceré que ofrezca de mi parte un pequeño obsequio a su pariente.

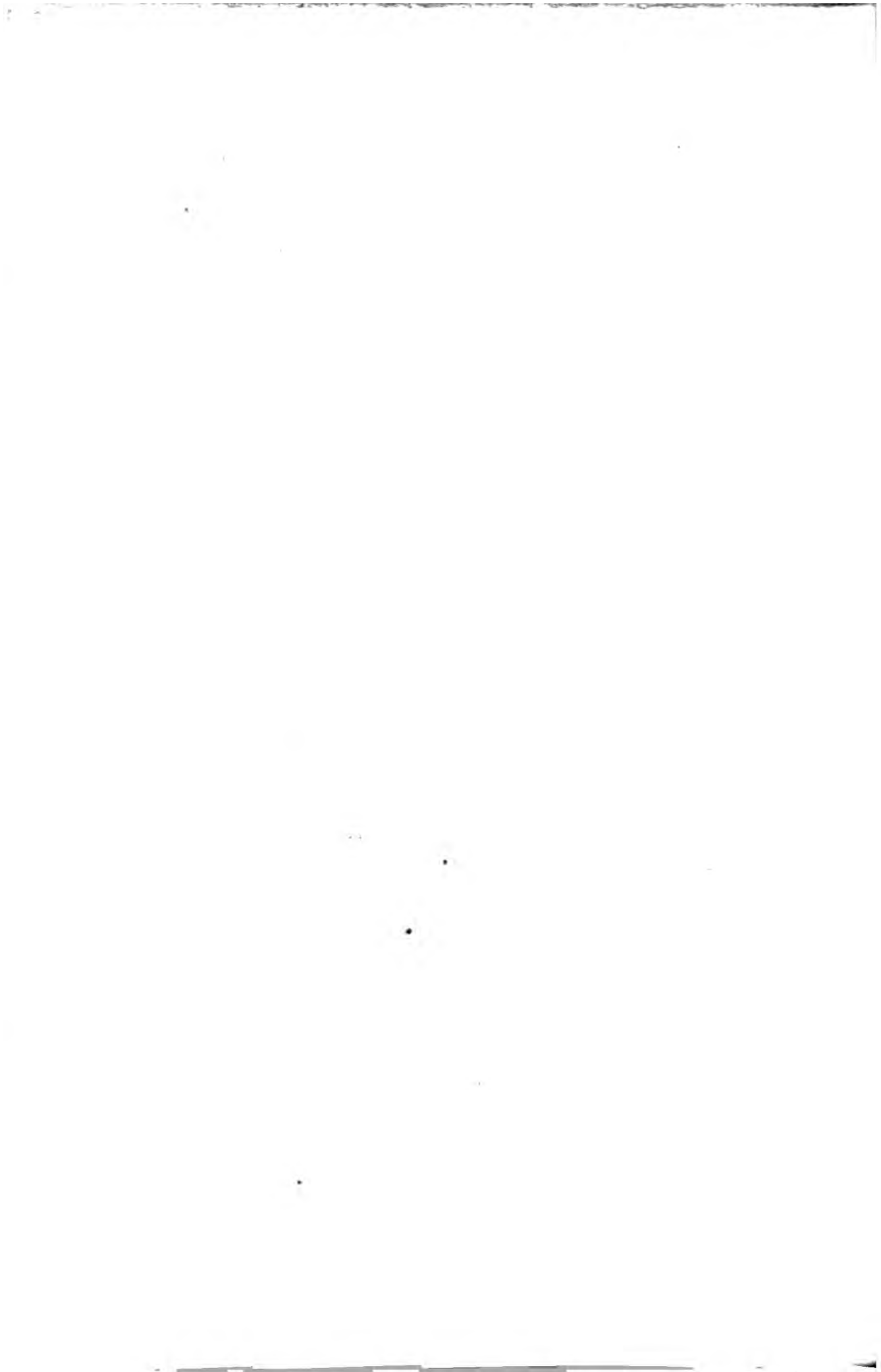
Y le dió un libro.

—Es la Doctrina Cristiana, que al Sr. Costa le hace mucha falta.

El intermediario no cumplió hasta última hora el encargo. Temeroso de que el enfermo le tirase el libro a la cabeza, y regocijado al mismo tiempo de ver el gesto que pondría, le entregó el Catecismo. Costa no hizo ningún movimiento de chanza ni agravio.

—Diga usted al señor obispo de Lérida que le agradezco el regalito, aunque me tengo bien aprendido el libro. Yo quiero corresponder a su fineza enviándole otro, que seguramente desconoce Su Ilustrísima.

Y puso en manos de monseñor Salamero un Tratado de Urbanidad.



VIII

Al mismo tiempo que Costa adopta el racionalismo, España cambia su forma de gobierno. El doctor en Derecho tiene grandes ambiciones políticas, es demócrata; pero desea permanecer alejado de la lucha hasta que suene su hora. La proclamación de la República no le ha satisfecho. Presiente su escasa longevidad, y el restablecimiento de la Monarquía con D. Alfonso XII, al que da diez o doce años de vida. El momento de Costa quizá venga después. Silenciosamente se ha preparado para gobernar, y seguirá preparándose en el tiempo que le falta. Posee ya las ideas matrices y las líneas generales de su plan de reformas; pero ha de ejercer el poder a lo Comwell —durante diez años siquiera— para curar de sus males a España. Acertó literalmente al suponer que Alfonso XII duraría diez o doce años. Sólo que habló en sentido translaticio: D. Alfonso muere, y la Monarquía continúa.

Mientras acalora esos ambiciosos proyectos

dictatoriales, la necesidad le aprieta y ha de aceptar un modesto destino en Ultramar, que es servir al Gobierno. Costa anhela que se lo den para salir de apuros, y tiembla de conseguirlo porque perdería su libertad. ¿Cómo será Hércules que purgue de piratas los puntos de la Administración y destruya la Hidra del caciquismo quien recibió mercedes gubernamentales? Su estado de ánimo es ahora el mismo que cuando intercedieron por él Moncasi, Giner, Araus y otros: se aleja el logro del cargo, y lo apetece con toda su alma; se acerca, y hace votos por su fracaso. El nombramiento de Ultramar no llega, la promesa se frustra, y entonces respira y siente la alegría de una súbita liberación.

Las tres oposiciones a cátedras de Derecho político en Oviedo, Valencia y Granada, quiere hacer y todas se diferencian con descontento propio y desazón de la familia, que no sabe cuándo ganará para vivir. De pronto se anuncian otras para proveer varias plazas de oficiales letrados —abogados del Estado, decimos hoy—, dotadas con diez mil reales, y a esa tabla se ase el naufrago. El programa es tan abrupto —Deuda pública, Clases pasivas, Aduanas y comisos, Débitos de Hacienda, etc.— que la cabeza se le abre, y mientras los ojos están fijos en los cuadernos de materia indigesta, la imaginación emigra lejos para elaborar proyectos de reformas administrativas acordes con la justicia: concibe el

restablecimiento de los Montepíos independientes del Estado, descubre la *ley de la división terciaria de la regla jurídica* para su *Derecho consuetudinario*.

Castelar renuncia por entonces a su cátedra de Historia de España en la Universidad Central. Giner de los Ríos insta a Costa para que le suceda. ¿Qué le propone D. Francisco?... El se considera apto para substituir a Castelar —“con más derecho y con más fortuna”, son sus palabras— en la gobernación del país; pero no en la cátedra... ¿Cómo se preparará a un tiempo —y en tan poco tiempo— para las oposiciones de oficial letrado, de Derecho político, vacante en Salamanca, y de Historia de España? Sin embargo, también a ésta aspiraría... si juntase diez duros.

De tanto trabajo siente secos cuerpo y alma, No tiene libros; no puede hacerse socio de la Academia de Jurisprudencia para estudiar en su biblioteca, y gracias que el conserje le presta algunos volúmenes a cambio de un regalito que se propone hacerle para la Navidad. Los apuntes que toma crecen y se complican, y le dan mucho que hacer. Eso no es todo. Está preparando su doctorado en Filosofía y Letras. Entrega materiales a la *Revista de la Universidad* de su *Vida del Derecho* a fin de allegar algunos recursos; sigue escribiendo la *Introducción a la*

revolución española; corrige ya pruebas del Derecho consuetudinario...

Y empiezan las oposiciones de oficiales letrados. El día es harto corto y el tiempo corre veloz. Duerme cuatro horas, que se le pasan como un soplo, y luego las reduce a dos, buscando el desvelo en tazas de café. Ha de atarse la cabeza con un pañuelo para que no le estalle. Una noche se le agota el petróleo, próximo al amanecer, y mientras llega la luz natural espera con la frente entre las manos, llorando su pobreza.

Aquel día recibió un paquete de libros enviado de Francfort por Mr. Tower, y no tuvo dos duros para abonar el gasto. A la misma hora le reclamó la patrona el trimestre debido de pupilage y le puso en la calle. Sin dinero para pagar y faltándole para marcharse a otra parte, dirá a Salamero que le permita dormir y estudiar en un cuarto de su casa, y para sustentarse tomará un mes de medios billetes en cualquier casa de comidas, haciendo una sola al día, de donde resultará con un gasto cotidiano "de 14 a 17 cuartos". En el supuesto de que Salamero le albergue, son quince pesetas las que necesita para vivir en el próximo mes, y con hartos afanes ha reunido catorce; pero aun de esas ha de sustraer parte, pues va a doctorarse en Filosofía, y sólo le han dado ocho duros de empeño por la capa que le prestó un amigo...

—Pensando que tantos títulos, trabajos, des-

dichas y labor tenaz no eran bastantes a darme dos reales diarios hoy, en 1875, lloré más fuertemente.

Sale el sol, se enjuga los ojos, y vuelve al estudio.

Silvela hace tantos elogios de Costa, que el Tribunal de oposiciones para oficiales letrados espera con impaciencia su turno. Muchos condiscípulos y opositores acuden a oírle. Al entrar en ejercicio piensa que se va a decidir su porvenir, y siente miedo, angustia, vacilaciones, deseo de retirarse. Está medio muerto, y su familia —el padre acaba de quedarse cojo— esperanzada de que pueda ayudarla, pues ya es tiempo y razón de que gane a los treinta años. Entre los cuarenta aprobados, le dan el número 2.

Ya es oficial letrado de nombre, no real, que han repartido la piel del oso antes de cazarlo. Habían creado las plazas sin tener dinero; fiaron las esperanzas en un crédito que rechazaron del presupuesto, y ahora andan en el Ministerio instruyendo expedientes. Tendrá, pues, que aguardar dos meses para posesionarse en Cuenca de su cargo y volver a oposiciones.

Casi al mismo tiempo se doctora en Filosofía y Letras con nota de sobresaliente, y presenta las Memorias para Derecho político de Salamanca e Historia de la Central. Su programa de Historia le parece soberbio.

—Pero no ha de servirme —augura—, porque no harán caso de él.

Aunque piensa mal, redobla sus esfuerzos hasta hacerlos titánicos preparando la lección. No duerme, no sale de casa, a veces ni siquiera come por no perder un cuarto de hora. Prodigia la vida y quebranta su salud. Todo inútil:

—La indignidad se ha llevado el fruto del trabajo.

¶ Cree que su primer ejercicio fué malo, y algunos opositores le rectifican diciendo que ha sido el mejor. En el segundo advierte él mismo que domina a sus contrincantes. En el tercero se destaca sobre todos, y demuestra a algunos que no han comprendido la Historia de España. Sospecha que le darán el primer lugar. Pero no; hay terna, formada por Pedrayo, Sancho Gil y Costa. Los dos primeros se han agarrado a buenas aldabas; Costa no quiso aceptar la recomendación que le ofreció el general Jovellar, y se queda sin cátedra...

Y es el caso que, por pretender la sucesión de Castelar, se olvidó las oposiciones de Salamanca, en las que hubiese triunfado seguramente, pues sólo se presentaron tres candidatos, y ninguno bueno, según referencia de ellos mismos.

¿Cómo salió Costa de esta lid? He aquí sus palabras:

—Hace dos años no tenía ni lumbre para la rejilla. Ahora, ni calcetines llevo.

Y el pobre conserje de la Academia de Jurisprudencia se quedó sin el pavo de Nochebuena, que el fracasado opositor pensaba regalarle por la entrega de libros.

Le ha sucedido a Costa lo mismo que a Calderón. Los dos llegaron tarde a oposiciones. La Monarquía se había restaurado y el ultramontanismo dominaba en la Universidad. Los Pidalles aseguraron que D. Alfredo Calderón, discípulo y colaborador de Giner, no sería catedrático, y fueron fieles a su palabra. En Derecho Natural no capitularon jamás, perdiendo siempre los candidatos liberales: Jerónimo Vida, Melquiades Alvarez... Algunos años después de morir Costa decía D. Hermenegildo Giner: "Y ¡es coincidencia!, desde la Restauración no ha logrado ser profesor de esa disciplina del Derecho *ni un solo hombre de la izquierda* (recientemente, en los días que se escriben estas líneas, se ha repetido el fenómeno coincidente con el Sr. Ribera)." El propio Costa no pudo contrarrestar esa tendencia siendo juez de oposiciones en 1889. Tratábase de adjudicar la cátedra de Derecho natural de Sevilla, y resistió a la injusticia con insulto y escándalo, retirándose airadamente del Tribunal. Le aplaudió el público, le recompensó con elogios la Prensa, y ya no quiso formar parte de otros Tribunales.

Como opositor pretende que los señores de la

Facultad de Filosofía y Letras han hecho gala de atropellarle. ¿Y por qué no los de Derecho?

Sus malaventuradas oposiciones de Historia fueron a fines de 1875. En abril siguiente hace las de Derecho político y administrativo (Derecho natural, dice por error D. Hermenegildo Giner), de Valladolid. Su lección versa sobre el Renacimiento y el absolutismo. ¡Lindo tema para elucidarlos ante jueces retrógrados un liberal, un republicano, que acribilla con sarcasmos al ministro Romero Robledo y que achaca a los reyes absolutos el fracaso y la decadencia de España! También ahora descuella y demuestra al contrincante que su programa adolece de hartos filosóficos, siendo histórica la asignatura. Sin embargo, el presidente del Tribunal trastrueca luego los papeles, y dice a Costa que había hecho mal dando carácter filosófico a la asignatura...

—El pleito estaba fallado para mí desde el primer día —le responde.

Por aquellos días se pone a leer *Los últimos días de Pompeya*, y la sentencia de un romano viene bien a su caso: "Un poeta sin patrón es ánfora sin etiqueta." El careció de patrón, y fué vino del que no se hace caso.

Seis meses antes de esa caída, tres antes de sufrir la de Historia, tuvo otra —29 de septiembre del 75— aspirando al premio extraordinario del Doctorado en Filosofía y Letras. Sólo encuentra un competidor. La tesis es: "Doctrina

aristotélica en la antigüedad, en la Edad Media y en los tiempos modernos". Costa expone la doctrina aristotélica, conforme al enunciado. Su contrincante se detiene en la bibliografía de Aristóteles, y dice que le ha faltado tiempo para desarrollar el tema. ¿A quién corresponde el premio en buen derecho?... Costa no lo obtiene. Protesta; el rector de la Universidad Central se declara incompetente, pero ordena a los jueces que repasen las dos Memorias. Ellos no quieren revotarse. El desairado se alza en queja al ministro de Instrucción Pública solicitando nuevo Tribunal. Aunque la ley le ampara, contéstanle de palabra, pasados varios meses, que no hay precedentes... Entonces piensa recurrir al inútil fallo de la opinión docta publicando ambas Memorias. El original de la suya está entre los papeles que dejó a su muerte.

El ganador del premio no era un cualquiera, sino un joven de raro mérito, y ya entonces había interesados en que lo pusiese de manifiesto. Llamábase Marcelino Menéndez y Pelayo. Tal vez con tiempo para desarrollar el tema hubiese merecido el lauro; pero no lo desarrolló ni pudo conquistar el premio en buena lid.

—Las imprudencias literarias del tal Menéndez...

¿A qué imprudencias alude Costa?

Este no sintió inquina contra su contrincante, al que nunca dejó de admirar. Menéndez y Pe-

layo también “admiraba a Costa y reconocía su extraordinario valer”.

¡Qué rendido homenaje le tributa al morir!...

“Para hablar de Costa, al que he querido, porque fuimos condiscípulos, necesitaría hacer lo mismo que si se tratase de un escritor antiguo: leer uno a uno sus libros, cronológicamente. Además, yo no puedo estudiar toda la labor de Costa en conjunto. Hay en ella mucho que no está dentro de mi campo de acción. Me refiero a la política. Yo podría trabajar sobre sus estudios ibéricos y celtíberos. Nada más.”

IX

Por estar cerca de las bibliotecas que le faciliten la preparación de sus lamentables oposiciones, el oficial letrado tuvo que poner un sustituto en Cuenca, renunciando al sueldo, de que tanta necesidad tenía. Luego le trasladan a San Sebastián. Poco trabajo le impone su empleo, y aun eso le sirve de carga insufrible. No siente vocación burocrática y le parece que está perdiendo el tiempo. Apenas posesionado del cargo piensa ya en dejarlo. Tiene por idiotas a sus compañeros, hasta la medula corrompidos, y no queriendo trabar amistad con ellos la estrecha con los libros. A los dos meses y medio le trasladan inopinadamente a Guadalajara, y al noveno día de llegar ocurre un suceso, que conviene dejarle referir, como manifestación de sus sentimientos:

“29 noviembre 1876. Hoy los empleados no han tenido oficina, porque ha venido el rey a repartir los premios de la Exposición provincial. Ayer pasaron por las oficinas una comunicación para que asistiéramos al Gobierno civil a la re-

cepción. Yo, como todos, firmé que quedaba enterado; pero frescos están si creen que iba a ir. Ya podía haber andado solo el monigote de don Alfonso si no tenía otro que le acompañara. Me he estado en la oficina solo, trabajando, y me he ido a la hora de costumbre a tomar el sol y leer *El Imparcial* junto a la plaza de toros. Desde allí oía las campanas a vuelo, veía las esquinas llenas de gente, los balcones colgados, hombres y mujeres de gala. Si lo hubieran hecho para solemnizar la Exposición, corriente; si hubieran engalanado las calles para el paso de los premiados, magnífico; pero por el reyezuelo, ¡mentecatos, idólatras! Cada vez que oía o veía alguna de esas manifestaciones, no podía evitarlo, decía: ¡Estúpidos!; merecen ser regidos por un maniquí semidiós por nacimiento. Cada día aborrezco más a la Monarquía. Quieren que fuera yo a formar parte del relleno, a oír embebecido “las elocuentes palabras” que se dignase pronunciar con su pico de oro el padre del pueblo, el fomentador de las artes... Y luego creerse honrados los labradores con recibir del monigotillo sus premios, ¡ellos que tienen que pagarle treinta millones, amén de los de su madre, abuela, hermana, etc.!; ellos, a quienes se niega el ejercicio de la magistratura más sencilla, la de elector, mientras a él, el diosencillo menor de edad y todo, lo creen apto para la magistratura más alta y difícil. Esto es irresistible...”

En junio de 1877 pide su traslado a Huesca. Nadie piensa ya en el buen D. Hilarión Rubio, al que sirvió de cochero, y todos se acuerdan de Costa. *El Diario de Huesca* anuncia su llegada, diciendo que es uno de los hijos de la provincia que más la honran.

Poco fué el tiempo que estuvo allí; mucho el trabajo que realizó terminando obras o iniciando otras, a que sirvió de preparación las escapadas que, desde el año anterior, hacía a Madrid para recoger datos. *El Diario de Huesca*, la *Revista Europea*, la *Revista de España* y el *Boletín de la Institución* publican bastantes estudios suyos, que luego dieron título o integraron volúmenes: *La religión de los celtas*, *Un viajero español en Africa*, *El teatro popular en Ribagorza*, *Reformas necesarias en el reglamento del impuesto de Derechos reales*, *Una hectárea de regadío*, *La moralidad en el siglo XVII*, *Las inglesas gaditanas*, *Ensayo de los dialectos de transición de la Península durante la dominación romana y visigoda*, *El suelo de la Patria* (Agricultura expectante y Agricultura popular). *La Política de los Romanceros*, *Refraneros y Gestas* le reclama mucho tiempo y trabajo. Al publicar, en 1877, el opúsculo *Cuestiones celtibéricas* pone por primera vez la relación de sus obras publicadas, en curso de publicación y próximas a publicarse, que hacen larga lista. Pensando en la Agricultura y queriendo abrirle nue-

vos rumbos, formula leyes de la vida vegetal, y durante un breve viaje a Graus y sus alrededores colecciona fósiles para regalarlos a la Institución Libre de Enseñanza, que acaba de fundarse.

¿Por qué se alejó de Huesca a los pocos meses, renunciando a un cargo del que tanto necesitaba?... ¿Cómo?... ¿Alguna pretensión arbitraria de sus jefes?... D. Marcelino Gambón, que a veces sirvió de secretario a Costa y es archivo de anécdotas costistas, sólo sabe que su carácter altivo y su enemiga a imposiciones caciquiles fué causa de la renuncia.

Aunque necesitado del cargo no debió costarle mucho esfuerzo su abandono. No era amigo de Madrid —pues hasta achacó al aislamiento e ineptitud de la capitalidad la decadencia nacional—; pero la vida provinciana no satisfacía su deseo de aprender ni le suministraba instrumentos de estudio, y si a los pocos días de instalarse en San Sebastián deseaba ya liberarse del empleo, antes de abandonarlo quería que anunciase oposiciones de auxiliares en la Dirección del Registro para tener algo seguro. Ingenuamente revela su ambición:

—Si las gano estaré en Madrid, al lado de la Biblioteca, de la Institución, de los hombres de pro, y podré casarme...

¡Casarse Costa! Toda su vida lo quiso; pero no hay en ella un solo anhelo ferviente que vea

realizado. Entre el cúmulo de miserias, enfermedades, trabajos e injusticias, sus fracasos amatorios no son el menor motivo de pesadumbre.

Siendo estudiante en Huesca conoció a una Pilar, que mientras estuvo en París llenaba su imaginación, y cuyo nombre le acudía a los labios con suspiros de pena. Pilar llegó a amarle; pero era rica, él no tenía dónde caerse muerto, y los padres de la novia obstaron el enlace.

Cuando empieza las oposiciones de oficial letrado conoce a una F..., de quien sólo da la inicial. Tiene más edad que él. Costa la llama *mother* (madre), y ella le dice *son* (hijo). F... le confiere sus dolores. La ha hecho desventurada un hombre, quizá un sacerdote. No obstante su edad y su pasado, el fogoso amator siente desbordarse el cariño por ella, y cree que no encontrará otra que complete tan bien su personalidad en la familia. F... le desengaña:

—¡Si no fuera tarde!...

Costa comprende que es muy tarde.

Mas, al lado de esa mujer infeliz, tan íntima y abnegada, que en otras circunstancias hubiese sido su compañera de estudios y afanes, ¿qué nos dice Costa?... “Esto es una amistad...” Frase enigmática. ¿Quién pudiera dar la clave?... “Esto es una amistad...” Nada más... Y a continuación: “Hay otra, la de F..., más vecina, más estrecha, más afectuosa.” ¿Alude acaso a

su pasajera amistad con la viuda de un contratista de obras? En ella hubo descendencia, sin que ese suceso —obra de encuentro casual, no de tierna comunicación, como hubiera sido la de F...—mitigase sus deseos de familia, que algunos meses después le haría exclamar en San Sebastián: “¡Cuándo tendré hogar propio, y lo animará y me animará una mujer propia!”

¿Fué entonces, mientras se condolía de F..., o después, cuando encontró a la viuda? Don Rafael Altamira, que pudiera aclarar la duda, no recuerda el momento de esta doble historia, de la que sólo tuvo incompleta noticia. Altamira y Costa vivieron en la misma casa de huéspedes, y el uno oyó hablar al otro de un amor apasionado. “Siendo ella libre y queriéndola él tanto, ¿por qué no se casarán?”, preguntábase el futuro profesor de Historia. Pero es que el cariño apasionado quizá se lo inspiraba la imposible F... Altamira supo que Costa tuvo una hija: creo que ignoró, hasta decírselo hace pocos meses este amanuense, que fué concebida en la misma casa donde ambos amigos se hospedaban...

Tampoco la honesta Concepción Casas —última pasión de Costa— pudo ser su mujer. La conoció durante su postrera estancia en Huesca. Residía la joven en Graus. Era él soldado bisoño en empresas amatorias, y quizá tomó la sombra de sus dedos por enemigos. Un día se le ocurre enviar a la pobre Concepción ciertas “confi-

dencias" —sin duda impertinencias; celos injustificados tal vez—, que él mismo califica de cobardes, y ella se las devuelve con carta en que le dice:

“Como cristiana perdono a usted desde este momento; pero como *mujer* no olvidaré *nunca, jamás*, que usted es el único hombre que se ha permitido prodigarme sin ningún derecho tamañas ofensas.”



•

•

•

•

•

•

•

X

Hallándose el oficial letrado en San Sebastián se funda la Institución Libre de Enseñanza, en la que le nombran profesor de Derecho político e Historia de España; pero su ausencia le impide explicar hasta establecerse en Madrid. La Institución comienza bajo buenos auspicios: tiene 190 alumnos; mas, según dictamen de Costa, faltan algunos buenos profesores y sobran "pipolos". Moret se abstiene al principio; Salmerón tiene que huir a Portugal, amenazado de encarcelamiento por publicar con Ruiz Zorrilla un programa republicano reformista, y de Portugal ha de trasladarse a Francia cuando el Gobierno descubre una conspiración apenas iniciada.

Reinstalado Costa en Madrid por renuncia de su cargo el año 1878, toma parte activa en los trabajos de la Institución. Durante algunos meses de penuria vive en el local de ella. Explica varias clases y asiste como estudiante a otras. Trabaja en la formación de su biblioteca, y de

1880 a 1883 dirige el *Boletín*, en el que publica sus investigaciones sobre los dialectos de la Península.

“Era —dice don Hermenegildo Giner— asiduo excursionista con los alumnos a museos, fábricas, instituciones públicas, sin faltar los miércoles a presenciar los juegos escolares del puente de San Fernando, y acudiendo con igual puntualidad los domingos a los paseos campestres de los alrededores de Madrid o a las excursiones a ciudades dignas de ser visitadas desde el punto de vista pintoresco, artístico, arqueológico, histórico, industrial, etc.”

Con el donoso candor que D. Alfredo Calderón empleaba al referir anécdotas de su amigo y compañero institucionista, decía que por esos años y los subsiguientes Costa metíase los libros bajo el brazo, como un escolar cualquiera, y, envolviendo en periódicos un pucherillo con la comida, se iba muy temprano a la Moncloa para estudiar todo el día tendido en los pinares de Puerta de Hierro.

Al mismo tiempo que profesaba en la Institución, abrió despacho de abogado, ejerciendo hasta 1888, en que obtuvo su primera notaría. Durante algún tiempo fué pasante de Gabriel Rodríguez. Los asuntos le fueron bien a este notable letrado, y al hacer la liquidación del año quiso distribuir un suplemento de beneficios entre los auxiliares; Costa se negó rotundamen-

te a tomar nada, aduciendo que él contrató sus servicios por 3.000 pesetas, y que sólo a eso tenía derecho.

Dice Gambón que de 1878 a 1888 Costa se hizo notar entre sus colegas del foro; pero hubo de consagrarse a tantas prácticas intelectuales durante ese período, que sus pleitos no debieron ser muchos ni fructíferos. El único resonante—del que aun se habla, sin ser bien conocido en sus detalles—fué el de La Solana, la villa manchega, que duró diez años con sus varios incidentes. Pero eso pasó en 1894, ejerciendo de notario en Madrid.

Jamás adoleció de ignavia la vida de Costa, mas esa década marca el período de mayor actividad en la suya, y bastaría para llenar varias. Aun conociendo la formidable resistencia en el trabajo de ese constante enfermo, admira y maravilla que pudiera soportar tanto. Costa no cesa de escribir libros, artículos, folletos, manifiestos; publica entre otras obras: *Estudios Ibéricos*, *Colectivismo agrario*, *Reorganización del notariado*, el segundo tomo del *Derecho consuetudinario*, *Reconstitución y europeización de España*, *Política hidráulica*, *Los fideicomisos*, aludidos después, *Oligarquía y caciquismo...*; atiende su despacho notarial, en el que se halla con afanosos negocios, como el que le confiere la que había de ser madre política de su hermano Tomás; invade la política; interviene en eleccio-

nes; dirige la Liga de Contribuyentes, la Cámara Agrícola del Alto Aragón, la Liga Nacional de Productores, ofreciéndole tiempo, dinero y hasta escribientes; da vida con Paraíso a la Unión Nacional, redactando programas, interviniendo en actos públicos, anotando sus desciertos (“me consta —dice Gambón a los pocos días de morir Costa— que tiene archivado don Joaquín todo el verdadero proceso de ese movimiento nacional con las causas originarias de su fracaso, todo escrito de su letra”); disuelta la Unión, trata de forjar un nuevo partido, al que ha de coadyuvar la famosa información que prepara en el Ateneo sobre “Oligarquía y caciquismo”, y malgrado el propósito, ingresa en la Unión Republicana; perora, escribe en su favor antes de ver concluso el pleito famoso. Frecuentemente ha de abandonar su despacho y refugiarse en los alrededores de Madrid para trabajar con más desembarazo, para despachar cartas atrasadas... “Necesitaría dos cabezas y cuatro manos”, escribe.

¿No es hartó afán para un hombre solo? Pues en el ínter le escriben sus clientes manchegos a propósito de una diferencia por cuestión de honorarios: “que su mayor actividad la ha consagrado a la causa que le encomendaron”, por consejo de D. José Salamero. Durante esos diez años, que debieron de colmar empresas de tanto aliento y responsabilidad como las citadas, pues

resumen sus estudios y observaciones y con ellas pretende levantar una nueva España, Costa, el parálítico progresivo, el casi siempre aquejado de otras enfermedades, hace incontables viajes a los pueblos de la Mancha, celebra mítines, da conferencias, forja proyectos, redacta hojas, folletos, hasta *Los fideicomisos de confianza*, de copiosa erudición, que el vulgo interesado en el pleito llama *el libro*; informa y asesora a otros abogados que le secundan —Silvela, Salmerón, Alcázar, Gabriel Rodríguez...—; cubre de letra menuda montañas de papel de oficio; sostiene extensísima correspondencia...

Puesto que el caso llega ahora anticipado, he aquí resumida la primera parte del notable pleito:

Don Francisco Javier Bustillo y Mena, heredero de su hermana doña Concepción, que lo fué de su esposo D. Pedro Remón Díaz Orejón, presta testamento en 1882, legando todos sus bienes radicantes en La Solana, Alhambra, Membrilla, Manzanares y Montiel (algo más de ochocientas mil pesetas) a los tres sacerdotes de La Solana, D. Eusebio Morales Velasco, D. Gabriel García Benedero y D. Julián Torrijos, y a su administrador, D. Vidal Núñez Polo, el cual recibiría en nuda propiedad los otros bienes que el testador poseía en Villarrubia de los Ojos. Muerto cualquiera de los tres sacerdotes debía sucederle otro, y a ser posible adscrito a la pa-

.....

rruquia de La Solana, con misión de hacer de la herencia —decía el testamento— “el uso que les tengo encargado”. Al fallecer D. Eusebio Morales, antiguo amigo de Salamero y profesor en su Colegio del Angel de las Escuelas, le sucedió su sobrino D. Juan Alfonso López de la Osa, habiendo declarado aquél en su testamento que la voluntad de Bustillo fué que con el dinero “se hiciesen obras benéficas”.

Para evitar intromisiones del Juzgado y que sellase las puertas de su casa por morir célibe y sin directa sucesión, D. Francisco Bustillo prestó otro testamento en 1892, nombrando heredero universal a Núñez Polo; pero declarando en la cláusula 4.ª que su testamento de 1882 “se tenga por parte integrante del presente”. Don Francisco indica el documento, guardado bajo sobre. El notario que da fe lo toma en presencia de los testigos, reconoce el cierre, y pregunta:

—¿Es éste?

—Ese es —responde Bustillo.

El piadoso legatario quiso cerrar las puertas de su casa al Juzgado, sirviéndole de llave el segundo testamento; lo que hizo con éste fué abrírse las de par en par durante una década para que lo revolviese todo. Muerto él algunos meses después, su administrador Núñez Polo acócese al texto crudo en la parte que le conviene y a una reforma de la ley, y se declara heredero universal. Don Francisco Silvela le da

la razón, y luego se adhiere al dictamen contrario de D. Joaquín Costa.

El pleito comienza en 1894. Defiende Costa a los herederos o fiduciarios, y gana a los cuatro años. Pero, en seguida, comienza otro procedimiento por reclamación de cuentas a Núñez Polo. Este había olvidado que es preferible un mal arreglo a un buen pleito, y por deseirlo todo, sale del lance con las manos en la cabeza, sin logro de las 800.000 pesetas de la herencia mayor, con pérdida de la que Bustillo le dejó en Villarrubia de los Ojos y sin nada de lo que él mismo tenía.

Mientras se substanció la causa acumuláronse gastos, y hubo un día, dictada ya sentencia, en que los fiduciarios tuvieron que pagar los Derechos reales. El obispo-prior de Ciudad Real, doctor Piñera, aprontó 80.000 pesetas, otorgando los tres sacerdotes en favor de su superior jerárquico escritura de venta de varias fincas, que representaban la mitad o más de los bienes. La adquisición no fué mala. El Obispado-Priorato acababa de obtener por 16.000 duros lo que valía entre siete y nueve veces más. El que pugnó contra Núñez Polo por los pobres de la Solana, fué ahora enemigo de los fideicomisarios y de Su Ilustrísima.

Costa redacta, imprime y reparte un terrible escrito, que servirá de demanda —si hay vecinos que los subscriban— para que los Tribuna-

les declaren la nulidad de la venta hecha al obispo y la destitución de los fiduciarios. El escrito surte tanto efecto en el pueblo, que uno de aquéllos entrega al alcalde de La Solana por acta notarial su parte en los inmuebles del fideicomiso, y los otros dos huyen de la villa. Uno de éstos, D. Julián Torrijos, trata de contestar al documento y defender al Obispado desde Ciudad Real en un Manifiesto, que, al decir de Costa en su implacable respuesta, "aunque poca, supone alguna cultura", mientras que la del sacerdote sólo se manifiesta en sus cartas como innovador de la ortografía, escribiendo *emos*, *ballamos*, *objecto*, *influlla*, *ocaxión*, etc... Evidentemente, la obra no es de Torrijos. ¿Quién la habrá redactado? Amagando al firmante, Costa cae sobre el obispo. El Manifiesto suena a dulce balido de cordero; el folleto "A las personas honradas" es rugido de fiera selvática. El autor persigue, acorralla, destroza y destriza. Pero no con dientes y garras, sino con la pluma... El cordero auténtico es Costa, que bajo las cándidas lanas se oculta el poderoso obispo de Ciudad Real, prior de las Ordenes Militares. Es necio luchar contra él. Nadie arrancará ya al Dr. Piñera el medio millón.

¿Qué honorarios granjeó Costa en este largo pleito, que varias veces intentó abandonar después de obtenido el éxito primero y mayor? Los mismos fideicomisarios parecieron interesarse

por el defensor cuando venció a Núñez Polo, escribiéndole en 1899: "... A más de la satisfacción que tendríamos viéndole por aquí, aprovecharíamos la ocasión no sólo de estudiar el medio de obtener recursos (*para continuar los procedimientos en curso*), sino de arreglarle a usted todo lo referente a sus honorarios, porque la muerte no para ni descansa, y lo que más a nosotros nos preocupa es de ver de asegurar a usted la retribución de sus grandísimos trabajos, que únicamente los que los hemos visto podemos en parte apreciarlos."

Costa no quiere fijar sus honorarios y propone que los regulen pericialmente dos letrados probos, escogidos por los propios fideicomisarios. Ellos prefieren que los evalúe el defensor. Abogado y clientes subscriben a fines de 1901 un documento reconociendo al primero la mitad de los bienes que legó Bustillo, y cuando trece meses después ha de elevarse el convenio privado a escritura pública, Costa dice que suspendan la gestión, pues "ha vuelto a pensar en la conveniencia y casi necesidad de que dos abogados reputados por su probidad dictaminen sobre la cuantía de sus honorarios", aviniéndose a recibir menos de lo convenido si así lo acuerdan esos peritos. Los fiduciarios le contestan dos días después (14 de febrero de 1903):

"Respecto a lo de los dos abogados reputados y probos que hubieran de dar dictamen sobre

la cuantía inmueble de sus honorarios, es cierto que ya nos habló a D. Julián y a mí en Manzanares (abril de 1899), y a D. Juan Alfonso conmigo; y entonces como ahora le decimos que nosotros mejor que nadie sabemos los trabajos, desvelos y malos ratos que en este tan intrincado y complicado pleito ha empleado usted para sacarnos con bien, y de cuyo infernal precipicio sólo usted con tesón de sangre aragonesa ha podido librarnos. Esto es por sí suficiente para estarle a usted sumamente agradecidos, sabedores como somos que lo mejor de su vida lo ha pasado en continuas desazones por nuestra causa. Así, pues, le suplicamos que desista de eso de los abogados, y tenga la seguridad de que nosotros quedamos contentos con sacar lo gastado, si es posible, y que usted quede satisfecho, como es de justicia.”

Pasan meses; se intercala el conflicto por la venta de propiedades al obispo; el contrato privado no se eleva a público, y los fiduciarios retroceden, estimando excesivo el pago de honorarios. Costa vuelve a proponer que los regulen dos letrados, que pudieran sacarse a suerte entre D. Pascual Jarava, de La Solana; D. Antonio García Noblejas, de Manzanares; D. Gumersindo de Azcárate, D. Melquiades Alvarez y don A. Gabriel Rodríguez (los dos últimos por haber tenido alguna intervención en el pleito). Si ellos estiman que los honorarios deben ser inferiores

a lo convenido, él los aceptará; si los tasan en cifra superior, renunciará al exceso. No hay manera de entenderse, y Costa está ya cansado, enfermo, retraído en Graus.

Pero algo recibió Costa. En el Manifiesto de Torrijos "y sus colaboradores" (como dice el impugnador), se hace referencia a 15.000 pesetas que le entregaron. Más todavía debió de percibir. Costistas y anticostistas de La Solana están acordes en que obtuvo el importe íntegro del ganado vendido. Total, 28.000 pesetas escasas. Declara Costa que eso y bastante más lo gastó, y corroboran sus amigos que todo y más lo gastó en la montaña de papel de oficio, viajes, impresos, honorarios de los otros abogados que intervinieron en los múltiples incidentes, derechos de procuradores, escribanos, etc., etc. Declaran los parientes de los fideicomisarios que Costa aun retuvo el pago de la lana y de algunas pequeñas fincas vendidas.

La misma duda surge tocante a las alhajas. Dicen los anticostistas que el defensor se incautó de todas. Protestan los costistas y aseguran que sólo aceptó como recuerdo una jofaina de plata, un cubierto y dos platos del mismo metal. El abogado de La Solana D. Antonio F. Mayoralas, que por su edad no participó en las polémicas de la época, me comunica: "Esto último puede ser cierto; aquéllo no tengo inconveniente en negar que lo sea, según testimonio de per-

sonas imparciales, las cuales aseveran que la Comisión de seglares que sucedió a los clérigos en la administración de ese caudal vendió cubiertos de plata que aun había.”

Dos años después de los incidentes finales coincidieron en Zaragoza Costa y el obispo Gandásegui, sucesor de Piñera. En Graus me dijeron amigos de Costa, que el prelado le ofreció 10.000 pesetas por pagos de honorarios, indignándose él y rehusándolo todo. El presidente del Centro Republicano de La Solana, que asistió a la conversación de ambos personajes, asegura que el obispo-prior no ofreció nada, y que Costa le facultó para hacer él mismo la tasación de honorarios, “*desde seis reales en adelante, con promesa de renunciar al cobro, y que se distribuyese la cantidad entre los pobres de La Solana*”. En Zaragoza se dijo que la demanda fué de *siete reales*...

Dejemos las cosas ahí, puesto que ahí termina el pleito. En el capítulo XX se verá las trágicas consecuencias que pudieron tener los *seis o siete reales*, desmentidos por el actual arzobispo de Valladolid.

—El pleito de La Solana —me dice Balbina— hizo romper a mi tío sus últimos vínculos con la Iglesia.

XI

Desde el retorno de Costa a Madrid hasta el año 1888, su asiduidad en el trabajo no decae. Además de profesar en la Institución Libre y de ejercer la abogacía, toma parte activísima en el Congreso Jurídico de Zaragoza del año 1880 pronunciando discursos, redactando ponencias, disertando luego en Madrid sobre los puntos allí discutidos. Lo mismo hace en los Congresos Agrícolas de Madrid en 1880 y 81; en el Pedagógico de 1884; en el Jurídico de Madrid y el de Barcelona en el 88. Colabora frecuentemente en *La Revista General de Legislación y Jurisprudencia*. Desde 1887 es profesor en la Academia a que sirve de órgano esa *Revista*. Desde 1884 pertenece a la Comisión de Legislación extranjera del ministerio de Gracia y Justicia. A esa década corresponde la publicación de la *Teoría del Derecho jurídico, individual y social*, que Gómez de Baquero tenía por la mejor de sus obras; *La libertad civil*, *El Congreso de los jurisconsultos aragoneses*, los *Estu-*

.....

dios jurídicos y políticos, La poesía popular y Mitología y Literatura celtohispanas, en que agrupa estudios anteriores.

Pero lo característico es su pasión colonizadora.

Por ser expresivos de ese período, se hacen recomendables los siguientes párrafos de un artículo *Mi Joaquín Costa*, escrito por Roberto Castrovido, con ocasión de inaugurarse en Graus el monumento a su hijo adoptivo el año 1929.

"Por primera vez le vi y oí en la Sociedad Geográfica. Disertaba sobre la posición exacta de Santa Cruz de Mar Pequeña. Me asombró su elocuencia, me maravilló su saber.

"Toda la historia de España en su relación con árabes y africanos mahometanos la embutió en el discurso, encaminado a fijar la situación geográfica de Santa Cruz y a demostrar la conveniencia de que fuese colonia española.

"Era por entonces —¿1886? ¿1887?— africanista entusiasta, patriota vehemente.

"Todo su saber, que era mucho, y toda su elocuencia, que era extraordinaria, empleábalos en aguijar a España para que conquistando y colonizando en Africa, de Tetuán al Atlas, de Tánger al Congo, organizando una escuadra, creando un ejército y arreglando la Hacienda, recobrará su perdida condición de potencia de primer orden."

El amor de Costa a los estudios geográficos debió despertarse al poco de llegar a Madrid, pues en 1872, cuando por segunda vez se instala en su cerebro la idea del suicidio, se queja de no poder acompañar a Lesseps en su aventura —que él también está meditando— de restablecer el perdido mar del Sahara, y en 1875, cuando ingleses e italianos se proponen la misma hazaña, escribe melancólicamente:

“¡Pobre España! Ya no podrá ser *nunca* tuyo Marruecos. Adiós, España transfretana. ¡Pobre Costa! Ya no podrás llevar a cabo expediciones de descubrimiento sobre una nave al interior de Africa para que sea rápidamente civilizado. Yo he nacido tarde, y España llega tarde a todas partes desde que la tocaron de parálisis los reyes absolutos. Ya no se escuchará el español en labios de la raza negra: el inglés acabará de invadir el planeta; ya no podrá España lavar sus manchas de la conquista de América. ¡Adiós, generosos proyectos de civilización, de colonias, de estudiantes negros en Madrid, dominación universal, de islas, costas!... Italia e Inglaterra a un tiempo, Francia en medio y España dormida, despertando sólo para envilecerse, escandalizar al mundo con sus orgías demagógicas y sus repugnantes autos y hecatombes absolutistas. ¡Ay!”

Pero ninguno de los tres pueblos restablece el desaparecido mar y Costa aun puede consa-

grar al Africa numerosos años de afanes, que serán perdidos. A fines de 1876 se constituye en Madrid la Sociedad Geográfica para organizar una expedición al interior africano, y al saberlo escribe a Fernández Guerra que existe un explorador español del continente negro llamado Joaquín Gatell, cuyos servicios y experiencia serían útiles si dieran con su paradero. A la carta acompaña un folleto de Gatell. Fernández Guerra le acusa recibo del impreso, añadiendo de paso que la Junta directiva desea tenerlo en Secretaría, interesada en las notas manuscritas sobre la depresión conjetural del Sahara y proyectos de canales para conducir el agua del Atlántico al Gran Desierto; pero no advierten que aquellas líneas indicadoras de canales tienen el mismo color de la tinta con que están escritas las interesantes notas, y que la letra de estas notas es idéntica a la letra de la carta que escribió Costa...

Desde 1881 intensifica su campaña africanista, convirtiéndose en organizador y motor de todos los actos notables que se realizan en varios años. Dirige la *Revista de Geografía Comercial*; pide la anexión de Guinea y el Muni. En 1883 organiza el Congreso de Geografía Colonial, y traza las líneas directoras de política africana que deben seguir gobiernos, capitalistas y exploradores. Mete prisa, antes de que se haga tarde, para dar cumplimiento al Tratado

hispanomarroquí de 1860. Las pesquerías canarias pudieran ocupar a centenares de barcos de 40 a 50 toneladas en la recolección y muchos más en el transporte, ofreciendo pescado de superior calidad con un 50 por 100 de rebaja sobre el extranjero, de donde comerían los hambrientos españoles y aun podría exportarse en grandes cantidades a Portugal, Italia, Francia, Senegal y Argelia. En ese mismo año 1883 el comercio con Melilla, que debiera ser nuestro, representaba unos tres millones de pesetas, tocando a España sólo 42.500, y el resto, que era casi todo, a Francia. En 1884 funda la Sociedad de Africanistas, y en el siguiente, la de Geografía Comercial, proponiendo, organizando y dirigiendo técnicamente cinco expediciones enviadas entre esos años y 1888 a Río de Oro, Sahara y golfo de Guinea, otra a Egipto, y hasta dos o tres más, extendiéndose la acción exploradora a las cuencas de los ríos San Benito y del Campo. En fin, 1884 y 1887 presencian dos grandes mítines de política marroquí y colonias portuguesas. Al último de esos actos debe referirse el Sr. Castrovindo en los párrafos transcritos más arriba.

No quiso que Alemania nos suplantara en la Micronesia; pero también detestaba que España tiranizase a las razas de color, y así combatió denodadamente por la misma época a que nos referimos contra la esclavitud. Era suficiente que Costa se mostrara en la tribuna para que

los abolicionistas le recibiesen con salvas de aplausos. La ley de abolición gradual promulgada en 1880 le parecía inicua, y anunció para el futuro grandes catástrofes: ¡Cuba, Filipinas; no se equivocó!, suponiendo atinadamente que los negros no se avendrían a su suerte, pues, como decía el cubano de color Juan Gualberto Gómez, repitiendo palabras de Costa: “debía quedar sólo a los perros la vergüenza de lamer la mano que los azota”.

Sólo con lo que escribió por entonces sobre el conflicto hispanoalemán podrían formarse dos o tres volúmenes, y a él encomendó la Sociedad de Geografía Comercial la redacción del manifiesto al pueblo vindicando el derecho de España a conservar las Carolinas.

Cambios de situación profesional y quebrantos de la salud debilitaron en Costa la actividad colonista, y aunque descorazonado de no ver el logro de su política por apatía de los Gobiernos, perseveró en ella algunos años. Al perderse los últimos grandes fragmentos imperiales de América y Oceanía anheló que España se volviese hacia el próximo continente. No ignoraba que Europa tenía puestos pensamiento y ojos en Africa; adivinó que Francia, dominadora de Argelia, se arrojaría sobre Marruecos en cuanto tuviese oportunidad internacional, y por eso instó entre 1881-88 a los dormidos gobernantes a proceder con urgencia. Francia se adelantó.

Como siempre, "desde que los reyes absolutos tocaron de parálisis a España", nosotros llegamos tarde.

Cuando en el invierno de 1909 fué Costa a Madrid por materiales para su obra póstuma *Ultimo día del paganismo*, en el salón de actos del Ateneo se inauguró un Congreso de africanistas trasnochados, que se proponían fomentar las relaciones hispanomarroquíes, y al saber que en la biblioteca estaba trabajando el iniciador de tantos actos análogos, subió una Comisión para invitarle a ocupar la presidencia... ¿Qué respondió Costa?...

Al entrar yo estaba todavía de pie, apoyada su ancha espalda en un estante de libros, encorajinado y temblándole la barba. Sin duda quiso comunicar a otro el motivo de su malhumor, porque me hizo un signo con la mano.

Y tuvo la bondad de referirme la entrevista, llameándole como a un dragón los ojos.

—¿Qué le parece? Esos infelices no se han enterado de que los modernos imperios coloniales tienen territorios diez veces, treinta veces, cincuenta veces más extensos que las metrópolis. Hace veinte años aun era tiempo de pensar en Marruecos; pero me dejaron solo; me hicieron fracasar... Lo mejor que ahora podríamos hacer es abandonar esa estrecha zona, abrupta y estéril, que jamás compensará a España de la sangre y los tesoros que va a costarle.

XII

El año 1888 hace Costa oposiciones de notario en Granada, obteniendo la calificación de sobresaliente y el número uno. Se le concede la notaría de Jaén, que si no desempeña mucho tiempo la conserva hasta 1894, en que hará traslado a Madrid, instalando su despacho en el número 5 de la calle del Barquillo, como atestigua una lápida sufragada por la colonia aragonesa.

Poco tiempo estuvo en la capital de la Alta Andalucía. Su salud empeoraba, y a principios de 1890 hizo un viaje a Suiza para que le reconociesen los médicos de Berna. De allí volvió tan débil de salud como lo estaba antes, sus parvos ahorros agotados y completamente escéptico de doctores y medicinas.

Aquejado cada momento de toses y “bárbaros catarros bronquiales”, como él mismo escribía a sus amigos, negábase tozudamente a toda medicación si no era la doméstica de las tisanas, y aun esa mal soportada. Entrado el siglo XX, un farmacéutico de Graus, algo pariente suyo,

le ofreció una cajita de pastillas pectorales de seguro efecto, obra de su sabiduría. Costa trasladó el regalo a las sobrinas, asegurándoles:

—Dádselas al borriquito que tenéis en la cuadra, y me surtirán el mismo efecto que si las tomase yo.

Cuando se anuncia la gravedad que preludia su muerte, le proponen llamar a un doctor.

—Para morirme yo no necesito de médicos.

Estos señores llegan de Barbastro, de Barcelona, de Zaragoza, de Madrid, simulando cogeres de paso para que el enfermo no los eche a la calle. Uno se presenta tocado con estupendo gorro de terciopelo carmesí, que deja boquiabierto a la gente. Todos diagnostican: el del gorro, en florido y prolijo estilo con vistas al periódico. Son pesimistas. Recetan, y si sus fórmulas no salvan al paciente, operan favorables reacciones que prolongan algunos días su vida... Así, al menos, lo creyeron y divulgaron ellos en sus partes facultativas, y así seguirán creyéndolo los supervivientes...

¡Cómo se ríe Balbina, y qué aire tan picaresco adopta!

—Mi tío no injería ninguna medicina, y todas pasaban intactas de la mesita de noche al corral.

Si alguna tomó fué cuando hubo perdido fuerzas y conocimiento, y entonces no causaron perceptible reacción en su organismo, como debió de suceder con aquel baño caliente final, en que lo

metieron sin él notarlo y lo sacaron para morir.

No volvió de Suiza con la salud rehecha; pero trajo un buen consejo de los doctores berneses: mandáronle a tomar viento fresco, asegurando que el del Pirineo le sentaría muy bien.

El 19 de marzo se instala en Graus, y como le escasean los medios económicos, quiere cambiar su despacho de Jaén por el de la pequeña ciudad que le cobija. Fracasan las gestiones. Está visto que siempre había de fracasar en sus mayores afanes. El que pudo ir cuatro años después a la capital de España no tuvo sitio en un pueblo de 2.900 habitantes. ¿Quién se opuso? El caciquismo, temeroso de que el cejijunto "hombridón" —como se llamaba el propio Costa— le concitase la montaña.

Nunca habló de caciques por referencias ni lecturas el autor de *Oligarquía y caciquismo*. Es que padeció toda su vida so el poder de caciques: académicos, de levita, de chaqueta y de calzón corto.

De estudiante quiso prepararse para los triunfos ambiciosos de la gobernación. En Graus preparó su último fracaso, que fué el político.

Al modificarse sus sentimientos religiosos en el segundo año de llegar a Madrid debieron de precisarse también sus ideas políticas. Costa se hizo republicano; pero no activo, y, a pesar de sus denuestos contra Alfonso XII, debió de conce-

der luego tan poca importancia a la forma del régimen, que al ver fallido su juicio sobre la escasa longevidad de la restauración borbónica nada autoriza a suponer que hubiera rehusado su concurso a la Monarquía, como hubiese sido monárquico el partido que meditó después de la pérdida colonial, y aun el de 1901, si las instituciones vigentes aceptasen su programa.

La proclamación de la República no le entusiasma. Antes de su advenimiento presiente que será un ensayo de fatal comienzo, al que sucederá el hijo de doña Isabel para dejar paso a otra República más cuerda, con un pueblo mejor educado y unos gobernantes y propagandistas menos utópicos. ¿Qué papel estará reservado a Costa en ese ensayo?... Ninguno. Está estudiando; carece de títulos, como no sean los arrumbados de agrimensor y maestro. Sus aspiraciones inmediatas se reducen a tener algún dinero para vivir, y luego en ser catedrático. Si esto lograrse, y, sobre todo, en Madrid, se prepararía para gobernar cuando caiga la Monarquía. En esos diez o doce años de espera pudiera fundar escuela y formar un plantel de nacionalistas adoctrinados en ciencias económicas favorecidas por el ensayo republicano. Peor que la sociedad de entonces le parecen los utopistas e idealistas de ambos extremos: los que aspiran a derribarlo todo, creyendo que el pasado sólo es reacción, y los que por conservarlo todo se oponen a las nove-

dades reformadoras. ¿Qué papel le tocará representar en el nuevo período?... Sospecha que alguno: "lo siento dentro de mí; pero eso no basta".

La República sucumbe a mano airada antes de cumplir un año de edad. El general Serrano asume el Poder, y D. Alfonso llega... Aunque haya previsto la ruina del nuevo régimen, Costa la deplora, y aprendiz de dictador, concede la razón a Castelar, que pedía la dictadura para hacer guerra a la guerra.

Prefiriendo a Castelar entre todos los jefes republicanos, tampoco le admira con acendramiento. Su patriotismo ardiente le hizo enviar al gran tribuno una carta de protesta a su vuelta de Chapinería por haber exaltado al extranjero poniéndolo sobre España, preeminencia tantas veces reconocida por él mismo después, y aun entre sus papeles hay un legajo titulado: *Raza inferior: falta de aptitudes*, y cuando aspiró a la cátedra vacante de Historia se tuvo por inferior a Castelar para su desempeño, pero superior para reemplazarle en la gobernación del país. "El ha perdido una República y encontrará otra" —dice cuando sabe, a mediados de enero del 1875, que D. Emilio se marcha a Helvecia—. "Nosotros, más desgraciados que él, volvemos los ojos a nuestra patria buscando otro Castelar y no lo encontraremos." ¿En quién piensa cuando se pregunta a continuación: —"¿Es que verdaderamente no lo hay?..."

Salmerón le disgusta oponiéndose a Castelar y acelerando el derribo de la República. El esperaba distinto proceder del otro eximio orador; pero es que aun no le conocía personalmente, y al tratarle por primera vez, el día 8 de marzo del año 75, corrige su juicio sobre el político, que al maestro no dejó de quererle.

Fué a casa del ex presidente de la República acompañando al canónigo de Jaca, aludido en otra ocasión, de quien fué huésped todo un mes durante uno de sus períodos más calamitosos. "D. Modesto —dice Costa— iba a despedirse de su amigo. Yo, acompañándole a ver un maestro, que junto con Giner han despertado en mí una nueva vida; hablamos de lo que D. Modesto debe hacer, de mi Memoria de la Universidad (1), de la política española. Sobre esta última, tan pesimista y escéptico como Giner. Son buenos profilácticos, pero malos médicos, y médicos es lo que hace falta en la política de este siglo, no *representantes voluntarios*; no pilotos para tiempo de calma, sino tutores, hombres excepcionales, y esto no lo alcanza porque el pueblo está pervertido, porque el Ejército tiene la organización antigua. Creer que no hay remedio y soltar el timón. Valiera más no haberlo conocido antes y

(1) Sin duda, la que le valió el premio del Doctorado en Derecho a fines de 1874. Azcárate formó parte del Tribunal.

no haberlo empuñado. El que no se sienta con fuerzas que se retire, como hacían los grandes capitanes de Roma en la guerra de Numancia; no faltaría un niño, un Escipión que dijera: "Yo me atrevo." En suma: me pareció un político desproporcionado para las circunstancias de nuestra política, y cuando dijo que los aragoneses se habían distinguido siempre, y aun hoy, por su talento político, dije para mí que tenía razón. Espero probárselo: primero, en mi discurso del doctorado (1) (sobre la Revolución española); segundo, en otra parte (¿en las Cortes, en el sillón de la *dictadura*?)."

Si estando en San Sebastián de oficial letrado ansía que se convoquen oposiciones —luego diferidas— de auxiliares para la Dirección del Registro que le reinstalen en Madrid, no es tanto por ser profesor en la Institución Libre como "por abrirse camino", "a fin de no estar lejos el día de la revolución". La que en los últimos meses de 1876 fraguan Ruiz Zorrilla y Salmerón la tiene por desrazonada. "Realmente —dice— era un desatino pensar ahora en revolución, y más republicana. No sé dónde tienen la cabeza esos hombres."

La sombra del Cid no le deja en esa época ni le abandona cuando había de lanzarse resueltamente a la vida pública. Desde 1878, al dar en

(1) De Filosofía y Letras.

el Fomento de las Artes una conferencia sobre la *Representación del Cid en la epopeya española*, y en *La poesía popular*, publicada seis años después, Rodrigo es para Costa más que caudillo: un principio, un ideal jurídico, una categoría humana, y cuando al sobrevenir la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas quiso echar doble llave a su sepulcro, con escándalo de la patriotería gárrula —luego se ha visto lo que nos costó darle suelta para campear en Africa—, no fué retirada estratégica ni efugio de polemista acosado si quiso abrirlo al juez de Santa Gadea. De él, así como de Bernardo del Carpio y del conde Fernán González, aprende Costa cuando se prepara para gobernar la ley de nuestro pasado y las normas de conducta que deben observarse en lo presente. Adaptada a los días actuales, la política de Mío Cid representa todo esto: independencia nacional, repudio del ultramontanismo, tolerancia, federalismo, autonomía civil y administrativa de los Municipios, gobierno representativo y no parlamentario, entre la autoridad y los súbditos, imperio absoluto de la ley mientras no se reforme por vías legales, el sumo Jerarca —rey o presidente— obligado a estar a las resultas como el último ciudadano; en fin, con respecto a la tiranía, derecho de insurrección.

XIII

El retorno de Costa a Graus en 1890 todavía no inaugura su vida política militante, mas la precede y anuncia, aunque en puridad quizá convenga decir que, desde ese punto, todo es vida pública en varios actos, que van ensanchando el ámbito de su actuación: local o comarcal con la Liga de Contribuyentes, provincial con la Cámara Agrícola del Alto Aragón, nacional con la Liga de Productores, la Unión Nacional y la Unión Republicana.

Costa lo mismo se interesa en las cosas pequeñas que en las grandes, y por igual le apasiona la existencia de sus convecinos que la de sus compatriotas. El hijo del Sr. Joaquín da consejos como su padre, y no es menos liberal que *El Cid*. A nadie cobra sus consultas profesionales, y son tantas las que le llegan de Graus y sus alrededores por desafueros de caciques y publicanos, que en 1891 forja, ayudado por Salamero, la Liga de Contribuyentes de Ribagorza. La Liga no excluye todos los abusos, pero

evita muchos y entorpece otros. Ella sugiere a su fundador proyectos y más proyectos, como una Sociedad de socorros mutuos, una Cooperativa de consumo y de abonos y semillas seleccionadas, un vasto plan de obras y reformas locales... Pase la Sociedad de socorros mutuos y hasta la Cooperativa... ¿Pero no era su plan de obras y reformas una invasión de la zona política, privativa del caciquismo? Con él tiene que habérselas el pobre Costa. El águila se revuelve furiosa e impotente de tanto romperse las alas en el sórdido gallinero donde se ha metido. Un grupo de adictos le acompaña; pero sus enemigos tienen la "vara" con sus anejos y pueden más. El que en 1874 tiene en poco a Castelar y sueña con el gobierno dictatorial de España y su Imperio agrandado desde Tánger hasta el Congo, se le ocurre quince o veinte años después ser edil de un oscuro pueblecillo de la montaña pirenaica. Tal vez lo hubiese conseguido él si no es por su traslado a Madrid; pero sus amigos fueron pasto de los caciques locales, sostenes de otros caciques más altos y por éstos sostenidos.

La Liga ribagorzana es centro de una espiral. De ella sale tensa, y aunque la envuelve no la absorbe, la Cámara Agrícola del Alto Aragón, continuada en la Asamblea de Zaragoza y en la Unión Nacional. La Cámara amplía los objetivos de la Liga; tiene por sede a Barbastro, y un acto de gran resonancia precede su fun-

dación. El 7 de septiembre del año 1902 reúnese en la plaza de toros una Asamblea de productores, a la que concurren representantes de varios pueblos. D. José Salamero Martínez preside. Acaba de ser promovido a Monseñor por León XIII, y para dar solemnidad al acto viste por primera vez los morados hábitos prelatiños. Si algún oculto agravio quedaba entre tío y sobrino desapareció en esa señalada ocasión. Orgulloso y embelesado, secando cada momento lágrimas que furtivamente se le escapan, Monseñor Salamero admira la elocuencia enérgica y disertada de Costa. Fué día de fiesta y esperanza para unos, de preocupación para otros, de comentarios para todos. Los oradores ramplones que pasaron antes por la ciudad de los Argensolas hablaron de política sagastina o canovista: ninguno de política *hidráulica*, más interesante para aquellos labriegos. Al otro día celebró en el teatro segunda sesión la Asamblea, y allí quedó constituida la Cámara Agrícola.

Fiel al programa expuesto por el fundador en ambos actos, la Cámara altoaragonesa dirige sus primeros esfuerzos a conseguir la construcción por el Estado de los canales de Aragón y Cataluña y el de Sobrarbe. ¿Nos hemos referido ya a las múltiples actividades de Costa en el período que por ahora comienza? Calcúlese la totalidad de su trabajo según es el que dedica a una sola de las partes, y no la más ardua. Costa celebra

numerosos mítines, redacta Memorias y manifiestos, hace viajes a Madrid para gestionar la rescisión de una contrata y que el Estado ejecute a sus expensas las obras del Sobrarbe, organiza y dirige excursiones docentes a la colonia agrícola de San Juan, estimula el amor al campo en veladas literarias. El día 3 de febrero del año 93 se celebra una muy notable en el colegio de los Escolapios barbastrenses; pero ni el recuerdo del elogio que Costa hizo del gran pedagogo de Calasanz es parte para que los buenos padres tiemblen el 8 de septiembre ante la magna Asamblea que la Cámara celebra a instancias de su fundador en la plaza de la Constitución...

El ala derecha de esa plaza la forma el colegio de Escolapios; en el fondo está el Ayuntamiento. La multitud la invade toda. Allí están los vibrantes labriegos de Clamosa, los de Villarcali, de Graus, de Torre del Obispo, de Calasanz, de Monzón, de Puebla de Castro, de Benabarre, de Boltaña, de Binéfar, de Fornillos, de Albelda, de Baells, de Barasona, de Fonz, de Capella, del propio Barbastro... ¿Qué va a pasar allí?... Todos los pueblos han enviado con su representación banderas o estandartes en que campean emblemas y motes. Los hay inofensivos; pero otros alarman a los padres, que leen desde sus ventanas, como si anunciaran motín o revolución...

EL HAMBRE NO ES REPUBLICANA NI MONÁRQUICA
—¡Muy bien! —comentan los padres.

EL LABRADOR DE HOY PASA PEOR LA VIDA QUE EL SIERVO DE LA GLEBA. NO CONOCE DE LA CIVILIZACIÓN MÁS QUE SUS CARGAS Y CORRUPCIONES. EL ESTADO NO LLEGA HASTA ÉL SINO EN FIGURA DE RECAUDADOR, DE SARGENTO Y DE CANDIDATO PARA TOMARLE LA HACIENDA, LOS HIJOS Y LA PAZ.

—Esto es subversivo —dicen en las ventanas—, aunque reproduzca palabras de Moret.

LA PATRIA NOS CUESTA A LOS ESPAÑOLES MÁS DE LO QUE VALE.

—¡Antipatriotismo!...

No es mera presunción, sí exacta referencia, que los buenos padres estaban atemorizados en espera de acometidas tumultuarias.

Habla Costa, y su palabra tan pronto resalta en un silencio religioso como la dominan fragores de trueno. Su acento es patético cuando describe la aflictiva situación de los labriegos; indignada si recuerda el abandono y olvido en que los Gobiernos tienen a los pueblos, como no sea para cobrarles los tributos; ruge cuando execra el maleficio del caciquismo. Encerrados por los altos muros de la plaza, vítores y aplausos no pueden explayarse y suenan como retumbos del mar embravecido en la concavidad de una montaña. Los padres Escolapios se han repuesto de su miedo y aplauden también desde las ventanas. Costa dijo en febrero que si el noble señor de Calasanz viviese de fijo sería un socio más

de la Cámara Agrícola del Alto Aragón. Los sucesores de San José dicen al terminar el acto que ellos se asociarían a la propaganda del orador si la regla no lo impidiese.

XIV

Dice D. Marcelino Gambón que la Cámara Agrícola presentó dos veces la candidatura de Costa para diputado a Cortes por el distrito de Barbastro y que en ambas obtuvo mayoría en la ciudad, pero no en los pueblos. También recuerda que en muchas ocasiones le oyó exclamar: "Si cuando yo estaba en aptitud de ser diputado y lo solicitaron al distrito mis amigos de la Cámara hubiese obtenido su representación en Cortes quién sabe si se hubiera evitado la catástrofe nacional."

No hay duda que una de esas veces fué el año 1896, en plena insurrección de las colonias. La otra, pues, debió de ser antes para que evitase la catástrofe. Ahora bien; la Cámara se fundó en septiembre del 92, y las únicas elecciones generales celebradas entre esa fecha y las del 13 de abril del 96 fueron las del día 5 de marzo de 1893; pero ni en la Prensa madrileña, ni en la aragonesa hay referencias de que Costa concurrese entonces a la lucha, disputándose el acta

por Barbastro el liberal Alvarez Capra, que obtuvo 1.785 votos, y el republicano Montestruc, que llegó a 1.545. De ahí se sigue que el Sr. Gambón estuvo trascordado al consignar el hecho, o que los sufragios reunidos en el distrito por el fundador de la Cámara fueron tan escasos, que no merecieron ser registrados por la Prensa.

Más adelante anotaremos una referencia de Costa a la candidatura de Montestruc, y ella nos hace suponer que no fué candidato en el 93, pues le hubiese bastado tener la mayoría de Barbastro para malograr el triunfo de su amigo y rendido admirador el médico republicano de Tardienta. Si son exactas las palabras estampadas por D. Francisco Goitia en *La Voz de Guipúzcoa* a la muerte de Costa, suministrarán nuevo testimonio de que no se presentó candidato hasta 1896, y la catástrofe que deseaba evitar no fué la guerra de Cuba, ya comenzada, sino su terrible desenlace. Propuesto candidato republicano en 1903 por Madrid, Zaragoza y Gerona, explica a D. Nicolás Salmerón el juramento que hizo de no sentarse en las Cámaras con las siguientes palabras, reproducidas por el Sr. Goitia:

“Ese juramento, para mí sagrado, lo hice en la *única ocasión* en que tuve anhelo de acudir al templo de las leyes, no para pronunciar un discurso tribunicio, sino para realizar un acto, una protesta escandalosa que moviese al pueblo a una revolución. *Era el año 1896*, en que el pueblo

español estaba demente con la frase de Cánovas: "Para salvar el honor español en Cuba hay que gastar la última peseta y el último hombre." Sólo el viejecito Pi y Margall y yo nos oponíamos a aquella bárbara y cruenta guerra, por la que se escapaba a chorros la sangre y la vida de la patria casi inanimada, y convencido de que nadie nos escuchaba y de que los medios ordinarios no bastaban para atajar el furor bélico de toda la nación, pensé en un procedimiento atrevido, que consistía en proponer a Pi y Margall un manifiesto a los electores de Madrid, haciéndoles ver la vergüenza de aquella guerra, que sólo servía para el afianzamiento del régimen y para el hundimiento de la patria, con el despojo de sus mejores hijos y de su malbaratada Hacienda, y si el pueblo de Madrid nos otorgaba su confianza llevándonos al Congreso, allí los dos, en la mesa presidencial y el día de la inauguración de las Cortes, con voz potente declararíamos que no queríamos jurar ni prometer ante un Parlamento ignominioso, hechura de un régimen caciquil y enemigo de la patria. Ante tal declaración no había más que un dilema: O se burlaban de nosotros o nos llevaban a la cárcel en derechura desde el Congreso. En el primer caso habíamos fracasado; pero en el segundo, que sería lo más probable, en castigo de un atentado a la autoridad de la ley en su propio santuario, al pueblo tocaba alzarse en armas para

.....

amparar el prestigio de sus representantes y dar estocada de muerte al régimen. Expuse el plan al venerable Pi y Margall, lo aprobó y firmó el manifiesto que llevaba a prevención en el bolsillo. *Nos presentamos como candidatos, y el pueblo de Madrid* nos desahució ignominiosamente. Entonces era la ocasión de que España se salvase por un alzamiento parecido al 2 de mayo de 1808, acabando con el régimen y salvando el imperio colonial de las garras de aquella guerra bestial y patriotera. Hoy ya no es tiempo. *Amargado por aquella derrota del pueblo de Madrid* juré en mi conciencia no pedir ya los sufragios a nadie, ni ser diputado, aunque me nombrasen, puesto que ya no puedo realizar en el Congreso obra patriótica. Ahora usted, señor Salmerón, que conoce mi secreto, juzgará si debo o no formar parte de la candidatura que usted me propone.”

Las primeras líneas que hemos transcrito del Sr. Goitia serían casi decisivas para demostrar que Costa no fué candidato antes de 1896, y así holgarían nuestras consideraciones anteriores; pero hay algo en sus referencias que nos las hacen sospechosas. Es posible que acordase con Pi y Margall algún acto resonante, siendo ambos capacísimos de ejecutarlo, y Antón del Olmet dice que el estudio denominado *Muerte y resurrección de España*, incluido en el volumen de Costa *Tutela de pueblos*, es el discurso que pen-

saba pronunciar en el Congreso. Es indudable que tras su fracaso de 1896 juró no comparecer jamás en el Congreso, pues el "secreto" de que hizo partícipe a Salmerón lo reveló antes y después que a él a otros muchos. Pero Costa no pudo decir al jefe de la Unión Republicana que se presentó candidato por Madrid, y que el pueblo lo desahució ignominiosamente..., porque no se presentó. Ni en las referencias de los periódicos, ni en las listas de candidaturas, ni en el recuento de votos, aparece su nombre para nada. Pi y Margall formó candidatura federal con Sánchez Pérez, y obtuvo la cifra irrisoria de 625 votos.

Costa fué candidato por Barbastro, y sólo por allí se presentó con carácter agrario. Su programa electoral, contenido en un manifiesto, lo resumió en doce puntos, que nosotros aun vamos a reducir:

1.º Formación de un plan general de canales de riego y construcción inmediata de ellos por cuenta del Estado.

2.º Construcción por el Estado de una red muy vasta de caminos baratos que relacionen a todos los pueblos de la Península.

3.º Abrir mercados para la producción agrícola, y especialmente el de Francia para los vinos.

4.º Reforma del régimen hipotecario en bien del crédito territorial.

5.º Suspensión absoluta e inmediata de la venta de bienes propios de los pueblos.

6.º Autonomía administrativa de los Municipios, aboliendo el régimen de centralización en que se engendra la inmensa llama del caciquismo.

7.º Adaptación del presupuesto nacional de gastos a la pobreza del país.

8.º Codificación del Derecho civil aragonés, para que termine el desconcierto y la anarquía, sobre todo en materia de sucesiones.

9.º Establecimiento urgente del seguro sobre la vida, socorros mutuos y cajas de retiro para labradores y braceros del campo y para menestrales y comerciantes en toda la nación.

10. Mejora de la instrucción primaria, elevando la condición social de los maestros.

11. Justicia a Puerto Rico y Cuba en todos los órdenes, poniendo término breve y a cualquier precio que no sea el del honor, a la guerra.

12. Atención intensa y sostenida a los intereses mercantiles de España y a los de su raza y civilización, apretando los lazos morales con las naciones hispanoamericanas, puesta la mira en una federación o alianza que reprima el instinto invasor y absorbente y contenga los rápidos avances de la República norteamericana.

No está ahí contenido todo su programa general; hay bastante para dotar de programa a un partido.

¿Qué le opuso su contrincante, Alvarez Capra? La organización caciquista, el dinero y la fuerza del Gobierno.

Por diversos conductos anuncian a Costa la derrota. El no se forja ninguna ilusión en su triunfo, como demuestra la interesante carta que dirige desde Madrid a D. José M. Bizcarro, rico elector del distrito:

“Recibí su favorecida en que me excitaba a desistir de mi candidatura, dando por supuesto que se había presentado alguno por mí. Al contrario, contesté que no. Es días después de su carta, en vista de la insistencia de allá y de la carta de usted en que me hablaba de derrota, y de otras circunstancias que no son del caso, cuando me he decidido anteanoche a ser derrotado con los amigos, porque no parezca que las derrotas me arredran y que soy bastante egoísta para no acompañar a aquéllos en el fracaso que han padecido y en el que dice usted se halla en perspectiva.

”Agradezco a usted, sin embargo, su aviso, hijo de su buena amistad, el cual me habría servido de mucho si hubiese tenido empeño en ser diputado, como lo tengo en no serlo, y fuese candidato de *generación espontánea*, como otro a quien usted conoce y a quien supongo apoya.

”No he de ocultarle, sin embargo, que me ha molestado algo el tono de su carta, bien distinto,

.....

casi contrario, al de otra de 15 de mayo de 1895, que tengo a la vista.

"No he intentado ni en pensamiento pedir a nadie votos; pero no me parece bien que se adelante usted a negarme el suyo antes de que se lo pida o de saber si iba a pedírselo. Me parece ridículo que uno se presente a sí propio candidato, y me guardaría bien de hacerlo; pero si lo hubiese hecho no habría motivo para reconvenirme por ello, como casi me reconviene usted, pareciendo como si con ello cometiera yo alguna falta. Yo no he hecho nada para que ese país me deba agradecimiento; pero he demostrado por él bastante buena voluntad para que ningún hacendado de la derecha ni de la izquierda del Cinca (1) se dirija a mí hablándome de elecciones como no sea para ofrecerme votos y dinero y rogarme que los acepte, en bien suyo que no mío. Me recuerda usted que soy pobre para luchar con un forastero rico; pero para suplir esa pobreza debiera estar el bolsillo de usted y de otros como usted, opulentos terratenientes, si yo fuera capaz de comprar votos y conciencias y si me hubiese hecho adelante para brindarles mi representación, en bien suyo, que no mío, repito. Si la Cámara debió deliberar y tomar acuerdo sobre eso, no es a mí a quien corresponde decirselo; no es tampoco a ella a quien hay que

(1) Sin Costa quizá no se hubiese canalizado ese río.

inculpar, sino a sí propio, si acaso, que teniendo esa convicción y siendo tan vocal de la Junta como ellos no presentó a ésta moción alguna en aquel sentido.

"Ignoro por qué me dice usted que la palabra *libertad* no apasiona ya a los pueblos: parece como si no se hubiese enterado aún de que por creerlo yo así fundé la Cámara Agrícola, en la esperanza de que se agrupasen en torno a ella todos los hombres de buena voluntad para trabajar en bien del país, fomentando sus intereses permanentes y dejando al lado tantas murgas sonoras (*libertad, orden, etc.*) con que se nos viene engañando hace medio siglo. Mi programa adjunto le enseñará hasta qué punto se halla usted desorientado con respecto a mí. Aquí no se acuerda nadie de eso, como no sea su candidato de usted, Sr. Capra, en la carta circular que tengo a la vista. Por lo demás, tal vez no esté usted del todo en lo cierto al afirmar que el pueblo ya no mira más que al duro del voto: el señor Montestruc, aunque luchaba también con el Sr. Capra y con el Gobierno, no compró votos, y, sin embargo, con solo el señuelo de la libertad, o lo que es igual de la República, obtuvo una minoría muy superior a la que usted me anuncia para mí, como que estuvo a punto de ser mayoría.

"Anteayer me escribió de la Puebla de Castro un amigo del Sr. Capra, y también mío, dicién-

dome lo mismo que usted: que seré derrotado. Tampoco le había pedido yo su voto, porque no se lo pido a nadie, y me hace más favor el que no me vote; pero le di las gracias por el interés que le inspira mi persona. Otro tanto hago respecto a usted: quedo muy obligado a esa prueba de buena amistad, y excuso decir que no ha de padecer ésta, antes al contrario, porque usted dé su confianza a quien entienda que la merece y que conviene más al país.”

El fusionista Alvarez Capra, unido a los conservadores, obtuvo aplastante mayoría de 1.500 votos sobre Costa, que sólo recibió en Monzón algunas docenas de ellos. El derrotado renegó de su pueblo, y poco después hizo lo mismo con su “patria chica”, nido del caciquismo, que no se cansó de perseguirle, exteriorizando su protesta el 19 de mayo de 1903 en carta vengadora a los republicanos oscenses que solicitaron adherirse a su persona y política. Costa agradece el honor y lo declina.

“Tengo roto —les escribe desde Madrid— todo vínculo moral con la más cobarde, la más demente y la más desgraciada de las provincias españolas, pródiga para sus asesinos, despreciadora de sus hijos ilustres que la sirven y honran, madre cariñosa nada más para los extranjeros, y que a mí, que la sacrifiqué las mejores horas de mi vida, me ha tratado, más aún que con desprecio, con hostilidad, con la misma hostilidad que

si hubiera sido yo un enemigo público. No soy nada para ella ni ella nada para mí; cuando cruzo en el ferrocarril desde Zaragoza me hace el efecto de una región extranjera; sólo cuando llego a Barbastro y a Graus me siento en mi patria y en mi tierra: ¡dos oasis enclavados en un desierto enemigo!

"No quiero contacto, ni siquiera indirecto, con una colectividad gregaria que se ha prestado tan servilmente a hacer de trampolín a unas cuantas nulidades forasteras para caer en la miseria y el deshonor, abrazada a ellas, mientras dejaba envejecer en el aislamiento y en el olvido a la media docena de propios que podían haberla prosperado con los mismos esfuerzos que hacían por prosperar a la ciencia y a la patria.

"¡Ah! Morirá ese miserable efecto que ha hecho de ella una Gomorra, sin entraña en nadie para vengarla; y todavía no sé cuántas generaciones habrán de pasar antes de redimirse de su abyección; no sé cuántos Jordanes habrán de caer en catarata purificadora sobre su cabeza para renacer a vida digna.

"No quiero nada con nada de ella. Lo mismo que ustedes me escriben otros amigos haciéndome el honor de invitarme a ir a Huesca. Si alguna vez voy será señal de que ha llegado la hora de las grandes justicias."

Cinco días después —el 24 de mayo— comu-

.....

nica desde La Solana a su amigo D. Manuel Bes-cós (Silvio Kossti en las letras) :

“Los republicanos del Sr. Mata me telegrafiaron à *plusieurs reprises* y me escribieron, etcétera, por lo cual, al cabo de tiempo, les he contestado. Me invitaban a ir a Huesca, a un mitin, etc. La respuesta ha sido muy dura; no dura para ellos, sino para la provincia. No estaría de más que la viese usted para que conozca mi estado de ánimo en ese respecto y pueda apreciar la imposibilidad en que estaría yo de ir a Huesca con fines de propaganda, aunque la salud, la resistencia física me asistiesen y pudiera moverme.”

Murió el protector de forasteros, “el miserable efecto que hizo de la provincia una Gomorra”, y Huesca le erigió un monumento en 1916. Aludiendo al suceso decía el 16 de noviembre el aragonés Aznar Navarro en *La Correspondencia de España*.

“Pasarán años, muchos años. Cambiarán las gentes, se extinguirán las memorias. Y llegará un día en que un viajero desperdigado pregunte ante el monumento inaugurado hoy: —¿Quiéren ustedes decirme quién era D. Manuel Camo?—. Y satisfecha su curiosidad agregue: —¿Quiéren ustedes enseñarme el monumento a don Joaquín Costa?”

XV

Simpatías intelectuales unían a doña Emilia Pardo Bazán y a la esposa de D. Alfredo Calderón. Cuando la futura condesa visitaba a su amiga mostrábase apasionada admiradora del *Monstruo*, en todo su valimiento y pujanza. Parte por oírlo, y mucho por disentiendo, el antiguo colaborador de D. Francisco Giner sonreía irónico.

—¿No es usted de mi parecer, Alfredo?
—decíale la Pardo Bazán.

—No niego cualidades de carácter a Cánovas del Castillo; pero intelectualmente disminuye mi respeto.

—Ningún institucionista le estima.

—Es que tenemos a Costa.

—¿Quién es Costa?

—Un hombre bastante joven que puede enseñar a Cánovas.

—¿Algún preterido Menéndez y Pelayo?...

—Algo así...

—Pues no le conozco.

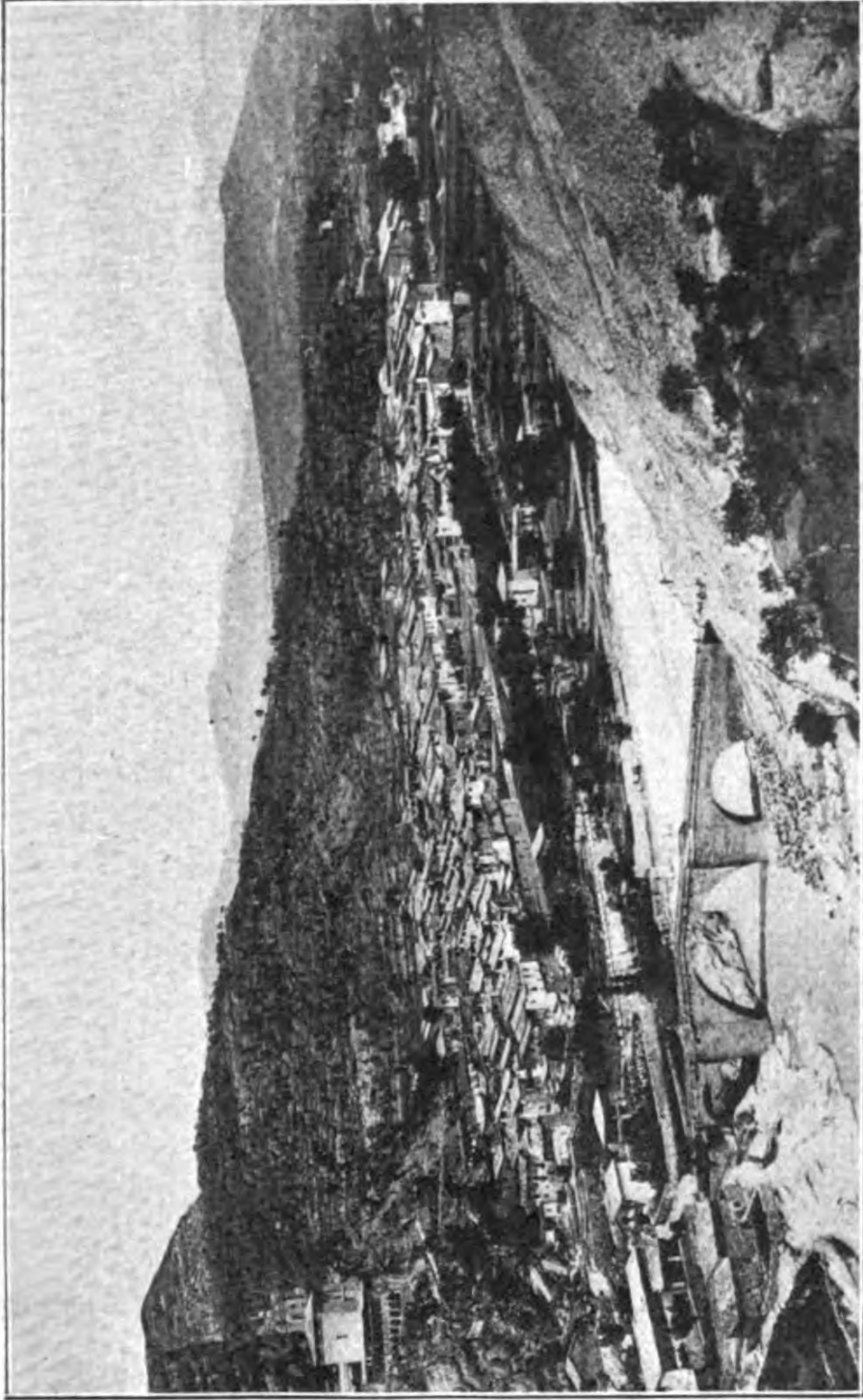
—¡Siempre igual!... Su fama está sólidamente asentada en ciertos círculos de personas doctas, y fuera de ellos todo es ignorancia... Usted misma es erudita y le desconoce. Lea sus obras, amiga mía, y no se arrepentirá. Son ya numerosas las de Joaquín Costa, y encontrará varias de acuerdo con sus aficiones literarias.

La Pardo Bazán leyó las obras que le recomendaban y se convirtió en panegirista tan exaltada del ingenio aragonés como lo fué antes del político andaluz. ¿Qué pensaba Costa de la notable escritora?... Habría que conocer sus papeles rotulados: "Doña Emilia Pardo Bazán"...

Don Basilio Paraíso sirvió de mediador al terminar la guerra de Cuba para que la condesa trabase amistad con Costa. Ambos paisanos irían una tarde a tomar el té en casa de ella.

—Recuerdo aquella entrevista como el hecho más saliente de mi vida —dícame Paraíso—. En aquellas cinco horas de conversación conocí a Costa por dentro. Yo era testigo más que actor; pero ¡cuántas coincidencias al juzgar él la política directora y los convencionalismos gobernantes! Cautivados los dos oyentes por su palabra, sólo advertimos, al separarnos a las nueve de la noche, que el té se quedó intacto en las tazas.

Por conducto de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, Costa había lanzado el 13 de noviembre de 1898 su famoso Manifiesto a las Cámaras



Vista general de Graus



Monzón. — Pintoresca entrada a la población

(Foto Castellvi)

Agrícolas y Comerciales, Sindicatos, gremios, centros y círculos de labradores, industriales, comerciales, etc., reclamando la urgente revolución desde el Poder para salvar a España. "Las revoluciones hechas desde el Poder no sólo son un homenaje y una satisfacción debida y tributada a la justicia; son, además, el pararrayos para conjurar las revoluciones de las calles y de los campos." El documento tuvo tanta resonancia en aquellos días de nacional desconcierto, aunque el pueblo no se hubiese abstenido en el trágico verano de ir a las plazas de toros, que al despacho madrileño de Costa afluyeron cartas y telegramas, de plácemes unos, de exhortación a perseverar casi todos. Una misiva del cardenal Cascajares fué de los testimonios de aplauso más decisivo que recibió por su amplio programa de regeneración. —Dos meses más tarde, la Cámara altoaragonesa convocaba a las demás de España a una Asamblea de productores que había de reunirse en Zaragoza. D. Basilio Paraíso presidía la Cámara de Comercio de esta ciudad...

La Asamblea zaragozana se reunió del 15 al 20 de febrero (1899), presidida por Costa, surgiendo tras borrascosas sesiones la Liga Nacional de Productores, que adoptó el programa de noviembre, ampliación y desarrollo del Manifiesto electoral de 1896, como puede verse en

la nota oficiosa de la Liga extractando los acuerdos de Zaragoza:

"1.º Plan general de canales combinados con pantanos, y su construcción simultánea inmediata por el Estado (núm. 1-4 del programa).

"2.º Perfeccionamiento rápido de los caminos carreteros y de herradura, suspendiendo la construcción de carreteras generales (número 15-18).

"3.º Reforma de la educación nacional en todos sus grados, y su desarrollo rápido e intenso (núm. 35-38).

"4.º Caja especial autónoma, dotada con recursos propios para los tres fines precedentes: enseñanza y colonización interior, hidráulica agrícola y viabilidad (núm. 59-60).

"5.º Organización del seguro y del socorro mutuo por iniciativa y bajo la dirección del Estado; huertos comunales (núm. 39-40).

"6.º Nivelación de los presupuestos generales del Estado mediante reducción muy considerable del de gastos, arreglo con los acreedores de la nación, etc. (núm. 61-62).

"7.º Simplificación y abaratamiento del sistema de titulación inmueble, de la fe pública y Registro de la propiedad, y de la administración de justicia (núm. 29-34).

"8.º Derogación de la ley municipal vigente y su substitución por otra breve, inspirada en el criterio más descentralizador (núm. 74)."

El acuerdo fué poco duradero entre los jefes del movimiento. A los seis meses, la Liga estaba ya resquebrajada, aunque no lo advirtiese el público, y antes de concluir el año, Costa predecía su fracaso y el de la Unión Nacional en ciernes. El ideólogo deseaba una cosa, y otra los hombres prácticos. ¿Quién tenía razón? En lo que sigue se reconocerá.

“Advierta usted —me ha escrito D. Basilio Paraíso, justificando la ruina de la Unión Nacional— que no se trataba de organizar un partido político, como reconoce el propio Costa en su réplica de *El Ribagorzano* a un artículo de *El Diario Español*, de Buenos Aires.” Ciertamente, en la Asamblea de Zaragoza se debatió si debía organizarse un partido o una mera Liga de productores que suministrase a políticos y gobernantes materia idónea para legislar. El iniciador propugnó el partido en la Asamblea, y días antes en la conferencia que dió en la Asociación de la Prensa de Madrid. Prevaleció el segundo criterio. Costa lo declara en *El Ribagorzano*, fecha 10 de abril del año 1907: “Quisimos y perseguimos por todos los medios lo que *El Diario Español* dice que debe solamente perseguirse: “el camino del franco y exclusivo patriotismo, *sin motes de partido*, todo por “la patria y para la patria”... La dinastía no respondió, los políticos dinásticos no respondieron, aunque se les dió hecho el programa y apadri-

naron (de pico) nuestro lema: "revolución honda y rápida desde el Poder"...

Ese programa, que era el suyo, lo presentó el Directorio de la Liga al Congreso y al jefe del Gobierno el 31 de julio, con nulo efecto ulterior. ¿Qué procedía hacer, disolverse al recibir el desaire? No encontrando órgano gacetable, Costa insiste en el partido político para implantar las reformas desde el Poder, y de ese criterio suyo, no compartido por los señores Paraíso y Alba, hay numerosos testimonios en la correspondencia costista de la época.

"Me consta —dice Gambó— que tiene archivado D. Joaquín Costa todo el verdadero proceso de ese movimiento nacional con las causas originarias del fracaso, todo escrito de su letra." En efecto, entre sus papeles inéditos hay un legajo titulado: *Por qué fracasó la Unión Nacional*, y copia o extracto del manuscrito ha de ser la extensa exposición de motivos que, respondiendo a una consulta de Silvio Kossti sobre su disentimiento con Paraíso y Alba, le dirige el 21 de diciembre de 1899. Dividida en partes, copiamos la primera y lo que no es ataque personal de las otras:

"LO QUE PROCEDÍA. — Lo que nosotros teníamos pensado; lo que nosotros hemos hecho. Después del Manifiesto de 31 de julio, en que dijimos que dábamos cuatro meses al Gobierno y a las Cortes para reorganizar los servicios

públicos y orientar la política en el sentido de la regeneración por el fomento de la producción y por el fomento de la enseñanza, y que de no hacerlo convocaríamos Asamblea para (diciéndolo en una cifra o fórmula) plantear el dilema "o partido nacional o disolverse" (1); después, repito, de decidido eso y comunicarlo al país, callar, trabajar en silencio, prepararse, allegar materiales de gobierno, como nosotros en nuestra *Revista*, ir haciendo gacetable lo más esencial y urgente del programa nacional; y luego de cumplida la hipótesis, fenecido aquel plazo sin que los políticos (Gobierno y Cortes) hayan satisfecho aquel imperativo, aquellos anhelos de la opinión neutra, reunirse todos, declarar solemnemente fracasados a los partidos gobernantes y sus hombres, y a los hombres desprendidos de ellos y ahora sueltos, acordar constituir un organismo apto para la gobernación, constituirlo seguidamente, recabando el concurso de los hombres (extraños a la política, ajenos a la catástrofe y a la decadencia de España) pertenecientes a las clases económicas e intelectuales, que han demostrado aptitudes y preparación durante un largo período de tiempo, etcé-

(1) Pedir el poder *para las dos Asambleas: nosotros* hemos contado siempre con ellos; ellos nunca con nosotros. (Véalo usted, que importa: *Revista Nacional*, número 9, a 1.º agosto, pág. 192.) — (*Nota de Costa.*)

tera, etc. (es cosa larga de explicar), y hecho eso, ir al Poder moderador, prerrogativa, lo que sea, y pedir que no vuelva a llamar al partido o a la fracción A, B, C..., y, por el contrario, que confíe la gobernación al organismo u organismos de las clases neutras salidos de Zaragoza. Y mientras tanto, conservar ileso, no abusando de él, el único instrumento racional de que las clases neutras disponían y había de hacerles veces de generales y de escuadrones: la amenaza de la resistencia pasiva; la amenaza, digo, sin precipitarse a sacarla de su vaina, por si acaso; que con la amenaza sólo de la revolución en 1881 llamó D. Alfonso XII a los liberales, ignorando si tenían éstos o no fuerza bastante para llevarla a cabo.

"LO QUE HAN HECHO. — Decía el Sr. Alba el mes pasado en el banquete que le dedicaron sus amigos de Valladolid, que las Cámaras han tenido un resultado negativo en el primer año, que sus gestiones han sido estériles en absoluto.

" No, digo yo; estériles para el bien; pero no para el mal. Han deshonrado, desarmado y hecho antipático el movimiento.

"1.º Lo han deshonrado, llevándolo a rendir homenaje a los políticos: llevándolo a casa de Romero, Sagasta, Tetuán, etc., etc., a quienes antes habían maldecido; rehabilitándolos, por tanto; haciendo ver al pueblo que aun puede esperarse algo de ellos; ¡haciéndolo ir del bra-

zo con los asesinos de sus hijos, con los destructores de la nación!

"2.º Lo han desarmado, destruyendo, haciendo añicos, el instrumento que ya los catalanes habían mellado y que había de hacer veces de generales y de batallones para los hombres del pueblo. Era preciso mantener viva la amenaza, pero recatarse mucho de precipitarse a hacerla efectiva sin una gran seguridad; algo así como lo que he dicho de los liberales en 1881, amenazando desde Biarritz con la revolución, y recibiendo el Poder de mano de Alfonso XII por no tener éste la seguridad de si efectivamente tenían fuerzas bastantes para llevar a efecto su amenaza. Ahora ya sabe el Gobierno, porque se lo han enseñado los de Barcelona y las Cámaras, que la escopeta es de caña y el dueño del vozarrón de la venta un enano: ya no tienen las clases neutras arma ninguna.

"3.º Lo han debilitado y poco menos que lo han hecho antipático con el abuso del yo, del telégrafo y del teléfono, con la incontinencia de la palabra, con no haber sabido abandonar una sola hora el escenario y dejado descansar al país, en términos de que no parece sino que entre la sopera de cada español y la persona del jefe de las Cámaras había un teléfono y un telégrafo, y era forzoso tenerlo siempre delante de la vista...

"No ha sido, no, estéril su primer año...

.....

”Por cierto que en cuanto a lo segundo, al aconsejar el no pago, lo hicieron por contradicción a lo aconsejado por nosotros (según dijeron algunos periódicos: *La Revista Vinícola y de Agricultura*, de Zaragoza, *El Correo* y la *Agricultura Moderna*, etc.), o lo hicieron sinceramente. Si lo primero, en el pecado han llevado la penitencia, aconsejando luego a los de Valencia y Zaragoza que paguen... Si lo segundo, demostraron su ligereza y su torpeza tomando una medida de tan inmensa gravedad sin haber sabido prever que apenas *un millón* de los cincuenta del trimestre se prestaría a resistir; que la gente no estaba “por dar un salto en las tinieblas”; y más aún que hasta sin tinieblas, aun organizando un partido, habría sido casi imposible decidir a la resistencia a seis u ocho ciudades, de ninguna manera a los campos, donde la cohesión y la cultura son menores, donde no se lee e ignoran si existe Liga, si existen Cámaras...

”LO QUE AHORA SUCEDERÁ. — ¡Qué espectáculo se prepara para el segundo año! Las mismas causas que han producido el fracaso del primer año lo determinará en la nueva fase en que ahora entra el asunto. Los procedimientos naturalmente serán iguales. Con el sistema nuestro (el indicado al principio del pliego anterior) habría podido *excluirse* quizá a los partidos gobernantes actuales; con el sistema seguido y que va

a seguirse, se ha dado el triunfo a los Sagasta, Tetuán, López Domínguez, etc.; una fraccioncita tendrá infestadas las planas de los periódicos y en vibración continua los oídos de los españoles durante unos cuantos meses con sueltos y telegramas y telefonemas y rumores sobre fusiones, cruces, disgregaciones, separaciones, conciliaciones, etc., con Romero, con Canalejas, con López Domínguez, con Tetuán, con Gasset, con *El Liberal*, etc., etc., hasta que nos hayan vuelto locos a todos. Y todo, para nada..., quedando todo como antes, con más la rechifla, burla y desencanto de las clases neutras. Viene tarde (la alboreante Unión Nacional), viene con división y aun abismos entre las asociaciones, viene sin armas, viene con connivencias entre ellos y los políticos desacreditados. Además, no basta fabricar el farol (el partido); hay que encender la luz en él, y eso es lo que les falta..."

En ese extenso documento habla Costa de una fusión de la Liga y las Cámaras. El 17 de enero de 1900, mientras se celebra en Valladolid la Asamblea que había de dar vida a la Unión Nacional en que dominarán Paraíso y Alba, Costa dice a Bescós que D. Miguel Moya se opone a la fusión "porque a nosotros no se nos maneja y lo que queremos es un partido *nacional*" (subrayado por el firmante). Y al final de otra carta, datada el 14 de marzo: "¿Qué será de la *Unión*? No lo sé: no tengo gran fe, máxime

estando yo tan atosigado y faltando medios. No quieren periódico; no quieren partido: nada de lo que se impone.”

De ese aludido periódico recuerdan algo los que por entonces comenzaban a escribir. Costa quería comprar el semanario *Vida Nueva* y transformarlo en diario, formando el cuerpo de redacción con los colaboradores asiduos, ninguno comprometido en bandos políticos, y que él pretendía asociar al movimiento de las clases neutras. Costa no dudaba del éxito por la publicidad que aportasen comerciantes, industriales y productores. Paraíso contrarió ese propósito, aduciendo que los periódicos más prestigiosos —*El Imparcial*, *El Liberal*— daban calor al movimiento y pudieran enfriarse cuando se les opusiese un órgano competidor.

—Nos ayudarán mientras les convenga —le dijo Costa—, y nos abandonarán cuando más falta tengamos de un defensor.

¿No sucedió así al fracasar la huelga de contribuyentes y empezar a crujir todo el armadijo de las clases neutras?

Antes de cumplirse el primer año de la Asamblea no había ya acuerdo en los directores del movimiento. Costa lo calla al público “y aun procura calentar el jarro de agua fría”; pero lo comunica a sus íntimos, advirtiéndoles de paso que en el segundo año sobrevendrá el desastre, si bien la Unión podrá arrastrarse pe-

nosamente otro más. En efecto, el 27 de junio de 1900 exclama aludiendo a la fracasada huelga de contribuyentes: "El país no ha querido dar el salto en las tinieblas." Y refiriéndose a la flojedad de Huesca, agrega: "Aparte la locura del acuerdo, las circunstancias de la ciudad y la crisis de la Cámara no abonaban una decisión firme."

Otra vez había fracasado, y como atribuía a los demás la derrota, su cólera se desborda impetuosa en la correspondencia de aquella época.



XVI

Costa quiere reunir las huestes dispersas por la derrota y volver al combate, reorganizando las Cámaras que le son adictas, cambiándoles hasta de nombre para que no sean exclusivamente agrícolas ni comerciales. Escribe a sus amigos que funden otras en la región o lleven a las existentes concursos de los pueblos. Aspira a unir clases neutras, en las que no ha perdido fe; obreros, si es posible; intelectuales. En la gran confusión que produce el fracaso de la resistencia al pago, no sabe aún de qué manera combinar a esos elementos, y tan pronto se muestra animoso como desesperanzado. “Hay que pensar en reconstruir la Unión Nacional —dice el 27 de junio del 900— en términos de que no hagamos burradas como en la que estamos metidos.” Y en las primeras semanas del 901, cuando la antigua Unión ya no tiene remedio, comunica a Bescós: “No sabe cuánto le agradezco el que se muestre dispuesto a prestar su concurso y su nombre a lo que se inten-

te u organice, si se intenta u organiza algo, no obstante su pesimismo, no inferior al mío.”

Pocos días antes de escribir eso se había trasladado de Graus a Madrid, pensando abrir una amplia información en el Ateneo, y al pasar por Barbastro le consultan sus amigos si deben reorganizar la Cámara del Alto Aragón y tenerla presta para cualquiera eventualidad. Costa asiente; pero se opone a la idea de lanzar un manifiesto al país denunciando el proceder de los directores de la agónica Unión Nacional. Desde Zaragoza le acompañan hasta la estación de Casetas dos republicanos prestigiosos —Casañal, futuro diputado, y Marraco, padre del que lo era al sobrevenir la dictadura de 1923— y con ellos concierta la reorganización de la Cámara barbastrense, aportándole elementos calificados: agricultores, fabricantes, intelectuales.

La idea de movilizar a los últimos sigue preocupándole. “Lo de Zaragoza —dice— con *intelectuales* y formación de *partido* habría dado o no resultado, pero tenía sentido común. X hizo otros, y entre todos lo destruyeron, y ya no se recompone.”

¿Podrá dar vida a ese nuevo partido?... ¿Cuál será su carácter?... Costa no lo sabe todavía: —“Me parece imposible que entre el año que corre (1901) y el siguiente no suceda algo extraordinario y anormal que sea expresión del malestar y descomposición interior. No me pa-

rece mal que la Cámara del Alto Aragón (como el Círculo de la Unión Mercantil de aquí (1), que estos días se ha ofrecido, por acuerdo solemne de la Junta), se hallen en disponibilidad por si pareciese conveniente, en alguna coyuntura, dejar caer un grano de buen sentido en medio de la convulsión de los espíritus, convocar una Asamblea contra la vuelta al Poder de éste o aquel elemento, oponerse a alguna nueva locura como la que ha arruinado el movimiento de Zaragoza.”

La información que el 12 de abril de ese mismo año abre por conducto del Ateneo de Madrid sobre *Oligarquía y caciquismo* indica nuevo avance en el pensamiento de Costa hacia el nuevo partido, que aun no está claramente formulado en su espíritu. En septiembre, con motivo de una larga serie de atropellos que le comunican —en Godella, en La Solana, en Mediana; por el marqués de Riestra en Galicia, por Pidal en Asturias—, Costa vive “en un estado de irritación permanente y de crispación de puños, saltando cada momento incitado a la acción, queriendo echarme a lo de *partido*, y desistiendo en seguida, convencido de impotencia, como quien desiste de una locura”.

La locura le tienta. “Ahora, antes de que declaren mayor de edad a ese desdichadín, era qui-

(1) Madrid.

zá la oportunidad de intentar eso de *partido*. Pero es tarea muy seria, y en la cual un hombre como yo y como los que habían de seguir no podrían entrar sin la seguridad del éxito, y esto supone un esfuerzo colosal: vencer la inercia de asociaciones económicas y de sabios, manifiestos, asambleas, mítines, excursiones, una oficina... Supone mucho dinero. Y yo he gastado en todo esto todo lo que tenía y mucho más. ¡Y España no tiene dinero para eso! Los políticos que ponen las paralelas en torno a D. Alfonsín están de enhorabuena, pues seguirán divirtiéndose todavía en destruir lo que ha quedado de pie.”

La información del Ateneo constituye una de sus preocupaciones... y de sus *desengaños*. La gente no se muestra propicia a secundarle en la vida pública. Se está imprimiendo *Oligarquía y caciquismo* por la página 450 cuando Costa se decide a dar el paso decisivo para formar partido. Entre el 4 de abril y el 9 de mayo del año 1902 redacta un proyecto de nuevo organismo nacional, “y conferí sobre él —dice— con casi toda la aristocracia intelectual universitaria y con algunas Cámaras, y como consecuencia, he desistido”...

¡Otro fracaso!

Pero entre los dos últimos tal vez haya ocurrido algún suceso, que para las almas mediocres hubiese sido triunfo glorioso. Gambón, que tantas confidencias recibió de su paisano, dice

que, malograda la Unión Nacional, Costa no quiso atender "elevadas indicaciones". Lo que él se calló, por razones "que no son del caso mentar", lo dijo explícitamente Silvio Kossti en una conferencia de Zaragoza después de muerto Costa. Y es que la Reina Regente, aconsejada por el cardenal Cascajares, le ofreció el Poder; pero en colaboración con Gamazo... Se adivina el regio propósito: el loco vigilado por el cuerdo; Don Quijote y Sancho; el águila y el tardígrado... Si la oferta es verídica, la reina no conocía a Costa o quiso medirle con el metro de la ambición, que tan pronto le daba el alcance de los otros políticos. Sin duda no hubo promesa cuando tanto despegó muestra Costa en sus cartas por el joven rey con quien había de gobernar, y si es cierta, no gratitud por la supuesta merced debió de sentir, sino agravio y rabia de que le propusieran ir de la mano con uno de los políticos cuya exclusión pedía de la vida pública por colaborar en el descrédito y ruina de España. Con oferta o sin oferta del Poder, tan poco obligado se consideraba a doña María Cristina, que dos años antes de morir publicó un juicio severísimo sobre ella, seguido de proceso, y de graves insultos al político que tomó en la Prensa la defensa de la dama, como se verá después.

Hay otro episodio que tiene también su encaje en los años que siguieron al desastre colonial. Epoca de gárrula regeneración y de oratorios

Madrid 29 Mayo 902

D. M. Peris

Mi querido amigo :

una página, para no parecer des-
agradecido á una demanda que tanto me obliga.
Estaria con v.º muy gustoso algunos dias ; figura-
se ! Pero debo poder salir este año, y si algo, ó
será por deber (á la Mancha, por asuntos toren-
ses ; allí he venido hace cinco dias), ó por
salud y gusto, y en tal caso habria de ser á
punto fijo. El calor de Huesca no puede resistir,
el de Madrid, á condic. de trabajo por
la noche, y no moverme y estar de noche de dia.
Aun el calor de Linares me asfixia y aturde.

Con mi agradecimiento mas cordial, y mi
eterna salud á su señora, quedo en siempre
afm. d.º amigo

Joaf. Costa

propósitos de enmienda, Silvela dijo en 1899 que el Gobierno aceptaría y respetaría los candidatos que presentasen las fuerzas vivas de los distritos. ¿Qué fuerzas más vivas, activas y prestigiosas en el de Barbastro que los organismos creados por Costa? Cámara Agrícola del Alto Aragón y Liga de Ribagorza —que si radicaba en Graus, anejo a otro distrito, extendía sus ramificaciones al barbastrense—, las dos entidades, encabezando otras menores, pensaron en su creador. ¿Tuvo Costa noticia de lo que maquinaban? Explícitamente nada supo entonces, y si le informaron de indirecta manera lo tuvo en secreto, tal vez para someter a prueba la adhesión de sus paisanos, que le maltrataron en 1896. Con los trabajos preparatorios coincidió un viaje suyo de Graus a Madrid. Próximo ya el período electoral, el gobernador de Huesca se presentó imponentemente en Barbastro, y convocando a los notables costistas del distrito les dijo que el Gobierno tenía su candidato y les invitaba a retirar el suyo... Adujeron los reunidos su derecho a designar representante, recordando de paso las promesas del presidente del Consejo. El gobernador insistió con más brío, y como le pareciera que los otros se engallaban, sintióse cónsul a lo Quinto Fabio y amenazó con la paz o la guerra. Las órdenes de Madrid eran terminantes: diputado lo sería un amigo del Gobierno, y para que triunfase, él, primera autoridad de la

provincia, llenaría el distrito de delegados, concentraría Guardia civil, encarcelaría a los costistas y al mismo Costa si era preciso...

Don Marcelino Gambón, a quien debo la anécdota, añade estas palabras más tranquilizadoras del gobernador :

—Barbastro lo representará el candidato adicto; mas el Gobierno me autoriza para que les proponga el encasillamiento del Sr. Costa por otro distrito.

La cólera de Aquiles no podría compararse a la de Costa cuando supo la degradante oferta.

También rehusó la que le hicieron sus amigos de la provincia al surgir la crisis de 1901.

“Obligadísimo —dice—. Pero para mí, eso de las elecciones y del Parlamento son dos bromas infames contra el país, en que tengo el propósito de no colaborar, y que siento mucho no poder reprimir.”

En vano le eligieron diputado, dos años después, los republicanos de Madrid, Zaragoza y Gerona. Costa no se presentó en el Congreso.

XVII

El tránsito de Costa a la República no es salto, sino continuación. Sus antiguos amores republicanos no habían muerto; durmieron treinta años. Al suscitar en 1899 el movimiento de las Cámaras, no hace acepción de forma de gobierno; pero desea una revolución, es decir, que España cambie de piel y sufra hondas, radicales, transformaciones en su modo de ser político, social y administrativo. Prefiere que esa revolución interior o substantiva se realice desde las cumbres del Poder; mas no excluye la posibilidad de la exterior, que ayude a la esencial si está cohibida por algún estorbo. Hasta la estima conveniente: "Lo ha sido muchas veces en la Historia; acaso lo sería en España, tan necesitada de horizontes nuevos, de renovación, de rejuvenecimiento." En 1900 todavía pueden hacer la revolución desde el Poder los llamados partidos del turno si se arrepienten de su conducta pasada, y en defecto de ellos, hombres y partidos nuevos que suplan su falta de aptitud y cansan-

cio, llegando al Poder no por movimientos de abajo, sino "por acción reflexiva y personal del Poder moderador". Es lo que Costa aspiraba hacer con la Unión Nacional o con el partido que intentó organizar al fallarle los comerciantes. En fin, si tampoco lo último es posible, si el Poder moderador resiste al cambio de personas y procedimientos, hay que recurrir a la revolución adjetiva, a la de abajo. En 1903 reconoce que la de arriba ya no pueden hacerla los fracasados partidos dinásticos, pues está visto que España "no es una nación autónoma, dueña y señora de sí: es una nación adscripticia, una nación pegada a una familia y a los contertulios de esa familia. Por consiguiente, esa familia y esos contertulios deben desaparecer de raíz", que la Monarquía no quiso cambiar de métodos, no hizo nada por substituir su personal. Así, en cuanto Costa se incorpora a la Unión Republicana y recibe la adhesión de sus amigos Montestruc, Mata, Díez, Buil, Bescós, Severino Bello, les dice que ese avance es una inclinación fatal de los tiempos: "no cambio nuevo, sino nueva etapa de la evolución, una y única, iniciada en 1898."

Nakens forjó la Unión Republicana; Costa le infundió el alma. Hubo un momento en los primeros meses que hubiese sido difícil saber si en el concepto jerárquico que se formaba la opinión pública correspondía la diestra al rey o a Salme-

rón. Tan seguro presidente de la segunda República se revelaba entonces el jefe de la Unión, que muchos diputados monárquicos le rodeaban en los pasillos del Congreso, adivinando al futuro dispensador de la gracia. Como el general que amenazó luego con sublevarse en Andalucía, sólo un canto de duro les separaba de Salmerón, y hubiese sido bastante un signo de éste para arrojar el duro monárquico. Costa los presintió en el mitin del Frontón Central, pues tanto como quería conservar el afecto de las clases neutras despreciaba a los oportunistas. "A poco de instaurada la República caerá en media docena de *cucos* de los de ahora, de esos que nadan toda la vida entre dos aguas para irse fumando el tabaco de la Monarquía mientras dure y ponerse en aptitud de fumarse luego el de la República, a título de halagar las clases neutras prometiéndoles que harán la revolución de arriba, sin radicalismos y sin sacudidas, con frac y guante blanco, y cuando hayan agotado la República, entregar nuevamente el país a la Monarquía, llámese duque de los Abruzzos, llámese Alfonso XIV o Jaime I, para seguir fumando y dejar a los republicanos que recojan las colillas."

Pues con destacarse tanto la solemne figura de Salmerón aun parecía más ingente la de Costa. Sus discursos se comentaban en todas partes y durante mucho tiempo; sus escritos llenaban la Prensa republicana, que los reproducía to-

dos, y con ellos trufaba sus peroratas la legión de jóvenes propagandistas de buena voz y poco propio que decir. Hasta las cartas políticas que dirigía a sus correligionarios era goloso manjar al punto servido sin su permiso desde las columnas periodísticas.

Costa llegó a la Unión Republicana con su fiel escolta de la Cámara altoaragonesa, previamente reunida en Asamblea el 19 de marzo de 1903. Se celebró el acto en el Círculo de la Unión, que aun existe con distinto nombre en Barbastro, y no fué en más amplio local por haberlo impedido tesonudamente los caciques, y aun allí hicieron lo posible para hacer fracasar la Asamblea, divulgando que la sala no ofrecía seguridad para resistir el peso del público...

Lo dicho por alarmar faltó muy poco para trocarse en veras. El piso era de tablas, y como la gente lo sentía retemblar y quejarse bajo sus pies, el recuerdo de las predichas desgracias aumentaba el temor. Ya no cabía una persona más en la sala, y centenares se quedaron en la calle y treparon a las ventanas para oír al tribuno. La madera del estrado estaba deteriorada, y al caer la enorme mole de Costa en el sillón presidencial hubo un brusco crujido, rotura y hundimiento, gritos que, corriéndose por la sala, salieron a la calle. La sentencia caciquil acababa de cumplirse. ¡Había llegado la desgracia, y su primera víctima era el propio Costa,

sin fuerzas para valerse, con un brazo patético en el aire y el cuerpo derribado sobre un joven que pugnaba por no caer bajo la carga que sostenía! El público distante sólo oía voces y ruidos, y quiso salir alocado. Hubo choques, estrujamientos, ayes dolorosos: toda la confusión, todo el peligro a que se exponen las multitudes cuando penetra el pánico en lugares cerrados. Sonó una voz:

—¡Quietos!

Del pecho jupiterino de Costa no brotó jamás otra tan tonante. El público se detuvo sobrecogido, volviendo la cara hacia donde había salido el terrible mandato. Costa continuaba en la misma actitud, doblado sobre su joven vecino de la derecha, la mano en alto y centelleando los ojos. Sin dar tiempo a que pasase la sorpresa, volvió a clamar:

—¡Nadie se mueva! No hay peligro. Sólo una tabla rota...

La tranquilidad siguió al miedo. Se necesitaron varios hombres para erguir al gigante y restablecer su equilibrio. Pero el estrado seguía crujiendo, amenazaba segundo hundimiento por el gran peso del tribuno, y hubo que dejar la sala.

—¡Al jardín! —propuso alguien.

El público salió al jardín del Casino.

Adosado a la pared que separa la sala del jardín se erige todavía el quiosco de la música que amenizaba las veladas en días de fiesta, y él sir-

vió de tribuna; pero la plataforma no era más consistente que el estrado y su altura acrecentaba el peligro de un desprendimiento. Costa no toleró que nadie subiese.

—Sólo yo, que soy una ruina inservible y a nadie hago falta.

Desde aquella eminencia, frecuentemente interrumpido por aclamaciones y aplausos, se oyó hasta en la calle por qué la Cámara del Alto Aragón debía incorporarse a la República y ofrecerle su programa regenerador. Fracasada la Monarquía y sus partidos, que no hicieron la revolución desde lo alto, otros debían realizarla en la calle para salvar a España.

Algunos días después se celebró en Madrid la Asamblea del teatro Lírico, quedando constituida la Unión Republicana. Costa asistió a ella, y en abril hizo uso de la palabra en el mitin del Frontón Central. Este elocuente párrafo, dicho con toda su pasión tribunicia, resume su discurso y explica el entusiasmo del auditorio:

“Y venimos en busca de tales hombres (un Thiers, un Gambetta, un Carnot) porque el redimir al español, el hacer la revolución de arriba de que esa redención depende, pide sangre, mucha sangre; no sangre arrancada en forma de sudor, de tributo, de suplicio o de cárcel a los gobernados; sangre brotada a raudales, a ríos, del corazón del gobernante, cual de otro Cristo en la cruz, para redimir al español, a la nación,

a la raza; que le comunique aquella aptitud que el gobernante español no ha sentido nunca, la aptitud de indignarse ante las injusticias hechas a los gobernados, sintiéndolas como propias; que le alimente y le avive la memoria de aquellos cien mil españoles asesinados en Cuba, de quienes nos hemos ya olvidado infamemente, y que en su agonía habrían escupido a la bandera si hubiesen podido sospechar que íbamos a seguir sufriendo cobardemente en el Gobierno a los asesinos; gobernante con entrañas, que sepa llorar con el pueblo, y arrodillarse ante él, y pedirle perdón, perdón para nosotros, perdón para las clases directoras, que se han conducido con él peor que hace dos mil años bajo la ley de Júpiter, y lo estreche con abrazo amoroso y blando, apretándole contra su corazón, enjugando sus lágrimas y derramando en sus oídos una palabra de consuelo; que reduzca casi entera la gobernación, que consagre casi entero el presupuesto, siquiera no sea más que por una razón de compasión, a aquello que es propio del pueblo: a la escuela de niños y a la escuela de gañanes y artesanos, que son toda su ciencia; al camino vecinal, que es todo su ferrocarril; a la justicia municipal, que es todo su poder judicial; al canal y al pantano, que son toda su despensa; a las instituciones de previsión, que son toda su viudedad y toda su orfandad y todo su seguro; a la higienización de sus viviendas y de sus calles,

que son toda su España y todo su mundo; que abata la soberbia de sus opresores; que recorra la Península, como en una visión apocalíptica, blandiendo su maza de hierro para limpiar la tierra de monstruos, para extirpar la vieja Monarquía absoluta, refugiada en los caciques y oligarcas y en sus miserables instrumentos, siguiéndolos hasta lo más oculto de sus madrigueras y sacándolos a la luz para aplastarlos como alimañas o mandarlos a Ceuta, hasta que rebose la ciudad o rebose el campo y traspase la línea, y aquella inundación de chaquetas, de levitas y togas criminales invada las cabilas fronterizas, de donde las expulsen a tiros los moros para que no infesten sus turbulentos, pero honrados, aduares.”

Con tener la democracia española tantos oradores magníficos, diríase que hasta esa noche de abril no había encontrado su verdadero verbo.

—¡Espléndida obra habrá sido! —decíamos en la republicana redacción de *El País* los que no asistimos al mitin.

Sustentábase el juicio en un dato irrefragable. Nuestro compañero Carlos Soler era el más simpático de la casa; pero nadie podía comparársele en escepticismo. Se burlaba de todo, y no por aviesa inclinación de los sentimientos, que eran excelentes, sino por simular cinismo, *épater le bourgeois* y hacer nueva y donosa befa de las protestas que levantaba, escarnecía la firmeza en

las ideas y la honradez en la conducta... Carlos Soler fué de chanza al Frontón Central, y volvió entusiasmado y converso sinceramente al republicanismo por algunas horas. No encontrando mejor manera de celebrar el discurso, exclamó enfático:

—Siempre que oí a Castelar o Salmerón hice chistes a sus expensas. Hoy por primera vez me he quedado con el ingenio seco, y sólo he tenido manos para aplaudir y voz para aclamar.

—Magnífica oración habrá sido —repetíamos, envidiosos, los que no la oímos.



XVIII

Más pronto que en 1899 el fracaso de las Cámaras, presiente ahora Costa el de la Unión Republicana, y en la intimidad, como entonces, ya que en público lo calla, da por fracasado el movimiento republicano desde sus primeras horas. D. Francisco Goitia, que fué en compañía de Costa a la Asamblea de Madrid, refiere la anécdota:

Salmerón visitó a su antiguo discípulo para informarle de su plan revolucionario, y en la entrevista pudo confirmar Costa el juicio que, como político, le sugirió su primer encuentro con el ex presidente del Poder ejecutivo, después de abolida la República. Salmerón dimitió antaño por no firmar una sentencia de muerte, y ese escrúpulo le acredita de filósofo práctico tanto como le rebaja en su calidad de jefe del Estado. Al organizarse la Unión incurre en otro error político, que descorazona a Costa. Está dispuesto a preparar sigilosamente la revolución, pero hay algo en que no quiere reservarse el secreto:

el destino que dará al tesoro de la República, del cual piensa rendir cuentas a un Consejo...

—Esto le honra mucho como hombre íntegro —dice Costa a Goitia—; pero le imposibilita como revolucionario.

¿De veras le honraba?...

Ese pique de integridad hubiera dado prez a otro, aunque le llevase al desastre: a Salmerón ni le añadía ni le quitaba. Su fama de austero tenía raíces de encina, y aun haciendo del dinero desacertado uso nadie le sospechara de inmoralidad. Y hasta la sospecha debió afrontarla, si era necesario, para el último logro. El mandato que le confirió la Asamblea de marzo se representaba en la mente de Costa como una verdadera dictadura, tan alta y completa, “que sólo debía dar cuenta de sus poderes a Dios, mas no al pueblo, mientras realizaba su labor”. Rendir-la a un Consejo o Comisión de los fondos que distribuía era revelar el secreto, sembrar desconfianza y temor en los que pudieran recibirlos, infundirles el miedo de la divulgación.

“Esos escrúpulos de honradez —añadía Costa— matan la obra revolucionaria, y, por tanto, hemos votado una dictadura inútil, haciendo el sacrificio de las ideas democráticas para llegar a una revolución, que no se intentará siquiera por esos caminos.”

Costa, sano e investido de iguales poderes que Salmerón, no hubiese sentido sus repulgos

éticos. Lo que dijo con pena a su amigo D. Francisco Goitia lo repitió con desgaire al definir en el Frontón lo que había de ser la República: "Si ha de ser fría, estirada, de tiquis miquis, con hombres de goma, que tengan miedo de constiparse o de descarrilar si salen todas las semanas en tren para echar la barredera por el país, que vivan amarrados a su poltrona ministerial por el pelo de la libertad, por el escrúpulo de la Constitución, por la música del *Habeas Corpus*; si no ha de ser una República con alma, con coraje, verdadero salto del tapón para el pueblo, francamente, es preferible que no venga la República."

Dos enemigos tenía ésta en opinión de Costa: la impaciencia y la tardanza en obrar. Precisamente porque había de instaurarse de un modo revolucionario, la empresa necesitaba tarea preparatoria, y luego otra más larga para su consolidación; pero tampoco debía demorarse tanto el acto ejecutivo, que esperanzas y entusiasmo se extinguiesen. Contra los apresurados fueron estas vigorosas explicaciones de lo que era su política quirúrgica: "Encender lumbre a estacazos en las costillas y en los lomos de los republicanos impacientes, soberbios o faltos de prudencia, que por madrugar demasiado auyentan a las clases neutras y no dan tiempo a que cuaje y eche raíces la República."

Pero sus informes no le autorizaban a supo-

ner que la República cuajase ni echase raíces. Estaba en desacuerdo con el criterio de Salmerrón para realizar el plan revolucionario, y no aprobaba que en el Congreso se marchase por la boca la energía "que necesitaban las manos". Si en lo que dijo a Goitia pudo haberle alguna posibilidad de engaño, ninguna le quedó en 1904, que daba ya por bien fracasado el movimiento del año anterior; mas como en 1899, instaba a sus mejores amigos a guardarse la protesta y no promover escisiones. En noviembre dice a Montestruc y Bescós: "Estoy enteramente de acuerdo con ustedes en cuanto dicen en su grata de ayer y en el artículo *Explicaciones* sobre deficiencias en la dirección y orientación del partido, y aun le veo yo mayor gravedad; pero no es, por lo prolijo, más que para hablado, y espero que podremos vernos"...

Son a varios correligionarios de Fonz, de Graus, de Zaragoza, además de los dichos, los que desea reunir en el mesón del Grado, a dos leguas de Barbastro, y lo que piensa comunicarles sobre la situación "ha de ser para reservarse, y para muy pocos, discretos y seguros". Anticipo y resumen de su dictamen político es lo que sigue: "La cosa, a mi modo de ver, no va bien; en vez de adelantar, retrocede; y, sin embargo, hay que dejarle libre la evolución, hasta que la agote, pues otro remedio no hay, por las razones que les expondré. Por consiguiente, he

de recomendarles que sigan manteniendo la cohesión y disciplina que hasta aquí, sin apuntar ninguna disidencia, que ahora sería facilísima (por ser mucha la gente que está harta y a punto de saltar), pero que tanto como fácil sería perniciosa.”

El que eso dice en privado escribe los artículos más truculentos que se han leído en la Prensa española; combate la construcción de la onerosa e inútil escuadra; urge a los republicanos para que hagan la revolución; los llamará gallinas, capones, eunucos y aun desagraviará a las damas de corral teniéndolas por más honradas. El partidario del Parlamento, que no del parlamentarismo, se ensaña en sus cartas con los parlamentarios republicanos por tomar en serio y combatir “con argumentos de razón las gestas y dichos del rey o de sus secretarios del Consejo presentes y futuros —pretéritos y presentes asesinos del país—, como si nos hallásemos en un régimen de gobierno normal y regular, así como Bélgica o Inglaterra”.

Costa se persuade a fines de 1904 de que nada hará el partido republicano, que nada le cumple a él hacer dentro de ese partido. ¡Ha vuelto a fracasar! El 28 de septiembre se retrajo definitivamente a Graus. La enfermedad hacía progresos. Los doctores dicen que no perore, que no escriba, que corte toda correspondencia. Es posible que fuese así, mas en su horror a los

médicos, también es verosímil que él mismo se impusiese tal consejo. Cuando rompe la consigna es para suplicar que le dejen tranquilo. "Si no me alivio algo (de mi afección crónica, o sea si no recobro alguna fuerza muscular), y si no acabo cierto libro (sobre una de las cosas esenciales que le falta al partido), no tomaré ya parte en la vida pública. La cuestión para mí está en si me dejarán todos hacer y lograr eso; en si sabrán todos olvidarme, o en acordarse de mí como de un muerto, dejándome en paz. Mi impresión es de que no, y ya lo voy experimentando. Mi crisis es mayor que la del partido..."

Costa tiene razón. Nadie le olvida; no le dejan tranquilo. En vano imprime circulares, que firma su buena Martina, acusando recibo de las cartas que envían, diciendo que su hermano está sometido a largo tratamiento y no puede contestar. La correspondencia llega abrumadora. Pasan semanas, a veces meses, de silencio, y si no da respuesta a tanto comunicante, sí a los amigos de su predilección. Ni siquiera es extraño que después de esas pausas él mismo tome la iniciativa de escribir, siendo olvidadizo de sus anteriores propósitos. El que esto recuerda dirigía entonces un diario de Zaragoza, y sabiendo cuál era el estado físico y moral de Costa jamás le importunó con demandas de artículos o haciéndole consultas políticas, que viene a ser lo mis-

mo, y él se los enviaba periódica y espontáneamente, y cuando no, cartas a todas luces manuscritas pensando en su publicación. El que carecía de fe quería engañarse o se esforzaba por infundirla a los demás.

.

.

.

.

XIX

Aunque las circulares de Martina Costa adviertan que su hermano está “para largo tiempo sometido a tratamiento en su nueva residencia, lejos de Madrid”, la actividad cerebral del enfermo no decae. Las carpetas de sus escritos forman pilas, y no pasa bajo sus ojos nada interesante que deje de anotar, recortar, clasificar. Contemplando los toscos estantes de tablas, tan cargados de papeles, dice melancólico a Martina o a sus hijas:

—Lo mejor que podéis hacer cuando me muera es pegarle fuego a todo eso.

Su mal progresaba visiblemente; pero no era bastante poderoso para impedirle trabajar. Sin duda lo que se proponía imprimiendo circulares era el silencio y el olvido de la gente.

Su primera salida después de retirarse a Graus fué en 1905, para recoger datos en el Ateneo de Madrid, y la segunda en febrero de 1906, para asistir a la Asamblea municipalista de Zaragoza. Se anunció su llegada diez y seis meses antes; pero una súbita indisposición le hizo sus-

penden el viaje. ¿Fue verdaderamente la indisposición? Pues tampoco ella le impidió escribir. ¡Qué extensísima carta la suya!...

Salmerón estuvo en Cataluña a fines de octubre de 1904, y el 1 de noviembre hizo triunfal entrada en Zaragoza. Los trenes de Huesca, de Navarra, de la Rioja, del Bajo Aragón y de Madrid llegaban atestados de correligionarios, y centenares de pueblos mandaron representaciones. Por Costa fue su carta, que al otro día se leyó en el mitin de la plaza de toros ante 15.000 oyentes. Pero no se pudo leer íntegra y los periódicos tampoco pudieron reproducir todo lo leído. Esta parte de lo publicado hará colegir lo demás:

“Todavía peor que la vecindad frailuna es que veamos a nuestro lado otras congregaciones más funestas de otros frailes de levita, porque también son frailes los oligarcas provinciales y centrales, a cuyo influjo ha degenerado España en un conglomerado de siervos, con una Constitución democrática por *Inri*. Esas congregaciones son el Congreso y el Senado, cinceladores de la niebla, artistas de ruinas, forjadores de hambres, martillo el más fuerte de cuantos contribuyeron a clavar a España en el madero de 1898. La amiga Electra debe abstenerse de apedrear conventos, si no apedrea también los Ayuntamientos, Ministerios, Audiencias, Cámaras legislativas...”

Todo eso podía apedrearse; pero Costa arrojó pedregones a más altos edificios, y el Fiscal denunció su carta a la misma hora que Salmerrón sufría en el Hotel de Europa un colapso de dos horas. —“¡Poca cosa!” —dijeron tres médicos—. Y fué la primera llamada vigorosa de la muerte.

En febrero de 1906 no fué a Zaragoza por asistir a la Asamblea municipalista, como se ha creído, ni siquiera por gusto, sino a cumplir un deber con sus *electores* de tres años antes. Se lo escribe el 5 de ese mes a su amigo Bescós:

“Mil gracias a usted y a Aguirre (1) por su obsequioso ofrecimiento de ayuda en Zaragoza. Pero ya deben saber que yo no soy de la Asamblea ni tengo nada que ver con ella. Deseo su éxito doctrinal, pero lleva un vicio de origen, que mi patriotismo me impide autorizar y que demanda mi protesta, pasiva cuando menos. El 11 me propongo ir a Zaragoza y cumplir con aquel pueblo, que tan bueno ha sido conmigo; pero, repito, haciendo rancho aparte. Yo no le doy a la Asamblea la importancia que usted y otros le atribuyen. Será un mitin grande de propaganda y nada más. El terreno que se ha perdido en el corazón de las clases neutras durante

(1) Aguirre Metaca, secretario luego de Lerroux y suicidado en París.

los últimos años difícilmente se rescata ya, y más por un acto solo.”

¿Cuál fué el vicio de origen? Costa pensaba que el republicanismo declinante haría poco duradera la Unión, y que un político joven, audaz y ambicioso quería hacer del acto cosa propia y captar su fuerza con intenciones de jefatura personal. ¿Y la importancia que Bescós, Aguirre y muchos más atribuían a la Asamblea? No era importancia ideológica o de propaganda, sino revolucionaria. Así lo creían los que fueron de las próximas regiones, y antes de tomar los excursionistas el tren especial organizado en Madrid recibieron el consejo de volverse a sus casas quienes temiesen a los tiros o no tuviesen corazón para arrojar bombas... Costa era escéptico, y eso que llevó brazadas de combustible a la pira y pidió a gritos un fusil para disparar desde el balcón del hotel, que el violentísimo enfermo jamás supo lo que fuese miedo.

Costa no llegó a Zaragoza el 11, sino el 10 de febrero. La Asamblea había inaugurado sus trabajos el 9. Desean que hable, y él se niega hasta que pase el acto, porque no le tengan de participante; pero le instan a dirigir la palabra en la última sesión del 11, pues los forasteros anhelan oírle, y al fin accede. ¿Se arrepiente? De pronto desiste. Costa aduce las malas condiciones acústicas del teatro. Habrá que instalar en otro lugar la tribuna...

Entretanto acude a visitarle la mayoría republicana del Ayuntamiento, y la habitación se llena de gente. El terrible y cortés huésped está convaleciendo de un "bárbaro catarro bronquial", y como se halla cubierto, ha de descubrirse con la entrada de los ediles. Un diálogo de enojosa urbanidad se entabla en seguida:

—Tengan la bondad de cubrirse.

—Gracias, D. Joaquín; cúbrase usted.

—No; ustedes primero.

—Muchas gracias, D. Joaquín; nosotros estamos así bien.

—No importa; cúbranse ustedes.

—Por Dios, D. Joaquín...

Don Joaquín estaba ya para tronar.

—Les ruego que se cubran.

—Usted, que está enfermo; háganos ese favor.

Costa no pudo más. Colérico y altisonante les gritó con frase bien baturra:

—¡Tápanse esos bolos de barandal!

Los concejales se taparon presurosamente los bolos.

Trémulo de los pies a la cabeza, y haciendo sobrehumanos esfuerzos para sentarse, murmuró con los dientes apretados:

—¡Hay cabezas que sólo sirven para perchas!

En seguida pasó revista a lo que habían hecho, y aun más minuciosa a lo que no habían hecho en el Ayuntamiento, aplaudiendo lo bueno, vituperando lo malo, deplorando que no diesen mejor

empleo a aquel magnífico instrumento de progreso urbano y de propaganda ciudadana.

El 12 habló en el teatro Pignatelli. Más que discurso fué una conferencia doctrinal, y en ella expuso por primera vez sus *Siete criterios de gobierno*, que, desarrollados y publicados después de su muerte, constituyen lo que Gambón —advertido por el autor— llama su testamento político. Con acento grave, solemne, iban cayendo las palabras sobre el público que escuchaba:

PRIMER CRITERIO: Desenvolver muy intensivamente la mentalidad de los españoles envolviéndoles el cerebro y saturándoselo de ambiente europeo.

SEGUNDO CRITERIO: Bañar el cerebro español en un ambiente de luz; pero también nutrirlo con sangre más rica, mejorando el régimen alimenticio.

TERCER CRITERIO...

SÉPTIMO CRITERIO: No más leyes. Gobernante de tripas, de entraña, de coraje, penetrado del oficio, que las haga cumplir sin contemplaciones y sin misericordia...

Acabados los criterios, echa la llave al sepulcro de Ensenada para que no se construyan inútiles y onerosas escuadras, que mermen luz a los cerebros y pan a los estómagos.

El 14 por la mañana pronunció otro discurso en el mismo teatro. La tribuna en que había disertado el profesor fué ahora Sinaí de Jehová,

Ida de Júpiter tempestuoso, dos horas envuelta en rayos y truenos. ¡Ay de Montero Ríos y los suyos! “El es el gobernante de derecho divino; él, el tipo ideal de la Restauración borbónica... El ha sido el prototipo de esa escogida falange de políticos que han mirado a la patria con el mismo entrañable, tierno y desinteresado amor que la labradora quiere y agasaja a su lechón... Después de haber contribuido de modo tan directo y tan cruel al trágico derrumbamiento de la patria, ha venido a apoderarse de las ruinas para fundar dinastía personal sobre ellas, haciéndolas feudo de sus hijos y de sus familiares.” ¡Y todavía los republicanos querían formar bloque con él, “Nozaleda de levita”!...

¡Qué dos horas! Alguien hace ruido al abrir la puerta de un palco. El público protesta. Costa, tremebundo, grita:

—¡Arrojadlo de cabeza a la calle!

Y el hombre cae silenciosamente por una ventana.

“Las frases de Costa —decía un periódico local— salían de su boca iracundas; despeñaban reputaciones falsas, derribaban ídolos, enterraban prestigios. Montero Ríos quedó allí de cuerpo presente. Nosotros vimos las caras de ocho mil ciudadanos con los ojos fijos en Costa, las facciones contraídas por la atención, por el esfuerzo gigante de escuchar, de atender. Y eso durante dos horas; así, cuando terminaba un

párrafo, las ovaciones se sostenían durante mucho tiempo, que aprovechaba el auditorio para respirar, para *descansar*, para tomar fuerzas y volver a someter el cerebro a una enorme tensión.”

Algunos meses después nos decía un militar que asistió al teatro:

—Era tan violento el gesto de Costa y tan grande la sugestión que ejercía en el auditorio, que al levantar el puño lo creíamos armado de una espada invisible y cuando lo descargaba doblábamos inconscientemente la cabeza para eludir el golpe.

XX

Por aquellos días llegó el ilustrísimo señor don Remigio Gandásegui, canónigo de Zaragoza hasta 1904, en que fué promovido obispo de Ciudad Real, sucediendo al Dr. Piñera. Los derechos del abogado defensor de La Solana estaban sin pagar, y aun sin fijar, por el desacuerdo con los fideicomisarios.

Costa habló por la mañana en el teatro Pignatelli, y casi toda la tarde estuvo conferenciando con el prelado. ¿Qué se dijeron en tan larga entrevista? Sin duda Costa hizo el principal consumo de palabras. Aquel hombre sombrío, que dejaba pasar meses y hasta años sin decir más de lo necesario, era inagotable venero de facundia cuando se le ofrecía ocasión, y las cinco horas que le escucharon atónitos la Pardo Bazán y Paraíso no fué caso único ni excepcional, que aun hay quienes le oyeron más.

El día 17 se celebró en su honor un banquete gigantesco en el Teatro Circo, y el rudo Heracles del 14 fué más blando que si hilase a los

pies de Omfala, pues lloró e hizo sollozar al público recordando que su madre le decía de niño que mucha gente se acostaba todas las noches sin haber comido.

¡Terrible lo fué aquélla! Todo el vano alarde de precauciones para evitar la anunciada concitación durante la Asamblea —envío de un delegado especial, acuartelamiento de tropas, etcétera— no fué inútil desde entonces. El obispo Gandásegui no sólo habló con Costa. También recibió a un periodista, al que hizo referencia de la entrevista, y el 17 por la noche *El Diario de Zaragoza*, órgano del ex ministro conservador Castellano, tuvo la imprudencia de insertar un suelto, falaz y calumnioso, que enloqueció a Costa y soliviantó a indígenas y forasteros. Doble era el título; más los errores que las aseveraciones:

NOVELAS POR ENTREGAS

COSTA Y LA SOLANA

Es justo deshacer la novela de los siete reales que iba a cobrar Costa en el asunto de La Solana: este fideicomiso producido por el testamento de los señores Remón y Bustillo.

Estos bienes, que según parece montan a dos millones de pesetas, debían ser repartidos entre los pobres de La Solana. Fueron hipotecados a la mitra de Ciudad Real por un anticipo que el

anterior obispo hizo de 80.000 pesetas para el pago de los Derechos reales y socorros provisionales.

No está aún satisfecha la cantidad completa a la mitra.

No está hecho aún el reparto, y para conseguirlo parece que el Sr. Costa quiere burlar la ley con objeto de no pagar tanto dinero de Derechos reales, haciendo una cesión al Ayuntamiento.

El Sr. Costa se encargó de este asunto por influencia de uno de los fideicomisarios, un sacerdote, catedrático en el colegio del Padre Salamero, de Madrid, que educó a Costa.

El Sr. Costa contrató con los del pueblo de La Solana cobrar la mitad de la herencia, si la otra mitad iba libre a ellos. Pacto de cuota litis, que no admiten la moral ni el derecho.

Para dedicarse a este negocio dejó el Sr. Costa la notaría, de la cual sigue cobrando 3.000 duros y que otro trabaja.

El Sr. Costa no renuncia a sus derechos y percibirá un buen pico, si bien ha accedido a que el ilustre obispo de Ciudad Real, señor Gandásegui, fije sus honorarios y rebaje algo.

Esta es la verdad y no hay por qué desfigurarla para halagar pasiones. Si cobra sólo los siete reales dichos en favor de los pobres, nosotros seremos los primeros en hacer el elogio que merecería su amor al pueblo y a los pobres.

El furor de Costa en leyendo el suelto procaz llegó al paroxismo. Pensaba volver a Graus hacia la una de la madrugada. Ni el brusco quebranto de la salud al recibir el golpe alevoso ni su desairada situación se lo hubiesen permitido. No pudiendo salir él, llamó al obispo, y la conferencia duró de una a cuatro. Los diarios matutinos publicaron una violentísima carta del agraviado anunciando que no se iría sin castigar cumplidamente la ofensa.

¡Mala jornada la siguiente para los amigos del enfermo —Montestruc y los dos Aguirre Metaca—, para su pariente Martínez Baselga, profesor de la Escuela de Veterinaria! El pueblo organizó una manifestación de protesta contra *El Diario*. El furibundo Costa habló desde un balcón del hotel, excitando a quemar el periódico y asaltar la residencia de Castellano. Sus amigos quisieron representarle el peligro que corría Zaragoza. El gobernador tenía ya prevenida a la Guardia civil; el capitán general había dado orden a las tropas acuarteladas de salir al primer aviso, y no a lucirse ni patrullar, sino a disparar contra los tumultuarios... “¡Y bien, mejor!”, clamaba Costa. ¿No dijeron que iban a hacerse tan grandes cosas en Zaragoza? Pues había llegado la hora. “¡Yo no puedo moverme; pero que me den un fusil y sentado en la silla haré fuego desde el balcón!...”

Estaba lloviendo. Ni el agua ni el frío de fe-

brero mitigaban el ardor del pueblo. Sólo Mon-
testruc y los Aguirres conservaron la cabeza
serena, y sus razones apaciguaron la tempestad
urbana, que no la de Costa. Cuando vió entrar
a los dos hermanos, les dijo:

—¡Sois unos capadores de pueblos!...

No era bastante insulto. El menor de ellos
—Angel— mostraba en todo su continente los
estragos de la tisis que pronto había de matar-
le, y como le viese tieso, seco, desmelenado, la
capa sin garbo y pegada al cuerpo, le espetó
esta ironía:

—Parece usted una gallina mojada y sin
cola.

Pero ¿iba a rematar así el lance?...

Costa desea quedarse solo. Luego pide un co-
che. Pasa por la Plaza de la Constitución, siem-
pre concurrida, y ahora atestada de público
por ser domingo y favorecerla los sucesos re-
cientes.

—¡Costa va ahí!

—¿Adónde va Costa?

El coche se detiene pronto. A 100 metros,
en el propio Coso, vive Alfonso Sola, director
de *El Diario de Zaragoza*. Costa desciende hu-
raño; sube tambaleándose las escaleras, y llama
a la puerta. Sus ojos echan llamas; su barba
tiembla; su diestra crispada blande una navaja.
Los padres de Sola se aterroran; la hermana gri-
ta. El allanador reclama con pavorosas voces al

periodista para matarlo a puñaladas. Los dos ancianos se quedan sin palabra. La hija gime:

—¡No está aquí! ¡Mi hermano no está aquí!

La fiera calenturienta sigue amenazando con la navaja y exige la comparecencia de la persona buscada.

—¡No está aquí! ¡Mi hermano se marchó esta mañana!

—¡No está aquí! ¡No está aquí! —repiten desfallecidos los dos viejos.

Más muerta que viva, la joven le invita a mirar en las habitaciones, a registrar toda la casa.

Costa llegó sombrío y salió turbulento para buscar a Sola en la Redacción. La navaja no cae de su mano. La Redacción está allí en frente; pero la encuentra cerrada.

El coche le lleva al hotel, y al entrar en su cuarto cae en la cama. La cólera le ha deshecho.

Sola huyó por la mañana para substraerse a las iras populares. Ni él ni Castellano tuvieron culpa en la publicación del suelto infamante.

Es de regla que al surgir protestas los entrevistados rectifiquen achacando a los periodistas la responsabilidad de sus informaciones; pero la siguiente carta del obispo, que los periódicos insertaron el 19, refleja tan bien en sus datos esenciales lo ocurrido en el pleito de La Solana, que excluye toda presunción de duplicidad y completa lo que en otro lugar dijimos:

Señor Director de El Diario de Zaragoza.

Muy señor mío: En el último número de su diario leo con profundo disgusto el artículo Costa y La Solana, y considero un deber mío protestar contra las arbitrarias aseveraciones de que está tejido. La honra del señor D. Joaquín Costa en este asunto es mi propia honra, y al vindicar la una queda por el mismo hecho vindicada la otra.

Mi protesta es tanto más justificada cuanto el autor del artículo no ha pecado de ignorancia, puesto que antes de escribirlo o antes de darle publicidad tuvo conmigo una entrevista o conferencia, y los datos que interesó de mí, y que como conocedor del asunto hube de suministrarle con la mejor voluntad, no autorizaban lo que el articulista dice y antes bien eran su reverso.

1.º No es exacto que el Sr. Costa ajustase con los fiduciarios de Remón y Bustillo, y menos con la villa de La Solana, pacto alguno de cuota litis. Los fiduciarios no aceptaron la regulación de honorarios por letrados que el Sr. Costa propuso con repetición —y provisionalmente aceptó los bienes que quisieron ofrecerle—, convencidos de que con la regulación saldrían perdiendo, según en actos públicos han declarado.

2.º No es exacto que el Sr. Costa haya accedido a que yo fije sus honorarios y rebaje algo

de lo que por contrato válido es suyo. Es, sí, cierto que el pueblo de La Solana, con un gran instinto de justicia, no quiere que cuando todos los que han intervenido en el asunto, Estado (papel sellado, impuesto de Derechos reales, etcétera), notarios, escribanos, procuradores, peritos, tasadores, registrador, etc., han cobrado, sólo el Sr. Costa, que ha trabajado como letrado más que todos juntos, y que con su estudio ha salvado el fideicomiso, quede impagado de su improba labor de muchos años; y el Sr. Costa, renunciando a pedir cosa alguna y dando de mano al contrato celebrado con dichos señores fiduciarios, se confía a lo que el pueblo interesado y yo queramos asignarle por aquel concepto. No es él quien ha accedido, sino, al revés, quien me ha honrado con su confianza, requiriendo mi venia para poner la decisión en mis manos, juntamente con el pueblo interesado en el fideicomiso.

3.º No es exacto que el Sr. Costa pretenda burlar la ley con objeto de no pagar tantos derechos a la Hacienda, haciendo una cesión al Ayuntamiento. Habría que satisfacer inexcusablemente tales derechos, si efectivamente hubiese cesión; y lo que el Sr. Costa y yo hemos ideado y convenido es que si la villa, por carencia de recursos, no quiere satisfacer ahora la suma cuantiosa que tales derechos representan ni mermar el patrimonio en tierras que ha de repar-

tirse, se queden formalmente las cosas como están, limitándose los fiduciarios y el Obispado a encomendar la administración de facto al Ayuntamiento de esta villa, hasta que le convenga a ésta formalizar la transmisión.

4.º No es exacto que el Sr. Costa dejara su notaría en Madrid para dedicarse a este asunto; simultaneó ambas cosas; y se retiró de la notaría con licencia por motivos de salud, cuando el pleito se hallaba terminado, y los fiduciarios habían tomado hacía mucho tiempo posesión judicial de los bienes materia de él. En cuanto a que el Sr. Costa percibe de su substituto 3.000 duros anuales, es otra invención; según mis noticias, el notario substituto, Sr. Toral, lo es por la ley; no tiene obligación de dar por ahora al substituído participación alguna en sus derechos y el Sr. Costa no percibe de su notaría ni ha percibido nunca, desde que la dejó, un solo céntimo.

Eso de los siete reales, por concepto de honorarios, es una faceta que ninguna persona que se estime puede tomar en serio. Sólo en gastos de viaje, fondas, correos, papel sellado, impresos, etc., el Sr. Costa ha puesto en el asunto algunos miles de duros de su bolsillo, sin llegar todavía a los honorarios.

En conclusión, el Sr. Costa se ha conducido en todo el proceso de este negocio forense con una delicadeza, una caballerosidad, un despren-

dimiento y un olvido de sí propio, al par que con una prudencia y discreción para los demás, que se habría hallado difícilmente en otros letrados o no letrados; y siento una viva satisfacción, y algo así como un alivio en mi conciencia, declarándolo una vez más enfrente del artículo del Diario.

Quedo de usted, señor director, afectísimo seguro servidor y capellán, que sus manos besa,

EL OBISPO-PRIOR DE LAS ORDENES MILITARES.

El Ayuntamiento celebró aquel día solemne sesión para protestar contra el ataque a Costa, y el desagravio se acuerda por unanimidad. Ni siquiera los concejales conservadores quieren solidarizarse con su periódico. El Concejo en pleno, presidido por el alcalde, se traslada al hotel para comunicar el acuerdo al agraviado. Costa está enfermo de irritación; guarda lecho, y ha de levantarse para recibir a los representantes de la ciudad.

La carta del obispo y el homenaje oficial no acaban de calmarle. Se obstina en cumplir su palabra de vengar con propia mano la ofensa; quiere volver al periódico en busca del director, y sólo desiste cuando sabe que Sola había huído; que *El Diario de Zaragoza*, temeroso de la cólera popular, no se publicará aquel día (ni podrá insertar hasta el siguiente la carta del doctor

Gandásegui) ; que la Redacción está cerrada, y que fuerzas de policía la custodian...

Así terminó la Asamblea municipalista y el pleito de La Solana. Ya no volvió Costa a hablar de él. El obispo reconoce en su carta que había gastado varios miles de duros sin llegar a los honorarios. Ni un céntimo recibió...

Enfermo, desoyendo el consejo de los médicos, a la una de la madrugada se volvió a Graus.

El día 20 se sosiega Zaragoza. El 21 renace la alarma ; pero es de distinta naturaleza que la anterior.

Se dice que la policía ha dado con un escondite de bombas.

Se añade que eran para volar el hotel del ex ministro D. Tomás Castellano.



XXI

Algunos hubiesen preferido que Costa se quedase en Graus. Su clava aplastó públicamente a monárquicos y republicanos; pero también tuvieron otros que sentir en lo privado, y no todos con razón.

Cinco meses antes de la Asamblea municipalista —el 10 de septiembre de 1905— se celebraron elecciones generales. Aspiraban a la mayoría de la circunscripción los republicanos Costa e Isábal, y se disputaban la minoría el liberal Moret y el conservador Castellano.

Pero la Unión Republicana mostraba ya su decadencia; el fuerte bloque de 1903 se iba hendiendo. Reaparecían las luchas personales; diferenciábanse ya los grupos. La escisión estaba a la vista. Pocos eran los dudosos de que no venciesen los republicanos; ninguno que Costa fuese el vencido. Exceso de confianza y falta de acuerdo invirtieron los resultados. Costa, que debió ser el primero, fué derrotado (7.744 votos); Castellano salió a la cabeza (8.562); Mo-

ret vino después (8.283), siguiéndole Isábal (8.005). La circunstancia de haber vencido los dos últimos por el emparejamiento de sus candidaturas en varios pueblos hizo suponer un acuerdo contubernial entre el ex ministro y próximo presidente monárquico y el republicano juriconsulto aragonés.

Así lo creyó Costa por denuncia de sus amigos, y así lo creen después de tantos años los republicanos que recuerdan el suceso. Quizá el propio Isábal ignore todavía lo que pasó. ¡Imagínese en qué términos, el que nunca se mordió la lengua, vituperaría la *traición* a su compañero de candidatura cuando le encontró en Zaragoza el 1906! Pero de Costa puede decirse como de Pi y Margall: Todo el oro del mundo era poco para comprarlo y se le hubiese conquistado con una flor. El presente que le hizo Isábal de un viejo libro le desenojó.

Don Marceliano Isábal no tuvo parte en su exiguo triunfo y ninguno en el de D. Segismundo Moret. Fué un odontólogo establecido en Carriena y luego en Zaragoza el fautor de ambos, sin sospechar siquiera que su intervención causase la derrota de Costa.

Don Casimiro Sarría gozaba de extendida amistad en algunos pueblos por los frecuentes viajes profesionales que hacía. Agnóstico en materias de gobernación, jamás militó en partidos políticos. Pero era amigo de Moret y pariente

de Isábal por la esposa de éste. Viendo en peligro su éxito el prohombre liberal, le llamó por telégrafo a Madrid para suplicarle ayuda en los lugares donde tenía metimiento, y puesto a *trabajar* por el amigo no le pareció bien desayudar al deudo. El censo entero de Bureta fué para ellos, y, si no íntegros, también les llevó parte de Amzón y Bisimbre. En éste solía tener censo completo Castellano, y el cura de Amzón fué luego gratificado por Moret con una canongía. Al conocerse la derrota de Costa, hubo en Zaragoza protesta de los republicanos, disculpas mal atendidas de Isábal, derribo de su puerta, renuncia del acta, enfermedad y postración de la esposa, que sólo dejó ya el lecho para ir al cementerio.

Después de este nuevo fracaso y de sus discursos zaragozanos Costa realizó algunos actos de resonancia política; pero no volvió a actuar como político. Pasados varios meses hizo imprimir otras tarjetas, que firmaban Martina y un cuñado, en que se reconoce la manera del autor, el estado de su ánimo, los asuntos de que le hablaban en desbordante correspondencia.

Graus... de..... de 190...

Al Sr. D.....

Nuestro hermano D. Joaquín Costa se halla apartado totalmente de la vida pública y fuera

de todo partido político; vive aquí en absoluta reclusión, absorbido por su afección crónica, en tratamiento, y tiene en suspenso toda correspondencia. No puede contestar cartas; no recibe visitas de la localidad ni de fuera; no evacua consultas como letrado, ni se encarga de defensas en tribunales; no hace recomendaciones de pleitos, causas, indultos, expedientes administrativos, oposiciones, exámenes, etc., como tampoco de candidatos en elecciones; no escribe cuartillas para periódicos, revistas, mítines, extraordinarios, veladas, etc.; no sirve prólogos para libros, ni pedidos de autógrafos o de fotografías; no puede aceptar presidencias honorarias; no recibe obras para colocarlas en venta ni para emitir juicio acerca de ellas o bibliografiarlas en periódicos; no tiene medios de procurar empleos a particulares; tampoco libros para donativos a Sociedades; no acepta presentes de ninguna clase ni por ningún título; no se ocupa en elecciones...

En su nombre y en el de su familia rogamos a usted, correspondiendo a su favorecida última, que tenga a bien excusarle y recibir el homenaje de su consideración y de su respeto,

MARTINA COSTA. TOMÁS PUEO

En una de esas tarjetas envió a Silvio Kossti el 1 de junio de 1907 su adiós a la política activa.

“Mi querido amigo: Hago otra excepción y contesto. A nadie daría con más gusto y confianza instrucciones y representación que a usted. Pero soy ya del todo ajeno a esos pataleos y convulsiones de agonía: a las de Madrid como a las de Barcelona. Fracasé, ha fracasado el republicanismo, ha fracasado España. Y no me cumple ya más sino hacer honor a mi fracaso, doblándole la frente, sometiéndome decorosamente, sin patalear, a la fatalidad de mi impotencia, ahogar la ira en el silencio y la obscuridad de este rincón, maldecir a los traidores de 1899-1900 y a los infieles de 1903-1907, llorar los años de vida perdidos en perseguir una utopía —la resurrección de un cadáver putrefacto— y expresar a usted una vez más el testimonio de mi agradecimiento como español por su concurso de entonces, como por su ofrecimiento y buena memoria de ahora.”

Abierta la caja de Pandora no todo huyó de ella, que en su fondo se quedó acurrucada la dulce Esperanza. Luis Bello propuso en 1908 la organización de un nuevo partido, algo de lo que había pensado Costa, a base de intelectuales, cuando se frustró el movimiento de las Cámaras. El supuesto jefe lo considera difícil; pero no imposible si hay una persona que reúna autoridad, preparación, aptitud física. “Mi fisiología y mi economía —ya que no diga también mi psicología— son incompatibles con eso”.

Tampoco el momento le parece oportuno, porque “el naufrago (el partido republicano) aun no está “bastante ahogado”, con apretar tanto los dinásticos”. Los intelectuales perdieron dos ocasiones favorables en 1899 y 1903... ¿De veras quisieron huir de la política mirmidónica para preocuparse en hacer España?... Costa no lo sabe. Quizá su hora suena más tarde, más tarde, que el momento de entonces lo cree inoportuno...

Sin coincidir con Bello en el carácter y composición del futuro partido, Roberto Castrovido también propone por la misma época que se ofrezca a Costa la jefatura del republicanismo reorganizado. Varias provincias se adhieren a la iniciativa, sin faltar Huesca. El propuesto guía advierte a sus paisanos: “Ya saben en Madrid, Zaragoza y en algunos otros puntos, que en ninguna hipótesis podría ser... por negativa del paciente.” Costa adivina lo que va a ocurrir: “Creo que se formarán cuatro o seis agrupaciones para que otros tantos jefes tengan el *trono* que por clasificación les corresponda, y sirvan de fuente de salud a la dinastía.”

XXII

El apartamiento de Costa del partido republicano no implica avenencia con el régimen establecido, ni siquiera resignación ante lo inevitable. Cuando la enfermedad cede y él recobra alguna fuerza vuelve más exasperadamente a la protesta manuscrita o impresa: contra la Monarquía y sus hombres; contra los republicanos que han perdido el tiempo en charlas y disensiones sin reparar el desastre. Su letra vacilante, casi ilegible en los agobios del mal, recobra su antigua firmeza gráfica durante esos períodos transitorios de entono vital, y la energía del concepto resurge en lo que dice.

Un artículo suscrito por *Alja Raque* en agosto de 1908, le ocupa y apasiona varias semanas, promueve otros artículos y réplicas suyas, le atrae un proceso, le sirve de ocasión para trinarse contra la Monarquía, contra los republicanos, contra los resellados. El artículo *Un águila en el valle* le saca de quicio. Bajo el seudónimo

se disimula Modesto Sánchez Ortiz, director de *La Vanguardia*, de Barcelona; pero Costa cree discernir en *Alja Raque* el anagrama de una eminente personalidad científica, a quien censuraba de *evolucionar* hacia la Monarquía con el propósito de sentarse en el banco azul. Y no andaba muy descaminado, que émulo Moret de la gloria granjeada por Sagasta teniendo de ministro a Echegaray quería dar la cartera de Instrucción Pública al ilustre profesor, exento de sentido político. Costa replica en severa carta privada al hombre de ciencia, que en vez de seguir el mismo procedimiento para aclarar el equívoco, dice a tercera persona que no es *Alja Raque*, confirmando en su error al águila enferma. No por lo que haya de contraste entre ambas sumidades, sino porque muestra en el solitario de Graus la constancia de sus sentimientos. protestantes y su enlace con otros sucesos y personas más directamente aludidos vienen bien unos párrafos de la carta que dirigió a Luis Bello el 30 de agosto.

“¿Que por qué me he metido con él, aun en una carta particular? Por la misma razón que me hace meterme estos días con otro republicano, pasado también a la dinastía. Don... (1) en la adjunta nota, *Incienso que hiede*, contestación

(1) Antiguo posibilista y ministro con Alfonso XIII.

a otra suya en que, inocente e imprudentemente, me alude.

”Es decir, las dos veces llamado de fuera, so pena de otorgar si guardaba silencio. En buen hora, siéntense a la mesa de la Monarquía, pero tengan la virtud de callar: no pretendan hacernos creer a los que no estamos dispuestos a ver impasibles e indiferentes cómo rueda la patria hacia nuevos abismos, que se ha operado efectivamente en sus convicciones una mudanza, que la pretendida evolución ha sido verdad, y que encima de callar, como callamos amargados sobre el hecho, hemos de tomar activa parte en la comedia, haciendo como que nos convencemos del desinterés con que se ha determinado el resellamiento, y más aún que esto, de la sinceridad con que el catecúmeno resellado exculpa y endecha a la Monarquía por amor a... la patria, porque le sale de dentro, sin ninguna ventaja personal; y menos lo pretendan con retintín, humillándonos, empeñados en que hemos de confesar la hermosura de doña Dulcinea, en que hemos de reconocer los altos méritos de aquella familia nefasta y los cantemos... ¡Que tomemos sobre nosotros su pasado! —Que callen, amigo Bello; que callen y no me metan los dedos en la boca para que me los chupe. ¿Qué más quieren? Ya el inmenso rebaño calla: pronto enmudecerá la última voz que queda para mantener viva la memoria de aquella infamia y protestarla. ¡Que no

hubiera ya enmudecido desde el primer instante!"

El suelto de *El Ribagorzano* "Incienso que hiede" fué réplica de bronco tono a la doble defensa que el ex republicano y ex ministro monárquico hizo de la Regente y su conducta en 1895-1898, atacadas por Costa, y del país, al que llamó castrado por tolerarlas.

El 4 de septiembre escribe a Bescós: "El servilismo con que habla de aquella señora y de la dinastía me atacó al estómago, y escribí una nota inculpando a ésta y calificando agriamente a aquél. Di por descontado que vendrían dos acciones: una la del fiscal, por injurias a la Regente; otra, la privada de X... Tengo por seguro que vendrán: aun no han tenido tiempo."

Llegó la primera acción; no la otra. Como en anteriores y posteriores procesos, Costa no quiso declarar; nada hizo por defenderse o exculparse. *Incienso que hiede* confirma lo dicho en el capítulo XVI. La Regente no debió de ofrecerle el Poder, o él desestimó la oferta sin agradecerla.

La carta a Bescós es un requerimiento para que le sirva de padrino en el lance con el ex ministro ofendido. Costa era hombre de indomable bravura personal; ¿pero cómo iba a batirse el que por entonces no podía tenerse de pie, siempre semitendido en la mecedora y con una tabla cruzada para escribir? ¿Elegiría su enemigo la espada? ¿Esperaría Costa sentado el

disparo de la pistola?... El inválido se daba prisa para que la tardanza no la tomaran por efugio.

“Como la acción para contestar a los amigos del ofendido prescribe a las veinticuatro horas, creo, y ni en Graus ni en Barbastro hay quien pueda representarme (lo he intentado ahora y lo intenté hace trece o catorce años, sin resultado) hube de poner la vista en Huesca, y escribí a usted a fin de saber si estaba ya de vuelta, y detrás a Bello (D. Severiano) para lo mismo, si estaba disponible —sin decirle aún de lo que se trataba, pues cuando menos me hubiera ayudado a encontrar dos personas que me apadrinasen.

”Mi carta a él se cruzó con la interesante de usted a mí. En seguida me ha telefoneado-telegrafiado. Con uno y otro me he quedado tranquilo. Si ninguno de los dos hubiese estado ahí me habría ido, ¡en persona!, en busca de Montestruc, a Tardienta, o de otros a Huesca o Zaragoza...

”Mil y mil gracias a Bello y a usted por esta muestra que me dan de buena y acendrada amistad.

”Llegado que sea el caso, según fuere la urgencia, telegrafiaría a ustedes o les escribiría. Es claro, mientras tanto, que hay que recatarse del gobernador, y en su día despistarle; harto haría el posibilismo infame por ponerle en autos.”

Toda la carta es terrible. Alusiones a “la permanencia y frecuencia del tipo loyolesco en Navarra”, a la proporción o desproporción “del número de frailes con la población civil en las Vascongadas”; a la Universidad de Deusto y a los Altos Hornos, “producto de la excesiva protección oficial”; a los damasquinados de Zuloaga... “Frailes, Altos Hornos, Zuloaga, etc.: todo concurre a confirmar nuestra tesis de que somos incapaces de salir avante por esfuerzo propio; que sólo Europa nos sacará del pantano.”

Y no termina ahí, que al final todavía dice:

“Enviaré a usted un artículo que tiene *Ribagorzano* ya en Lérida, sobre tránsito del republicanismo a la Monarquía y daño que con ello han hecho a España los posibilistas y los mauristas y los progresistas apóstatas. Es una carta a uno que está apostatando por lo mismo de siempre, por ser ministro. Buena culpa también de Salmerón y otros, que no saltaron de su asiento en 1898, o mejor dicho, en 1896. Ni en una ni en otra banda tenemos un hombre.”

Al tiempo de escribir Costa a Luis Bello, *El Ribagorzano* publicó otro artículo contra los republicanos, contra los monárquicos y contra el propio rey. Mas su actitud era equívoca para el vulgo, y los radicales de Aragón y Cataluña le diputaban correligionario suyo, facilitando quizá el equívoco una visita que el Sr. Lerroux le hizo a Graus. La entrevista duró desde las

seis de la tarde hasta la una de la madrugada. No es difícil suponer de qué hablaron; lo es saber qué se dijeron, mientras no conozcamos todos los papeles de Costa, y va para largo. Entre los documentos que figuran en el inventario hay cuatro referentes a la misma personalidad, y el tercero lleva este título: *Venida de Lerroux a Graus*. Insinuante y cauteloso, Gambón quiso informarse al otro día de la visita.

—¡Larga fué la conferencia de anoche, don Joaquín!...

No estaba Costa para bromas. Tampoco era propenso a risas el ogro; pero abrió una boca así...

—Fué una carcajada sonora, homérica —me dice Gambón...

Luego una frase sola, escéptica, trágica, como *Requiescat* salmodiado sobre el cuerpo inerte de la República.

Por entonces había pronunciado Moret un discurso en la Exposición Hispanofrancesa de Zaragoza, y el oscense Santiago Gómez pregunta a Costa qué le ha parecido.

—Nada, porque aun admirando a Moret, su talento, su idealidad, su maravillosa circunvolución de Broca, no puedo tomar en serio lo que dice, y me ahorro el tiempo de leerlo... no leyéndolo; como no tomo en serio a esta tribu de isidros que llaman España, los cuales, oyéndole decir lo mismo desde hace veinte años y viéndole

no cumplir nunca nada de lo prometido (si tal vez no arrepintiéndose ya antes de llegar al Poder) le escuchan, sin embargo, lo jalean y forman conjunciones con él, sin que se les eche a perder el estómago...

¿Quiénes forman las conjunciones? Luego añade:

—Todo lo apañarán Lerroux, Calzada y Galdós. ¡Pobre España!

Y a Bescós le comunica: “Es gracioso lo que usted me escribe de *vulpes ad personam tragicam* del gran X y demás hombres representativos de la provincia y de la nación, emigrantes de la Historia; lo mismo eso del supuesto radicalismo barcelonés que del bloquismo moretista no me parecen siquiera convulsiones de agonía: son sencillamente agitación de gusanos sobre un cadáver.”

Otro de los legajos inventariados tiene esta indicación: “Empeñados en hacerme lerrouxista”, y en él ha de estar verosímilmente incluido el artículo *Sin adjetivos y sin equívocos*, que publicó *El Ribagorzano* en la primera quincena de junio del año 1909. Costa declara sin ambages que nada tiene que ver con los radicales, y como los oradores de mitin y café extendiesen el mismo epíteto a sus mejores amigos, aconseja a Bescós: “Tiene usted que hablar, y muy claro, sin necesidad de llegar todavía a mayores, que esto estará bien cuando segunden. No

admita usted elogios vendidos a tan alto precio y con tal cinismo. Ni usted ni yo tenemos derecho a dar aire, callando y dejando decir, a ese desenfreno y a esa vesania colectiva que nos afrentan y ponen en ridículo a España. ¡Qué base de plebe para una segunda edición de 1873! De la indiferencia o de la cobardía de los más se sustentan y engordan esos tumores y acrecientan su caudal de pus con que corrompen el sentido moral del pueblo infelicísimo y hacen la causa de los enemigos. ¡Ay! No merecemos república *ni monarquía*; merecemos nada más el knut de un Trepoff. Tres entidades republicanas de Zaragoza, diciéndose radicales, me eligieron presidente honorario, y no acepté.”

Tan a pecho toma el empeño de quitarse él y de quitar a sus amigos el sambenito, que aconsejando a Silvio Kossti los términos en que debe redactar su protesta, confiesa él mismo su actitud: “No tengo ni reconozco capillas: tengo toda una catedral para rendir culto a España; pero a nadie más. Ella tiene derecho y obligación de autoproclamarse jefe del propio partido y del gobierno de la nación constituida en República, redimida del baldón del régimen... (de la Monarquía).”

Pasados algunos días le retiraron los periódicos radicales que le enviaban de Barcelona y Zaragoza... “Sin pedirlos yo, claro está...”



XXIII

Desde su instalación en Graus el 28 de septiembre de 1904, Costa sale poco de la pequeña ciudad montañesa. Difere, y luego abandona, la conferencia que había de celebrar en el mesón del Grado con sus amigos de la provincia. Por segunda vez vuelve a Madrid, en mayo de 1908, para informar en el proyecto de ley sobre el terrorismo. El Senado lo había aprobado ya, y su suerte era incierta en el Congreso.

Dirigía la campaña de oposición D. Miguel Moya con su *trust* periodístico. Tan decaído de fuerzas está Costa, que es un sacrificio para él viajar, y más teniendo que recorrer largo trozo de camino en molesto vehículo; pero el proyecto le indigna y Moya le persuade de que su abstención o comparecencia decidirán el éxito o el fracaso.

Acompañado de Silvio Kossti y de Roselló, farmacéutico gradense, el caduco gigante llega a Madrid el 22, a las siete y media de la mañana. Llovizna. Ni lo desapacible de la temperatura ni

lo intempestivo de la hora para un madrileño detienen a la gente, que aun sería más numerosa si la Comisión organizadora de la protesta no hubiese recomendado la ausencia para evitar incidentes e impresionar al enfermo. Sin embargo, quizá sean más los policías y guardias civiles que los ciudadanos. Pocas veces enviaron tantos a una recepción ni se mostraron tan bellacos para promover conflictos.

La información parlamentaria celebrábase de noche y la presidía el Sr. Bergamín. A las tres de la tarde el público hizo acto de presencia en los alrededores del Congreso esperando la hora de entrar. La cola comenzaba en la calle de Floridablanca y daba la vuelta a la Cámara. Luego penetraron los que pudieron, y el resto —que fué casi todos— se quedó en la calle.

Y Costa no llegaba.

Dieron las ocho, las nueve...

—¿Se habrá agravado Costa?...

A las diez se detuvo un landó, y ayudado por Moya, Calzada y Morote descendió el que iba a informar.

—¡Viva Costa!...

Apenas podía moverse, y en una silla le transportaron al salón de conferencias. No fué largo su informe; sí contundente. Impresionó; hizo reír con alguna sátira; lloró recordando su invalidez, semejante a la del país... Aunque enfermo, su voz retumba en el salón.

“El litoral del Golfo de Guinea, con sus tribus neolíticas, con sus régulos vestidos de taparrabos, es una dependencia de España, pero con ese proyecto de represión España se convierte en una dependencia moral del Golfo de Guinea.”

No obstante, aunque aprobado por el Senado, no cree que prevalezca. ¿Por qué ha hecho entonces el viaje a Madrid? No por el huevo, sino por el fuero. Porque ofende su dignidad ciudadana, y eso basta; porque ofende también en su dignidad al pueblo, y cuando el Poder público, aun en el supuesto de ser legítimo, conculca lo que enfáticamente se llama legalidad, el ciudadano tiene derecho a imitarle.

“Maura dijo en 1899 que de no hacer pronto la revolución desde arriba el pueblo la haría indefectiblemente desde abajo. ¡Mal profeta fué Maura! Quizá por recobrar su crédito quiso medir el grado de mansedumbre popular aplicándole ese cohete, o si se quiere banderilla de fuego, para ver si estallaba y salía de estampía, recobrando un poco de vergüenza. Si así fuese habría que alabar el proyecto, pues la verdad es que el salón de sesiones se ha trasladado al salón de conferencias, y aun podría decirse que el Congreso todo, hecho un juego de pelota, andaba en dolores de parto y a punto de alumbrar una Convención. En el supuesto de realizarse la hipótesis nos hallaríamos en el caso de la *felix*

culpa de Adán por obrar el milagro de haber sacado al rostro del pueblo los colores de la vergüenza, y si los diputados votaran la ley, ellos lo harían con *v* y nosotros con *b*.”

Todavía recuerdan muchos aquel llanto y protesta final —llanto de rabia— por haberle rodeado de guardias el coche que le condujo de la estación al hotel. “Guardias montados que no era guardia de honor, sino una especie de anticipo de la Guardia civil ejecutando el proyecto de ley, como si quisiera llevarme por adelantado a presidio, ¡a mí, pobre inválido, que estoy paralítico como España!”

Pero aquel emotivo llorón también dijo, ceñudo, antes de marcharse a Graus:

—Me voy. Si ese proyecto del terrorismo llegara a discutirse en el Congreso, yo, aunque sea arrastrándome, vendré a Madrid para luchar contra él hasta lo último, hasta lo imposible...

No fué preciso que volviese. El proyecto quedó exánime en el salón de conferencias, y a la mañana siguiente decían los periódicos:

“Costa, de un escobazo, ha barrido y mandado al carro de la basura las piltrafas de la ley dahomeyana dictada al Sr. Maura por el Santo Oficio de Barcelona.”

Al salir del Congreso organizóse gran manifestación; pero la Policía intervino, disolviendo a la multitud, que se dividió en dos grupos. Uno siguió al coche por la Carrera de San Jerónimo

y Puerta del Sol para entrar en la calle de Alcalá. Los que esperábamos ante el hotel de París tuvimos que ceder terreno a la marea invasora.

Era tarde. La muchedumbre obstruía el acceso a la Puerta del Sol, y tuve que seguir Alcalá arriba para tomar por la calle de Peligros; mas al volver el rostro me detuvo la presencia de un vecino apoyado a la pared del ministerio de Hacienda...

Poco aventajado de estatura y con tendencia a la rotundidad; aire de artesano, y no lo parecía. El traje estaba muy usado y una gorra de visera le caía sobre los ojos. ¿Quién era? ¿Agente policíaco tal vez? Estaba abstraído en un punto distante, y el reflejo del próximo farol me permitió analizarle más despacio. Barba rubia tirando a roja, sano color... ¿Qué es eso?... Bajo la visera de la gorra tiemblan dos lágrimas, y en sus mejillas hay rastros de otras que se evaporaron. Jamás me topé antes con aquel hombre, que estaba como hipnotizado mirando a una ventana del hotel, y sólo de lejos le he visto después; mas fueron varias veces las que hablé con don Joaquín Costa para colegir parentesco entre mi vecino y él...

¿Será inoportuno explicar ahora la desavenencia de los dos hermanos? Se dice que el conubio de D. Tomás con mujer rica fué causa de que el hijo mayor de *El Cid* lo protestase. Invención que el tiempo ha extendido. Tomás vi-

vía con su hermano en la calle del Barquillo, y entre los asuntos profesionales tuvo éste el de gran complicación y mucho trabajo que le encomendó la viuda doña Carmen Gómez Alía. Era un nido de víboras por los pleitos que pudieran surgir. Costa aplastó el nido poniendo las cosas en orden, y a la hora del pago pareció tan exigua la cantidad a la cliente, que a sus anteriores razones de estima por el abogado sumó esta nueva obligación. En las visitas al despacho solía acompañarla su hija, y allí se conocieron y estimaron la rica heredera y Tomás. La viuda no se mostraba hostil a emparentar con su eminente amigo, y Costa tuvo tiempo de justipreciar las relevantes cualidades de la joven para que no le displicasen aquellos amores. Lejos, pues, de contrariarlos, más bien los protegió. Hasta quiso apadrinar a los novios, y de ahí la disensión. Convinieron que las bodas se celebrarían a su vuelta de un viaje; la ausencia se dilató más de lo previsto, y al retorno estaban ya maridados Luisa Sánchez y Tomás... El delito no fué grave: gravísima la herida que le infirió el desaire. La malquerencia no recayó en ella, sino toda íntegra en él. Costa quiso siempre a Luisa como a una hermana, y su hermano se quedó aparentemente en menos que hermanastro.

—Sin embargo, no le olvidaba —observa Balbina cuando un amigo de Costa hace ese relato—. Cierta día leyó un artículo de mi tío Tomás, y

guiñándome el ojo, dijo contento: “¡ Eh!... ¡ Tomasón también escribe!...”

Por ese enojo perdurable del hermano mayor, el menor tuvo que disfrazarse de menestral para ver de lejos al que venía de informar rodeado de policía y aclamado por la multitud.



XXIV

¡Con qué sonrisa ingenua y burlona refería la anécdota D. Alfredo Calderón!

Y conociéndole a él, ¡cómo hubiera gozado quien le oyese discutir con su amigo Costa de asuntos crematísticos!

El notario de Madrid había pensado establecer su residencia en Graus; pero conservaba dudas sobre sus posibilidades financieras, y hombre previsor, quiso consultar a su amigo en calidad de espíritu práctico antes de emprender el viaje. Toda su fortuna la tenía invertida en valores del Estado, y de la renta hizo una distribución tan minuciosa, que era poco susceptible de rectificaciones. Tanto para tinta, plumas, papel, sellos: era el capítulo más importante... Tanto para vestir y calzar: no mucho, porque rompía muy poco... Tanto para imprevistos, fácilmente previsibles: viajes, fondas, etc... El resto para vivir... Ahí estaba su duda, que fué a consultar con Calderón.

—Dígame usted: ¿le parece que podré pasarlo con seis reales diarios?

El otro genio de la economía doméstica puso la cara más triste que de costumbre, y cuando lo hubo pensado, dijo:

—Según... Le diré a usted...

El tono escéptico y reticente suscitó útiles observaciones en Costa.

—Piense que la vida no es cara en Graus y que yo viviré con mi hermana.

—Es una ventaja. Sin embargo, procure agregar algo a los seis reales.

—Puedo ejercer la abogacía, que no me faltarán consultas.

—¿Como cuántas?

—Por término medio calculo una diaria.

—¿Se las pagan bien?

—A cuatro reales.

El escritor semiciego acabó de comprender que su amigo era el más simple de los nacidos.

—¡Ah, pues con diez reales diarios ya podrá pasarlo muy bien!

Costa se puso a ejercer la abogacía en Graus; pero se olvidó de cobrar las consultas, y Martina tuvo que atenerse a la peseta y media que su hermano le daba por casa y comida.

¿Quién dijo a Castrovido que el león pasó hambre en sus postreros años? ¡Si Martina lo hubiese oído! ¡Si Costa alzase la cabeza! Los dos estaban bajo tierra cuando escribió eso en septiembre de 1929; pero vivía Balbina, y yo no sé qué tumulto de recuerdos y dolores se levantan

taría en su corazón al leer que el tío padeció hambre.

Nada sobraba a Martina, y quizá le faltase algo para llegar a lo necesario; mas aún hubiese crecido la deficiencia para ella y sus hijas con tal de que el enfermo no careciese de nada. Como Joaquín prefería el cocido, las mujeres lo cargaban con un pedazo de gallina para hacerlo más substancioso; a última hora lo retiraban, porque él hubiese protestado si llega a enterarse del escandaloso derroche.

El mal descanso por servir al tío a deshora; la edad, que reclamaba cuidados de la salud; deficiencias en la nutrición tal vez, tenían pálidas y ojerosas a Carmen y Balbina. Costa vigilaba aquellos estragos exteriores y hacía esfuerzos por inquirir la causa.

—¿No tenéis apetito? ¿Coméis poco? ¿Trabajáis mucho?... ¡Cuidado con la anemia!...

Por la noche, cuando los ruidos de la mesa le advertían que Martina y sus hijas estaban cenando, apoyábase a las paredes, descendía dolorosamente las escaleras sobre las puntas de los pies diminutos, y su enorme figura se mostraba de pronto para ver lo que comían. Si la inspección era satisfactoria, volvía a subir parsimonioso, y si no...

—¡Os tratáis muy mal!

—Ya sabes que yo apenas como —se disculpaba la hermana.

—Estas muchachas necesitan mejor alimentación.

—Es que hoy estamos inapetentes —decían las sobrinas.

Aunque trataran de ocultárselo, Costa dábase cuenta de la carga que era para su modesta familia, y pensaba en la compensación.

—Mucho estáis haciendo ahora por mí; pero me consuelo pensando que los honorarios de La Solana os asegurarán un holgado porvenir.

Hasta esa esperanza perdió al dejar Zaragoza en 1906.

Progresos de la enfermedad, fracaso del pleito, decepciones políticas, ensombrecieron más su carácter y de retraído se hizo anacoreta. Antaño no moría pobre en Graus sin que él asistiese al entierro: hasta de los funerales se abstuvo luego. El ingreso en su humilde cuarto de trabajo fué asequible a cuantos necesitaron de su consejo y luces profesionales: sólo dos o tres amigos tuvieron entrada después, y esos hacían lo posible para no importunarle. Vestido de cualquier manera a solas, pero muy pulcro en mostrándose a otros —y el trabajo de mudarse la ropa era penoso en su estado de invalidez—, primero señaló días de recepción, que fueron espaciándose hasta durar muchos meses.

Conocida es la anécdota de Darío Pérez, que fué a consultarse por su periódico sobre el fusilamiento de Francisco Ferrer. Darío revolvió

Roma con Santiago, que era poner en movimiento a las potestades familiares y amistosas para ver al recoleto; pero fiel a su promesa de no recibir a nadie hasta que lo anunciase *El Ribagorzano*, le dió cita en las afueras de Graus. El redactor de *El Liberal* le vió aparecer hacia las cinco de la tarde. Rompía la marcha un chiquillo cargado con rezumante botijo; detrás, Costa, gigantesco, arrastrando los pies y haciendo frecuentes altos, a pesar de apoyarse en Gambón y en un almacenista de la localidad. Seguía otro muchacho con la mecedora en que el enfermo trabajaba apoyando una tabla sobre sus brazos. La charla fué larga. Costa sólo la interrumpía para beber en el botijo. (Parecía un hidrópico —recuerda Balbina—; siempre estaba sediento, y consumía a cántaros el agua fresca.) El tiempo pasaba sin emitir juicio sobre el proceso de Ferrer. Llegó la noche y hubo que retornar al pueblo. Las estrellas parpadeaban en lo alto; todo era serenidad en torno. Costa sintió la dicha inefable de la naturaleza, e invitando antes a sus sobrinas, inició una copla: Carmen y Balbina la continuaron.

Al despedirse el cortejo a la puerta de la casa, Darío Pérez recordó el objeto de su viaje. De alegre se volvió súbitamente torvo y colérico el consultado.

—Le enviaré una quartilla.

Y en seguida:

—¡No fué Ferrer quien mereció ser fusilado, sino Maura! Ese hombre nos ha deshonrado ante el mundo.

Varios periódicos reprodujeron sus palabras. Ellos fueron denunciados. Costa, procesado.

Con los avances de la enfermedad las cóleras menudearon. Sus gritos se oían a gran distancia. Las mujeres que lavaban en el Esera dirigían los ojos hacia la ventana trasera de la casa que cae a la carretera de Barbastro por donde salían los rugidos de la fiera.

—No queríamos contradecirle ni desacatar sus órdenes —dice la sobrina—, porque en los accesos de violencia hubiese sido más que capaz de arrojarse por el balcón.

Martina y sus hijas eran las domadoras. Cuando le sentían enfurecido entraban en su cuarto empequeñecidas y suplicantes, y sus blandas palabras eran el óleo seguro que calmaba el furioso oleaje de aquellas pasiones.

Su cortesía no pudo vencer al malhumor en esos años postreros. Mientras iba al campo en busca de Darío Pérez, un veraneante se le acercó para llamarle gloria de España... El pobre hombre le dijo una gracia, y aun añadió, dándose a conocer:

—Soy gallego. Vivo en Barcelona. Sirvo veinte años al Estado.

—Dirá usted —observó Costa— que el Estado le sirve a usted desde hace veinte años.

Otra vez que alguien le miró insistentemente en Graus extrajo una moneda del bolsillo para ofrecérsela:

—¿Cuánto he de pagar por mirarme tanto?

Recordando estas anécdotas en Zaragoza, un oyente me dice:

—¿Sabe lo que pasó en una fonda de Barbastro?

—Habían dado a Costa una habitación contigua al comedor, y al salir él todos los comensales se pusieron de pie. Costa se detuvo en seco, y paseando alrededor la mirada iracunda, se puso a vocear: “¡Valiente ejemplo de dignidad están ofreciendo ustedes! Siéntense y coman. ¡Serviles, tales y cuales!...”

—Así fué; todos nos sentamos abochornados.

—¿Usted estaba presente?...

—Y me quedé con el deseo de arrojarle los platos. Era un señor de gran talento; pero, ¡francamente!, no hay derecho... ¡Tenía cosas muy raras!...

—La enfermedad...

—Sí, señor, estaba enfermo; pero, ¡francamente!, tenía unas cosas muy raras... ¡No hay derecho!...

En esos últimos tiempos acudieron a Graus numerosos periodistas nacionales y extranjeros buscando declaraciones; pero sólo Darío Pérez fué excepción en la acogida. Entre todos los viajeros ninguno tan obstinado como un francés a

quien no hubo personaje que pudiera resistirle; pero si Darío encontró valedores por ser de Aragón y enviarle *El Liberal*, amigos y familiares no osaron arrostrar por el extranjero los insultos de Costa, que muy bien pudieran ir acompañados de un tinterazo.

—Es inútil que insista —decíale Balbina—. Tengo orden terminante y no me atrevo a pasarle su tarjeta.

Alegaba el francés la calidad de su periódico; lo lejos de que venía; su fracaso de reportero si tornaba sin información.

—Pues no hablará a mi tío como no sea en día que él señale para todos.

—¿De qué manera lo sabré?

—Leyendo *El Ribagorzano*.

—¿Tiene fechas fijas para recibir?

—Cuando se le ocurre.

—¿Cree usted que esperaré mucho?

—Lo mismo pueden ser siete días —pues él lo anuncia con varios de antelación— que siete meses.

El periodista estaba desesperado, que iba a perder el viaje y a ganar su primer fracaso.

No pudiendo hablar a Costa, quiso verlo.

—¿Cuándo sale su tío?

—Nunca.

—Sin duda irá a alguna parte.

—A ninguna.

—Yo quiero verle.

—Imposible.

—Tengo que verle. Escóndame entre sus libros. Métame en alguna habitación.

Vencida por el extranjero, tozudo como el aragonés que más lo fuese, Balbina habló a su tío, pero tomando el lance a chanza, que en serio le hubiese irritado. ¡Franchute más molesto!... Y dale con que había de hablar a monsieur Costa... Por último, que se conformaría viéndole solamente, si querían introducirle en un cuarto...

Costa rió.

—Pues como no se suba al tejado de ahí enfrente, trabajo le doy si ha de verme.

Era una manera de que le viese.

El tejado frontero dominaba la habitación de Costa; pero él permanecía oculto mientras estaba trabajando, que era casi todo el día y toda la noche. Sólo cuando daba un paseo por el cuarto para desentumecerse o contemplar desde la ventana posterior el monte y el río, que eran su gloria y su única distracción, podía mostrarse...

El periodista subió al tejado, y estuvo esperando una hora, dos horas, hasta salirse con la suya... Vió un oso tremendo y velludo. Llevaba la camisa abierta, remangados los brazos, colgantes los pantalones y los pies desnudos metidos en alpargatas de niño.

XXV

Bien provisto de notas que resumían copiosísimas lecturas, a los pocos meses de su instalación definitiva en Graus, empezó a escribir el *Soter* (Ultimo día del paganismo... y primero de lo mismo) (1), que dejó a medio componer. Muerto él, su familia propuso a Silvio Kossti que terminase la novela, sirviéndole los montones de cuartillas anotadas; pero Manuel Bescós no supo qué hacer de tantos materiales, que sólo hubiese podido mover y clasificar su esforzado colector.

No le fueron de más provecho otros apuntes que en vida le regaló su amigo. ¡Singular coincidencia, que sólo explica la identidad de ideas y preocupaciones en los dos escritores altoaragoneses! Silvio Kossti rogó a su maestro que leyese y le diera opinión del plan de una novela

(1) Título sugerido por la frase de los ciudadanos del Cuzco al obtener su independencia: *Ultimo día del despotismo... y primero de lo mismo*, que Costa repitió varias veces en sus escritos.

que deseaba escribir: *El último tirano*... Asimismo se titulaba otra novela que Costa tenía en proyecto. Kossti envió a Graus sus papeles, y Costa se los devolvió después de leerlos... También en el asunto habían coincidido. Comprendiendo el enfermo que la vida se le iría antes de trabajar en la nueva obra, ofreció sus notas a Bescós. "Recibí sus papeles de *El último tirano* —le escribe seis meses antes de morir—. No obstante mi incompetencia, hago por enterarme. Sólo que las cuartillas que tengo encarpetadas para *El último tirano* mío pesan más de una arroba."

Con arrobas de notas trabajaba el ciclópeo Costa.

"Una arroba", dice él. "Una carga" es la expresión de Rafael Bescós que la conserva. Ni su padre ni nadie sería capaz de edificar con tanto bloque informe y tanto polvo de pensamiento.

Con ser tan abundante la provisión que se llevó a Graus para componer *El último día del paganismo*, en 1905 fué a Madrid por nuevo acopio, y en 1908 repitió el viaje con el mismo objeto. Había hecho ensayos del género en sus primeros tiempo; pero dijo, con razón, a Luis Bello, refiriéndose a la novela que llevaba entre manos: "El estofado que estoy guisando es contrario a mis tradiciones." ¿Por qué cambió de arte culinario? Un día me informó:

—Se me ha ocurrido adoptar un género que

Evans 29 de Junio 910

Querido Percós: Me han llegado tarde á telégrafos. Recibi mis papeles de "El último tirano". No obstante mi incompetencia, hago por enterarme. Solo que las cuartillas que tengo encapetadas para el último tirano ^{mis} ~~pasan~~ ^{pasan} mas de una arroba y me costará orientarme ^{algunos} ~~algunos~~ ^{días} ~~días~~ con la masa de papeles y carpetas algunos días. ^{sobre} ~~Estoy en~~ ^{Estoy} ~~ellos~~ ^{ellos} y procurare deparar pronto, así como la semana que viene. No prejuzgo nada: ya dire. Estoy buscando biografía y no encuentro la que tengo. ^{Hasta otro día. Con un fuerte abrazo siempre} ~~afirm~~ ^{afirm} ~~entusi~~ ^{entusi} J. Costa

No sé si me entenderá V.; escribo sobre una tabla, desde un mecedero...

República de Dios y gobiernos de los pueblos.

tiene en su ventaja la gracia y amenidad, por ver si puedo difundir algo más entre los lectores la enseñanza que deseo comunicarles. ¡Se lee tan poco en España! ¡Creerá usted que ninguno de los libros editados por mi cuenta ha cubierto gastos? ¡Figúrese cuánta habrá sido mi sorpresa al abonarme esta mañana Suárez cincuenta duros por obras que hace años le dejé en comisión, y de las cuales no esperaba nada!

Es muy inseguro que *El último día del paganismo* se hubiera vendido más. Dejó escritas quinientas sesenta páginas y le faltaba otro tanto. La novela debía representar tres o cuatro volúmenes de los corrientes en su género, y eso es demasiado para españoles. El autor empleó cuatro años en componer la mitad, y los buenos gradenses se maravillaban de que D. Joaquín gastase tanto tiempo en hacer cosa tan sencilla como emborronar papel. El que lo emborronó a toneladas era de otra opinión. "Se escribe —decía— demasiado a prisa, a diferencia, verbigracia, de Flaubert, France, etc.: cinco años tomo o novela no muy extensa."

Aludiendo a la suya, confunde o le confundieron las editoriales parisinas. "Ollendorff (antes Garnier) quiere dar un libro mío." Juan Jerique (sin duda José), socio o director (!) de la casa le había propuesto traducir al francés la que estaba escribiendo. Costa aprobaría la persona-

lidad del traductor y Ollendorff —antes Garnier— “pondría oficina tipográfica en Madrid...”

¡Cándido Costa, y cómo se le reía aquel saco de malicias que fué Calderón! ¡Soberbio Jerique, intrépido traductor de Garnier y émulo de Lapuya en traducir y fantasear! Los dos llegaron tarde, que de nacer algo antes ellos dieran vale y raya a Tartarín persiguiendo leones y matando gorras. El gran Lapuya creó un día la República del Cunaní para ser plenipotenciario y ministro sin sueldo, y gracias a su republicanismismo consecuente no le dió por coronarse rey o preste de alguna ínsula hiperbórea. Jerique se hizo socio o director de Ollendorff —¡antes Garnier!—, que ya entonces le lucía el pelo como para instalar oficinas tipográficas en el extranjero.

Costa pensaba ir en busca de nuevos datos históricos para rematar su novela a Madrid, Lérida, Corbins y Tarragona. No pasó de Madrid. Su última llegada a la corte fué el 30 de octubre de 1908, hospedándose en modesta pensión de la calle de los Madrazo, número 32. El piso era obscuro, pocas sus condiciones higiénicas. Pasaba el día en la biblioteca del Ateneo, teniendo delante una barricada de libros, al lado un vaso de líquido obscuro. Leía y anotaba sin levantar cabeza ni darse cuenta del tiempo. Cuando le decían que se iba a cerrar la casa alzabase congestionado, tumefactos los párpados,

y con paso vacilante volvía a la pensión para continuar la abrumadora tarea. ¿Hasta qué hora?...

Un día le anunciaron la visita de D. Segismundo Moret.

Sonó su vozarrón:

—Dígale usted que no estoy.

El ex presidente del Consejo de Ministros bajó la escalera sin esperar que le informasen de la ausencia de Costa.

Nunca fué ordenado en su vivir, y todo el método lo guardó para el trabajar; sólo que ahora representó mayor quebranto en su salud el olvido del régimen a que le sometieron durante cinco años Martina y sus hijas. Como en períodos anteriores —aunque con menos fuerzas actuales— no tenía hora exacta ni aproximada de comer ni dormir. Echábase —con frecuencia vestido— si le rendía la fatiga más que el sueño y descansaba a ratos, que pocas veces excedían de media hora. Cuando sentía el estímulo del hambre tomaba frío lo que le dejaron de noche o se daba por satisfecho con una poca de fruta. La vigilia era para él trabajo continuo, ininterrumpido estudio pluma en mano para sujetar lo que pudiera substraerse al amplio almacén de su memoria. Agotado físicamente cuando llegó a Madrid, el desorden fué causa de agravación. El 20 de enero de 1909 llamó a su amigo Gambón para que le sirviese de secretario. No pu-

diendo resistir más, el 31 regresaron juntos a Graus.

Varios meses tuvo el proyecto de ir a Barbastro, y tantas veces como anunció su viaje dió contraaviso para que los amigos de otros pueblos no fueran a reunírsele. En el verano de 1910 bajó algunos días a Selgua buscando aire seco, soledad y silencio, y de paso se quedó otros dos en la ciudad del Vero y de los Argensolas. Su mal hizo mayores progresos, y hubo de volverse a Graus para no salir ya con vida.

¿Qué recuerdos tristes, tiernos, melancólicos se despertaron en su soledad de Selgua? No posó en el pueblo, sino en la fonda de la estación. Allí mismo estuvo tres días la vez anterior... ¿Fué a buscar descanso el que no lo conoció? ¿A mejorar como ahora la salud?... Al poco rato de su llegada se detuvo el correo de Barcelona, y una joven bella, esbelta, rubia, descendió del tren. Pasado el tercer día, la joven rubia tomó el correo de vuelta para Barcelona, llevando de presente varias joyas, valoradas en siete mil quinientas pesetas, y lo que ella estimaba mucho más: un reconocimiento paterno.

La joven rubia —vago trasunto femenino de Costa —iba a casarse con un ingeniero.

•

XXVI

El día 17 de enero de 1911 sufre Costa un ataque hemipléjico que alarma a la familia: el lado derecho se le ha quedado muerto; pero el cerebro vive y su luz brilla sin intermitencia. ¿Segundará la descarga? ¿Llegarán complicaciones?... Hay que llamar a los doctores... El descreído enfermo se opone.

—Para morirme yo no necesito médicos.

Transmitida de Huesca, el 19 se recibe en Madrid la primera noticia de la gravedad, y durante tres semanas circula por la histérica España una ola sentimental o tal vez sensiblera. Apenas recibido el despacho, la Prensa se enternece y sus mejores informadores salen disparados hacia el lejano Graus. Un cotidiano expide a cuatro nada más. Se inventan historias para emocionar al lector. ¡Pobre Costa! “Sus ingresos se reducen a unos treinta duros mensuales que le pagan los periódicos en que colabora y a las cantidades que de tarde en tarde le abonan por sus libros...” Los libros le daban poco: los que él editó ni siquiera cubrían gastos, y si no

es por los periódicos, Costa hubiera muerto de indigencia. Pero admírese la liberalidad de la Prensa, que no llegó a darle treinta duros mensuales por sus colaboraciones.

Allá por el setenta y tantos, en que cobraba sus escritos, la *Revista de la Universidad* le quedó a deber cincuenta duros. Después de la catástrofe colonial, la Prensa fué más larga en pedirle que en pagarle. El Consejo administrativo de un diario acordó espontáneamente ofrecerle 4.500 pesetas por los trabajos publicados; pero el dinero se agazapó en la caja o fué tan larga la distancia que hubo de recorrer para meterse en el bolsillo de Costa, que algún cazador furtivo le dió un tiro en el camino. De otro órgano zaragozano, jactancioso de predilecciones costistas y que en su protección a todo lo regional no había de escatimársela a Costa, escribía éste el 24 de junio de 1909:

“Me ha hecho gracia eso de (el periódico en cuestión). Rifé con él, después de haberme hecho víctima, una y otra vez, de sus terrores, de su servilismo, de su desaprensión y de su codicia, que huyendo al riesgo remotísimo de no ganar la subvención oficial, o, lo que es igual, de perderla, llegaba hasta alterar los originales, adaptándolos a sus eternos miedos, a lo que juzgaba conveniencia suya. No queda ya un ánimo valiente ni un músculo atirantado: todo el año es canícula. Regenere usted eso: ¿seríamos ani-

males en 1898-99 los que pretendimos aquel sueño de que resucitase un pueblo sin pecho?"

Pero no estaba muerto. Al saber que el pobrecito Costa era pobre y estaba muriéndose, el pueblo sacó el pecho afuera y habló de esta manera: el Rey, ordenando a su secretario que se informase de D. Tomás Costa cómo estaba su señor hermano; los republicanos de Almería, ofreciéndole una casa de campo para que se curase; la Junta de Iniciativas de Málaga, poniendo a su disposición la Caseta del Limonar; el Ayuntamiento de Zaragoza, enviándole un mensaje cargado de votos por su restablecimiento, y una Comisión para que le testificase de viva voz lo mucho que la ciudad le quería; los ateneístas de Madrid, inventando la tortilla de una "lista civil". ¡Qué maravilla! *España Nueva* ofrece aquella misma noche el hallazgo, que entusiasma a los lectores. Al periódico y al presidente de la Asociación de la Prensa llegan cartas y telegramas asociándose a la tortilla sentimental. "¡Costa se muere!... Triste realidad..." Así empezaba el artículo. Si a todos había dado en el corazón que Costa iba a morir de aquel golpe, ¿qué falta le hacía "la lista civil"? La iniciativa tiene tan prolongada resonancia, que innumerables periódicos la aceptan y van a abrir listas de suscripción: no sea que al enfermo se le ocurra cerrar los ojos antes. "Media España está dispuesta a contribuir con su óbolo."

Hasta parece que un anónimo ha ofrecido 50.000 pesetas. Costa oye el ruido y rechaza el homenaje. Podría aceptar algunas monedas de los pobres: "De los ricos no quiero nada."

Con tanto dolor es natural que se pierda hasta la memoria. Mariano de Cavia publica en *El Imparcial* un artículo vengativo contra los republicanos de toda talla y color "por el imperdonable olvido, no sé si inconsciente o desdeñoso, en que tienen al más esclarecido y más puro de sus prohombres". Cavia, que ocupado en sus ideícas no tenía más ideas que las de los periódicos donde estaba, olvidó quién fué el autor de un suelto aparecido en la primera página, segunda columna, de ese mismo *Imparcial* al fracasar la huelga de contribuyentes y revolverse el poderoso diario contra la Unión. Si en las noches serenas dialogan los espíritus de los escritores cuyos cuerpos descansan vecinos en el cementerio de Torrero, es probable que, informado en ultratumba de lo que pasó en la tierra, el de Costa se lamente: "Nunca esperé tan mala acción de ti, ¡oh, Cavia!; tu suelto anónimo fué aleve puñalada que tres días me postró en el lecho."

Como el enfermo no quiere ver médicos, aunque sean especialistas recomendados o que se recomiendan de Madrid y provincias, es necesario apelar al piadoso engaño. El doctor Gómez, amigo de Costa, como lo fué su padre, sube de

Barbastro el día 20. ¿Enfermo? Eso no será nada. ¡Vamos a ver!... El joven doctor le reconoce y se muestra pesimista; pero nada puede asegurar mientras no haga crisis la enfermedad. Sobreviene una favorable reacción, y el paciente habla dos horas enteras con amigos y periodistas de la obra que está escribiendo. Uno de éstos le dijo en el momento de llegar lo mucho que le admiraba, y el admirado le recuerda:

—Pero usted quiso pincharme en una ocasión.

El periodista se turba. Luego responde con dignidad:

—Don Joaquín, yo defendía a mi padre.

El enfermo comprende; asiente con la cabeza y queda desarmado. No había como hablarle con dignidad para desarmar a Costa. Estimaba tanto a los hombres enteros como a los desconocidos que se esforzaban por salir a luz, y despreciaba a los aduladores casi tanto como a los inicuaente encumbrados. Para los primeros tenía fácil el aplauso y era pródigo en la admiración —a Cristóbal de Castro le dió un beso por un artículo—; para los otros guardaba desdeños, rabias e insultos. El padre del periodista fué notario, y con su propugnada reforma de Registros y Notarías Costa se atrajo la enemistad de sus compañeros. Hubo vivaces polémicas, se enzarzaron las palabras y el periodista sacó la cara por quien le tocaba de cerca. ¿Fué ese el proyecto de lance para el que no encontró pa-

drinos en Graus, como dijo a Bescós cuando los buscaba para batirse con el ex ministro monárquico?

Al doctor Gómez siguieron otros dos una semana después: el catedrático de Zaragoza Royo Villanova y Gayarre, enviado de Madrid por D. Miguel Moya. El diagnóstico de los tres doctores decía que la enfermedad de Costa era "una amitrofia miopática progresiva, con estado arterioesclerósico, el cual dió origen en los últimos días a una pradicardia o lentitud de pulso, que descendió a 46 pulsaciones por minuto; albuminuria, y ligero edema pulmonar, más intenso en el lado derecho".

Por ser literario parecerá algo más inteligible lo que escribió el doctor Royo Villanova impugnando una crónica de *La Epoca*:

"Pues bien —decía el médico poeta—: ni Costa está *agotado*, ni es un *loco*, ni tiene *degeneraciones de ideas morbosas*, ni *manía*, ni *obsesiones*, ni *desequilibrios* en el cerebro, ni *enfermedad* en la *inteligencia*.

"La enfermedad de Costa es de los pies, y no de la cabeza; del movimiento, y no de la ideación; de la carne, y no del espíritu; de los músculos, y no de los nervios; de aquello que puede considerarse como de más baja categoría orgánica y fácilmente puede ser sustituible en la tierra, no de aquello otro que es lo más noble

y elevado de la organización y que solamente por el cielo puede ser substituído.

"No ya la corteza gris de ese cerebro, que hasta los enemigos de sus ideas llaman privilegiado, sino el cerebro todo, el encéfalo en masa, la medula entera, los nervios todos, desde las más finas raicillas de lo sensitivo hasta las más endebles y delicadas ramínísculas de lo motor están en la mayor sanidad y equilibrio; lo enfermo en Costa, lo único degenerado, lo falto de tono y de vida son los músculos, las carnes, lo que se tiene igual siendo hombre que siendo otro animal cualquiera, lo que se substituye con unas correas o con unos resortes.

"Cuarenta años lleva de esa enfermedad y podrá llevar otros cuarenta, sin que la más insignificante de sus neuronas se resienta lo más mínimo.

"Quizá a esa enfermedad de sus músculos se deba el desarrollo extraordinario de su sistema nervioso. Tal vez la debilidad de sus piernas y de sus brazos explique el vigor estupendo de sus lóbulos prefrontales.

"Lo cierto es que desde que está enfermo de sus carnes está dando frutos ópimos de su entendimiento.

"Cuarenta años de martirios, cuarenta años de gloria.

"La enfermedad de Costa se llama *miopatía primitiva progresiva*, que empezó hace ocho lus-

tros bajo el tipo de *pseudo-hipertrófico*, y hoy se vislumbra con el de Landouzy y Dejerine.

"A los técnicos bástales el enunciado de la enfermedad para que se lo expliquen todo. Para los profanos digo que se trata de una afección que no tiene nada que ver con el sistema nervioso y mucho menos con el cerebro."

Marcháronse los doctores Royo y Gayarre, y de Barcelona llegó el 3 de febrero el catedrático Martínez Vargas, pariente de Costa, que con purgantes enérgicos le hizo reaccionar. El 4 se presentó Zaldívar, procedente de Madrid. De la consulta que celebraron ambos forasteros con su colega Gómez salió una nota para la Prensa, diciendo que la vida de Costa corría gran peligro; pues, independientemente de su estado neuromuscular, padecía una nefritis subaguda, que llegó a su período álgido con el descenso de la temperatura ambiente y la falta de régimen. En la orina existía albuminuria y glucosaturia.

Costa soportó purgantes e inyecciones de cafeína y esparteína; pero no los otros medicamentos: infusiones de digital, quina, nuez de cola... Si con el tratamiento prescrito y baños de vapor no se normalizaban pulso y corazón, Costa sólo tendría vida para cuatro o seis días, dijo el doctor Zaldívar, y no se equivocó.

Tomás Costa y su esposa llegaron a Graus. Ella fué otra solícita enfermera. Tomás no pudo

entrar en el cuarto mientras el hermano tuvo conocimiento.

Aseguran los que se hacen pasar por bien enterados que un día empujó la puerta para asomarse... El enfermo le vió, y, cogiendo el crucifijo que Mosén Lucas había puesto en la mesa de noche, se lo arrojó a la cabeza.

La anécdota no era verdad, aunque sí bien hallada para caracterizar a Costa. Don Marcelino Gambón, que ignora la referencia, me dice risueño:

—Don Joaquín no estaba entonces para ver a distancia ni tenía fuerza para lanzar crucifijos. Sin que nadie se lo dijese, adivinó la llegada del hermano por la resonancia de sus pasos. “Ahí está ese...”, dijo. Quería tanto a su cuñada, y ella ejercía tanto influjo en su ánimo, que Luisa hubiera conseguido la reconciliación si la muerte se retrasa dos o tres días.

Entre los dolores de familiares y amigos, ninguno tan patético como el de Mosén Lucas Martínez. Al ver que su sobrino se extinguía sin pedir confesión, el anciano sacerdote quiso conquistar su alma para el cielo; mas, algo corto de razones y no muy sobrado de palabras, se ayudó con los gritos:

—¡Joaquín, piensa en que Dios está en lo alto y todo lo ve!

—Si todo lo ve, tío, ¿cómo no se compadece y remedia a tanto niño abandonado en el mundo?

El mal progresó. Comprendiendo Mosén Lucas que se aproximaba el fin del enfermo, le dijo con desesperación:

—¡Mira que hay un Cielo y un Infierno!... ¡Te ha llegado el momento de escoger la compañía de los ángeles o de los demonios!...

Iba a seguir. Fué tan violento el tirón de Balbina que rompió la sotana, y el celoso anciano estuvo a punto de caer al suelo. Costa se volvió malhumorado hacia la pared:

—¡Ay, ahora sí que me muero!

Más circunspecto que el tío fué Mosén Manuel La Plana, párroco de Graus. El obispo de Barbastro le recomendó que ofreciese sus respetos al enfermo y le telefonease cotidianamente el curso de la enfermedad. Con mayor instancia le dió el encargo de evitar que la muerte de Costa, fuera de la comunión católica, se convirtiese en piedra de escándalo. Mosén La Plana llegaba cada día al cuarto del paciente para transmitirle los votos de Su Ilustrísima por un pronto restablecimiento, a los que correspondía el enfermo con frases de gratitud y devolución de saludos. El carácter de Costa, tan bien conocido; las amonestaciones de la familia, temerosa de un violento estallido si el sacerdote le hablaba de cuestiones religiosas, y el poco éxito de Mosén Lucas, cohibieron al párroco, que todas las mañanas iba con las salutations episcopales y siempre se retiraba con la decepción de que el

visitado no le solicitase los auxilios espirituales. En fin, segura Balbina de que su tío no pediría confesión, que sería inútil proponérsela y alarmante las repetidas visitas de Mosén La Plana, le instó a que las suspendiese o redujese, con promesa de su parte —que para ella era caso de conciencia— de llamarle en cualquier hora del día o de la noche, si el estado de gravedad aconsejaba la administración de los últimos Sacramentos.

El 7 de febrero se agravó Costa. El desasosiego que había sentido aquella tarde, fué en aumento por la noche. A las diez le introdujeron en un baño templado, y al salir murmuró: —Ya sudo.

Fueron sus últimas palabras.

Las inyecciones apenas surtieron efecto en su organismo. A media noche empezó a demacrarse el rostro; los labios se le volvieron cárdenos. Sobrevinieron los colapsos. Eran las tres de la madrugada cuando el doctor Gómez se quedó sin últimas esperanzas y la hizo perder a todos. Costa no hablaba; no oía, se había quedado sin conocimiento. Balbina avisó a mosén La Plana para que cumplierse los deberes de su ministerio, y el cura de Graus le administró la Extremaunción a las tres y media.

A las cuatro, último colapso.

Quince minutos después, Joaquín Costa Martínez ya no existía.



XXVII

El 8 de febrero de 1911 es día de luto. Telégrafos y teléfonos difunden por España que Costa murió aquella madrugada. Llegan innumerables despachos de pésame a Graus, y uno de los primeros es el del rey. Los gradenses acuden a la calle del Porvenir (carretera de Barbastro), en espera de que les permitan ver el cadáver. Muchos vecinos cierran sus puertas. Un espeso sudario de nieve envuelve las montañas circundantes.

El 9 embalsaman el cadáver. ¿Lo hubiese consentido Costa de presentirlo en vida? Pero es que van a llevárselo lejos. D. Miguel Moya y el Gobierno han deliberado que se le entierre en Madrid. La familia prefiere dejarlo en el pueblo que tanto amó el muerto; pero accede a su entrega si el homenaje ha de ser nacional.

Nacional será, y el Estado ha de sufragarlo. Costa reposará provisionalmente en el Panteón del Patronato de la Real Casa, junto al poeta Núñez de Arce y al pintor Rosales, hasta que se construya el de Hombres Ilustres. Se piensa

ya en abrir una subscripción pública, encabezada por el rey, para erigirle un monumento. Un monumento tan alto como la estatua de Castelar.

Y comienza la sensiblería a desvariar.

Y se prepara el fracaso, como si entre sus admiradores estuviesen escondidos sus mayores enemigos.

Mariano de Cavia protesta que se le erija un monumento como a otro mortal cualquiera, porque Costa es más grande que todos, y olvidándose de sus modestas ideícas, el entusiasmo le sugiere una idea desmesurada y genial. Dos veces reclama que se taje el Moncayo para que la gigantesca montaña aragonesa reproduzca la figura varonil del muerto. Un artista inspirado ejecuta la obra... en el papel, y un periódico zaragozano la reproduce en su primera página el 14 de febrero. ¡Ya está! La esfinge de Gizeh sólo es un humilde peñasco al lado de aquel enorme Costa de 2.315 metros.

Los restos de Costa irán a Madrid, y el Gobierno ordena que esté presto un furgón para unirlo al tren cuando los recoja. Divúlgase la noticia del transporte, y el dueño del periódico que protegió al escritor, como se ha visto por la carta de éste, el que patrocina la tajadura del Moncayo, se presenta en Graus y amenaza con un alzamiento de Zaragoza y un Ebro de sangre si el cadáver no se queda en la ciudad. Dice, y se marcha.

Mucho antes de amanecer el día 10, la carretera de Barbastro está repleta de admiradores que desean ver al muerto. El termómetro marca 6° bajo cero; pero nadie se mueve. Van llegando comisiones de Madrid, de Huesca, de Zaragoza, de los pueblos, y los incontables admiradores que anunciaron su arribo en los dos días anteriores. Al amanecer se abre la casa y el pobre féretro de Costa —tablas de pino y tela negra— queda expuesto a la puerta para que los millares de personas que esperan puedan ver al muerto por una mirilla.

A las siete y media llega el clero parroquial, y en una arcaica galera —toda cubierta de luctuoso percal; la misma o hermana de la que condujo otras veces a Costa vivo— depositan los restos. La comitiva se pone en marcha. Van delante y abren hueco entre la multitud los que montan bicicletas; sigue el clero y los amigos preferidos; la fúnebre galera, que en un mal paso estuvo a punto de volcar; la familia a continuación; siete coches cargados de coronas; luego, el alcalde de Graus, un concejal, cuatro vecinos representando a la pequeña ciudad; en fin, todos los gradenses válidos, centenares de coches, privados o de alquiler. El cortejo avanza con suma parsimonia, y en el camino se incorporan numerosos rezagados, que acuden de otros lugares atravesando campos. Los pueblos por donde pasan se despueblan para descender a la

carretera; los labriegos suspenden sus faenas, y, arrodillados en tierra, oran y lloran por su defensor.

La comitiva no da vistas a Barbastro hasta las dos de la tarde. Compacta multitud cubre un kilómetro, y a la puerta de la ciudad aguarda el Ayuntamiento. Allí mismo sacan la caja de la improvisada carroza y la transportan en hombros a la estación para que el tren se la lleve a Madrid.

—¿Podrá llegar?

Es la pregunta que todos se hacen. El periódico de Zaragoza ha soliviantado hábilmente al pueblo y dicen que el cadáver no pasará de allí. El Gobierno se apresta a defenderlo. Tomás Costa se indigna:

—¡Jamás lo consentiré! Antes me harán pedazos. Mi hermano es para Graus o para Madrid.

Pero Zaragoza está concitada. Varias horas antes de llegar el tren, el pueblo sitia la estación del Norte e invade los andenes. Son muchos los resueltos a luchar contra la fuerza pública. Los hay que en su rabia se arrojarán a la vía para que les aplaste el convoy antes de que se lleve a Costa. Y el Gobierno transmite severas órdenes. El telégrafo lleva súplicas a Madrid para que se autorice la inhumación en la capital aragonesa. El gobernador reitera las respetuosas demandas presintiendo una noche

trágica. Pero los altos Poderes centrales siguen resistiendo.

Las fuerzas reciben orden de reprimir tumultos.

El gobernador sale de su despacho para ir a la estación. El coche le espera a la puerta. De pronto se detiene; se encamina a sus habitaciones particulares... Quiere despedirse de su esposa por si no retorna con vida... Al reaparecer en lo alto de la escalera le entregan un despacho oficial... ¡Está salvado!... El Gobierno accede a que Costa se quede en Zaragoza, si la familia no se opone. Tal vez la demora en pasar a las habitaciones particulares fué su salvación o la de otros, porque tuvo tiempo de recibir el papel.

El gobernador sube al coche y se dirige a la estación. Asomado a la ventanilla muestra el telegrama al público hostil.

—Costa se quedará en Zaragoza —va diciendo.

¿Verdad o falsía para substraer los preciosos restos? En el andén da lectura al texto, y lo que iba a ser muertas se convierte en vivas, y en aplausos las protestas.

El tren llega a las ocho de la noche. Cuarenta guardias civiles lo custodian. Esperan todas las autoridades, menos el cardenal arzobispo Soldevila. Andenes y alrededores negrean de gente. Desde lo alto del furgón, el hermano del

muerto da gracias por el recibimiento al buen pueblo zaragozano. Cuando luego se entera de que el Gobierno cede el cadáver a la ciudad, protesta y dice:

—¡A Graus o a Madrid!

El gobernador le suplica, y él transige.

Es imponente la manifestación que se organiza para conducir los restos de Costa al Ayuntamiento. Casi toda la ciudad está presente en la estación, en el Puente de Piedra, por donde no se puede dar un paso, en las calles del tránsito. Rompen marcha guardias montados, y los bomberos, formando filas, disipan las frías tinieblas con hachas encendidas; viene el féretro, sirviéndole de escolta maceros y guardias municipales de a pie; presiden autoridades civiles y militares, Tomás Costa. Más de una hora tarda el cortejo en llegar al Ayuntamiento. El cadáver queda expuesto en el Salón de honor.

Entre diez de la noche y una de la madrugada desfila el pueblo ante el muerto. Desde las nueve del día 11 hasta la una de la madrugada siguiente continúa el desfile. Llueve. Hace frío. Damas bien ataviadas y modestas obreras aguantan el agua a pie firme, formando cola interminable. Se calcula que más de 30.000 personas han dado su adiós a Costa.

La emoción de hora tan solemne acaba de preparar el terreno afectivo para que arraigue la idea de Cavia. Hay que hacer algo estupendo,

qué admire el orbe y dé envidia a los Faraones en su lecho de las Pirámides. Acuérdate entre amigos tajar el Moncayo, y convocado por el gobernador, el Ayuntamiento celebrará sesión extraordinaria al otro día para resolver oficialmente.

¿Mueren los semidioses? ¿Es entierro o apotheosis lo que se celebra el día 12 a las cuatro de la tarde? Para presidir el acto han llegado el ministro de Fomento, D. Rafael Gasset, en representación del Gobierno; el Sr. Aura Boronat, en la del Congreso, que Costa no quiso honrar con su presencia; Comisiones innumerables de Academias —Costa pertenecía a la de Ciencias Morales y Políticas desde 1892—, Centros, Sociedades; admiradores procedentes de todos los ámbitos nacionales.

Han sacado a los infantes asilados de sus asilos para que vayan a la cabeza.

Siguen funcionarios del Municipio.

Dependientes y empleados de comercio.

Asociaciones, Centros, Casinos.

Los niños de todas las escuelas.

Bandas militares baten marchas fúnebres.

Viene luego el féretro de tablas y tela negra —vanidad de vanidades, parece decir a lo que le rodea—, conducido en hombros de uniformados bomberos.

Luego el ministro, el vicepresidente de la Cámara, el Costa superviviente, el capitán gene-

ral, el gobernador, el presidente de la Audiencia, el alcalde de Graus, el alcalde de la ciudad... ¿Quién podría decir cuántos iban?... La ciudad entera, y además los millares de representaciones que llegaron de toda España.

El organismo urbano llamado Zaragoza adolece durante algunas horas de congestión. Su torrente circulatorio afluye íntegro a los sitios por donde ha de pasar el féretro, y todo lo demás es frío, vacuidad, silencio. Las puertas se han cerrado. Hay barrios en que no se encuentra un alma mientras dura el entierro. Esas vías de expresivo nombre: Alfonso VI, Coso, Plaza de la Constitución, Paseo de la Independencia, de Sagasta, Torrero, no pueden contener la vida que a ellas se asoma para presenciar el paso de la muerte. Los que llenan balcones y aceras son casi todos mujeres y niños, que la parte viril forma en el séquito ¡Jamás se vió en Zaragoza semejante concurso! ¡Nunca tanto vehículo haciendo fila! Hay quien asegura que ni uno sólo quedó ese día en garaje o cochera.

Son las seis y cuarto cuando la carroza se detiene a la puerta del cementerio. Los sepultureros, por especial licencia, conducen en hombros el féretro, y a la luz temblorosa de las hachas, Costa baja al seno obscuro de la tierra.

D · E · S · P · U · É · S

Es humano el olvido,
y humano es el olvido de los muertos.

STECCHETTI.

Placeres y dolores vehementes acabarían con nosotros si fuesen duraderos, y la muerte de Costa debe servir de advertimiento para preservarnos de excesos de exaltación con reacciones de olvido. El consejo del herrero conviene a la fragua de los afectos: hay que encender un fuego que dure y no abraze.

Tan turbados estaban los que acudieron a Graus atraídos por el fallecimiento del grande hombre, que al retraerse de las fondas para seguir los fúnebres despojos pusieron en olvido las facturas, y hubo que pagarlas con la herencia de Costa.

Eran tantos los que llegaron en trenes, que se organizó un servicio de automóviles para conducirlos de Barbastro a Graus y devolverlos luego a la estación; pero la mucha pena

aloca, y como no pensaron que aquellos servicios eran de pago, hubo que pagarlos con la herencia de Costa.

Al solicitar el Gobierno los restos para rendirles honores nacionales advirtió que todos los gastos corrían a cuenta del Estado. El amo del periódico, las autoridades y el pueblo reclamaron el cadáver para Zaragoza, y el Gobierno lo cedió por evitar otros lutos. ¿Quién iba a recoger ahora las cuentas de galera, furgón y tren? ¿El periódico, por su éxito; el Municipio, por tener los restos; el Estado, que los cedió, renunciando al homenaje nacional? Unos por otros, todos se llamaron andanas y hubo que pagar con la herencia de Costa.

¿Tanta era la herencia de Costa? El defensor de La Solana no tenía campitos ni casitas, como dijo la Prensa de entonces. Dejó 30.000 pesetas en valores del Estado, y con su menguada renta hizo el exactísimo reparto de gastos, que sometió a consulta de Calderón, quedándole seis reales para vivir. De ese capital hubo que destinar buena parte al pago de fondas, carruajes, transportes del cadáver, con tantos aspavientos y amenazas reclamado.

El Cid, que inspiró a Costa, ganó batallas después de muerto; Costa siguió fracasando hasta después de morir.

Las nieves del Moncayo no sufrieron ultraje ni el monte lesión. Del monumento faraónico

sólo quedó el dibujo de un artista, reproducido en el frágil papel de un periódico.

Con ambiciones más modestas se nombró una Junta en la Presidencia del Consejo de Ministros para erigir una estatua a Costa, comparable a la de Castelar. Presidía esa Junta el jefe del Gobierno, Sr. Canalejas, y eran vocales Moret, Romanones, Groizard, Moya, Paraíso, Azcárate, Bescós, Franco Rodríguez, Labra, Chávarri, Mataix, Prast, y los alcaldes de Graus, Zaragoza, Huesca y Teruel. El primer subscritor fué el rey, con 5.000 pesetas; siguieron el presidente del Consejo, con 1.000; los ministros, con 500... Y no hubo más. El monumento se quedó en proyecto, y el dinero en el bolsillo de los donantes.

Andando el tiempo se le ocurrió al escritor García Mercadal ofrecer a Graus un busto de Costa, que sufragarían su hermano el arquitecto, el escultor José Bueno y él. García Mercadal sometió la idea al Ayuntamiento gradense para que fijara sitio de emplazamiento, invitándole de paso a colaborar en la obra. Lo que pudo ser delicado homenaje de tres aragoneses se frustró con la invitación, y no por culpa del Ayuntamiento ni de los gradenses, que ayudaron enardecidos, sino porque el proyecto tuvo ampliaciones, hasta convertirse en nacional. El Gobierno aprontó 20.000 pesetas; D. Basilio Paraíso, que fué el más generoso de los donantes particula-

res, solicitó la cooperación de todas las Cámaras de Comercio españolas; siguieron el Ayuntamiento y la Diputación de Huesca, el Ayuntamiento y la Diputación de Teruel, la Diputación de Zaragoza, y los demás... Total: 12.000 duros.

Las cenizas de Costa estaban ya frías y helados los sentimientos de admiración que suscitó su muerte. Aquellos centenares de periódicos que iban a abrir suscripciones para la "lista civil", guardaron silencio. Aquella "media España" que iba a contribuir con su óbolo, cerró la bolsa. Al Ayuntamiento de Zaragoza tuvieron que recordarle su tributo a última hora. De los dos grandes Casinos que colgaron de negro al pasar el féretro bajo sus balcones, el aristocrático no dió nada, y el plutocrático recaudó 12 pesetas entre sus 3.200 socios. Dos de los tres diarios que tiene Zaragoza no insertaron las listas de suscripción; entre ellos, el que protegía a Costa, mutilándole los originales. Ninguno de los tres se suscribió con un céntimo.

Ese monumento, inaugurado el 19 de septiembre de 1929 por un dictador que se proclamó discípulo de Costa, fué el último fracaso del que soñaba en 1874 con otro género de dictadura.

LAS OBRAS DE COSTA

Mariano de Cavia propuso convertir en monumento al Moncayo por ocupar el centro de Aragón y ser visible desde muchas leguas a la redonda; pero el verdadero monumento de Costa se lo forjó él mismo con los trabajos ciclópeos que representan las adjuntas listas de obras impresas o por imprimir y de los materiales que dejó reunidos y rotulados. Por mucho estrago que los obreros de la crítica hagan en la obra costista, es probable que todavía quede una montaña bastante alta para que pueda contemplarse desde cualquier punto de la nación.

Costa publicó 36 obras en vida. Con las reediciones y las nuevas publicaciones ordenadas por su hermano, disponemos de 37 volúmenes: los dos primeros están repetidos en los números XVIII al XXI inclusivos, por pertenecer a distintas ediciones:

- I.—LA FÓRMULA DE LA AGRICULTURA ESPAÑOLA. Tomo I: *Agricultura armónica* (expectante y popular). *Política hidráulica* (misión social de los riegos en España). Obras completas. Volumen I. Madrid, "Biblioteca Costa", 1911.

- II.—LA FÓRMULA DE LA AGRICULTURA ESPAÑOLA. Tomo II: *El arbolado y la patria. La tierra y la cuestión social.* Obras completas. Volumen II. Madrid, "Biblioteca Costa", 1912.
- III.—LA VIDA DEL DERECHO. Ensayo sobre el Derecho consuetudinario, con prólogo de G. de Azcárate. Segunda edición. Obras completas. Volumen III. Madrid, "Biblioteca Costa", 1914.
- IV.—TEORÍA DEL HECHO JURÍDICO, INDIVIDUAL Y SOCIAL. "Biblioteca Jurídica de Autores Españoles". Volumen VII. Madrid, 1880.
- V.—COLECTIVISMO AGRARIO EN ESPAÑA. (DOCTRINAS Y HECHOS.) Madrid, 1898.
- VI.—RECONSTITUCIÓN Y EUROPEIZACIÓN DE ESPAÑA. (Programa para un partido nacional.) Madrid, 1900.
- VII.—OLIGARQUÍA Y CACIQUISMO COMO LA FORMA ACTUAL DE GOBIERNO EN ESPAÑA; URGENCIA Y MODO DE CAMBIARLA. (Información del Ateneo.)
- VIII.—LA LIBERTAD CIVIL Y EL CONGRESO DE JURISCONSULTOS ARAGONESES. "Biblioteca Jurídica de Autores Españoles". Volumen XI. Madrid, 1883.
- IX.—ESTUDIOS JURÍDICOS Y POLÍTICOS. "Biblioteca Jurídica de Autores Españoles". Volumen XIV. Madrid, 1884.
- X.—REORGANIZACIÓN DEL NOTARIADO, DEL REGISTRO DE LA PROPIEDAD Y DE LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA.
- XI.—REFORMA DE LA FE PÚBLICA.
- XII.—LA POESÍA POPULAR ESPAÑOLA Y MITOLOGÍA Y LITERATURA CELTOHISPANAS. Introducción a un Tratado de Política racional e histórica, sacado de los Refraneros, Romanceros y Gestas de la Península. Madrid, 1884.
- XIII.—ESTUDIOS IBÉRICOS. (La servidumbre entre los iberos. Litoral español del Mediterráneo en los siglos IV-V antes de J. C.) Madrid, 1891-1895.

- XIV.—REVISTA NACIONAL. (ORGANO DE LA LIGA NACIONAL DE PRODUCTORES.)
- XV.—DERECHO CONSUECUDINARIO Y ECONOMÍA POPULAR DE ESPAÑA. Tomo I: *Alto Aragón*. "Biblioteca de Autores Españoles y Extranjeros". Barcelona, Manuel Soler, editor.
- XVI.—DERECHO CONSUECUDINARIO Y ECONOMÍA POPULAR DE ESPAÑA. Tomo II. "Biblioteca de Autores Españoles y Extranjeros". Barcelona, Manuel Soler, editor, 1902.
- XVII.—FORMAS TÍPICAS DE GUARDERÍA RURAL.
- XVIII.—AGRICULTURA ARMÓNICA.
- XIX.—POLÍTICA HIDRÁULICA.
- XX.—EL ARBOLADO Y LA PATRIA.
- XXI.—LA TIERRA Y LA CUESTIÓN SOCIAL.
- XXII.—MARINA ESPAÑOLA O LA CUESTIÓN DE LA ESCUADRA. Tomo V de la "Biblioteca Económica". Madrid, "Biblioteca Costa", 1913.
- XXIII.—LOS SIETE CRITERIOS DE GOBIERNO. Tomo VII de la "Biblioteca Económica". Madrid, "Biblioteca Costa", 1914.
- XXIV.—POLÍTICA QUIRÚRGICA. Tomo VIII de la "Biblioteca Económica". Madrid, "Biblioteca Costa", 1914.
- XXV.—CRISIS POLÍTICA DE ESPAÑA. (Doble llave al sepulcro del Cid.) Tercera edición, aumentada. Tomo VI de la "Biblioteca Económica". Madrid, "Biblioteca Costa", 1914.
- XXVI.—EL PROBLEMA DE LA IGNORANCIA DEL DERECHO Y SUS RELACIONES CON EL "STATUS" INDIVIDUAL, EL "REFERÉNDUM" Y LAS COSTUMBRES.
- XXVII.—PRIMERA CAMPAÑA DE LA CÁMARA AGRÍCOLA DEL ALTO ARAGÓN.
- XXVIII.—EL JUICIO PERICIAL (DE PERITOS PRÁCTICOS, LIQUIDADORES, PARTIDORES, TERCEROS, ETC.) Y SU PROCEDIMIENTO.

- XXIX.—LOS FIDEICOMISOS DE CONFIANZA.
 XXX.—PROYECTO DE ASILO AGRÍCOLA COLONIZADOR.
 XXXI.—INFORMACIÓN ACERCA DE SI DEBE APLICARSE LA
 LEY DE ACCIDENTES DEL TRABAJO EN AGRICULTURA.
 XXXII.—ALEMANIA CONTRA ESPAÑA.
 XXXIII.—MAESTRO, ESCUELA Y PATRIA.
 XXXIV.—QUIÉNES DEBEN GOBERNAR DESPUÉS DE LA CA-
 TÁSTROFE.
 XXXV.—TUTELA DE PUEBLOS EN LA HISTORIA. Obras com-
 pletas. "Biblioteca Costa". Volumen XI.
 XXXVI.—LA RELIGIÓN DE LOS CELTÍBEROS.
 XXXVII.—ULTIMO DÍA DEL PAGANISMO Y... PRIMERO DE
 LO MISMO. Libro póstumo. Obras completas. Volu-
 men XIV. Madrid, "Biblioteca Costa", 1917.

EN CURSO DE PUBLICACION

- TRANVÍAS Y ÓMNIBUS. Estudio de Derecho administrativo.
 LOS AYUNTAMIENTOS Y LAS ALINEACIONES DE CALLES.
 EL CONSEJO DE FAMILIA EN ESPAÑA. (Comentarios al Có-
 digo civil y jurisprudencia establecida, con notas de
 procedimiento.)
 IDEAS APUNTADAS EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS DE 1867.
 ISLAS LÍBICAS: CIRANIS, CERNE, HESPERIA.
 PLAN DE UNA HISTORIA DEL DERECHO ESPAÑOL EN LA AN-
 TIGÜEDAD.
 EL COMERCIO ESPAÑOL Y LA CUESTIÓN DE AFRICA.
 CÓMO DEBEN SER LOS MUNICIPIOS.
 REGENERACIÓN Y TUTELA SOCIAL.
 PROBLEMAS DE DERECHO ARAGONÉS.
 LA PATRIA DE VIRIATO.
 LA GUINEA ESPAÑOLA.
 POLÍTICA GEOGRÁFICA, SEGÚN JOAQUÍN COSTA.
 LA RELIGIÓN DE LOS CELTÍBEROS.

.....

POLÍTICA HISPANOMARROQUÍ.
PROBLEMAS PROLONGADOS.
MI PARTIDO POLÍTICO.
ESTÍMULOS COMERCIALES.
JUSTO DE VALDEDIÓS (novela).
"DAR DE COMER AL HAMBRIENTO" (problemas obreros y
casas baratas).
LA GENERACIÓN DEL PODER.
EPÍSTOLA REPUBLICANA.
POR QUÉ FRACASÓ LA UNIÓN NACIONAL.
LO GASTADO EN LA GUERRA, ¡SI SE HUBIESE GASTADO EN
LA PAZ...!
EL PESIMISMO NACIONAL.
ZARAGOZA A COSTA... COSTA A ZARAGOZA.
COLECTIVISMO, COMUNISMO Y SOCIALISMO EN DERECHO PO-
SITIVO ESPAÑOL. (Ensayo de un plan.)
EXCERPTA (reunión de varios trabajos).

MANUSCRITOS

Al hacer el inventario de los papeles de Costa su hermano y D. Marcelino Gambón anotaron los siguientes títulos, que el último reprodujo en *El Ribagorzano* el 8 de febrero de 1913. En esa relación hay varias obras concluidas y abundantes materiales aprovechables:

- 1.—Sobre Agricultura.
- 2.—Geografía.
- 3.—Pedagogía.
- 4.—Derecho.
- 5.—Política nacional.
- 6.—Cuestiones locales.

- 7.—La descentralización y el regionalismo.
- 8.—Los intereses de España en Marruecos son armónicos.
- 9.—Colectivismo, Comunismo y Socialismo.
- 10.—Prólogo a *Juan Corazón*.
- 11.—Abolición de la esclavitud.
- 12.—Informe sobre la escuadra.
- 13.—Artículos históricos.
- 14.—Folklore aragonés.
- 15.—Dialectos de transición.
- 16.—Proyecto de antiguos libros.
- 17.—Enseñanza de la Agricultura en las Escuelas.
- 18.—Mis primeros ensayos impresos.
- 19.—Meteoros acuosos (1866).
- 20.—Novelas nacionales (1894).
- 21.—Arte e historia.
- 22.—Preocupación de Costa acerca de las materias de gobierno (1883).
- 23.—Proyectos sobre la enseñanza de la Agricultura.
- 24.—Programa de un discurso filosófico sobre la Historia Universal.
- 25.—Historia Universal (1870).
- 26.—Apuntes para un nuevo método de enseñanza.
- 27.—El faro de los niños.
- 28.—Casas baratas para obreros, con sus planos.
- 29.—Si puede España ser una nación moderna.
- 30.—Arrendamientos agrícolas.
- 31.—Paraíso y Purgatorio de las almas según la mitología de los iberos.
- 32.—Folklore aritmético.
- 33.—Programa político del país.
- 34.—Colectivismo hidráulico.
- 35.—Generación del Poder.
- 36.—Estudios críticos.
- 37.—Porta Coeli (artículo social).
- 38.—Artículos sobre Derecho.

- 39.—Inscripción iberolatina de Jódar.
- 40.—Revolución española.
- 41.—Ideas de las Cortes españolas sobre la propiedad territorial.
- 42.—Discurso en el Ateneo oscense.
- 43.—Las pequeñas novelas.
- 44.—La religión de los españoles.
- 45.—Agricultura: Campo romano.
- 46.—El Patronato de Cuba.
- 47.—¡Exoriatur Aliquis!
- 48.—Partido aragonés.
- 49.—Catastro y Acta Torréns.
- 50.—Mi partido político (en turno de publicación).
- 51.—El gubernamentalismo.
- 52.—Proyecto de excursión a Marruecos.
- 53.—Plan de un libro sobre mis excursiones por el Pirineo.
- 54.—Asamblea de productores (febrero de 1899).
- 55.—Congreso de Agricultura en Madrid (1880).
- 56.—Tierras concejiles para el pueblo.
- 57.—Carpeta para política hidráulica.
- 58.—Carpeta sobre artículos de Historia.
- 59.—Estudios de política interior y colonial.
- 60.—Discursos de Zaragoza (1906).
- 61.—Carpeta sobre colectivismo agrario.
- 62.—Carpeta para *El Ribagorzano*.
- 63.—Addéuda.
- 64.—Ensayo de un plan sobre caminos vecinales.
- 65.—Socialismo y colectivismo.
- 66.—Política hidráulica.
- 67.—Política obrera.
- 68.—Puerto de Benasque.
- 69.—Cuba: Datos del civil Report.
- 70.—Biología.
- 71.—Importancia social de los alumbramientos de agua.
- 72.—Protección y librecambio.

- 73.—Funciones de Aragón en el organismo de la nacionalidad española.
- 74.—Costa, juez de oposiciones.
- 75.—Documentos de mi vida.
- 76.—Programas y partidos.
- 77.—Partido geográfico.
- 78.—Bocetos de poemas de Costa.
- 79.—Conferencia en la Asociación de la Prensa.
- 80.—Montjuich y Pedro Corominas.
- 81.—Opiniones sobre un discurso de la Academia.
- 82.—Programa para un libro de Geografía.
- 83.—Lo grande y lo pequeño.
- 84.—A los comerciantes de La Coruña.
- 85.—Tarjeta postal (Caridad).
- 86.—Pobreza constitucional del territorio.
- 87.—Sobre Patria.
- 88.—Doctrina Aristotélica.
- 89.—Los canales y Salmerón.
- 90.—Sistema de gobierno español.
- 91.—Programa de la Sociedad Africanista.
- 92.—Raza inferior: Falta de aptitudes.
- 93.—España es nación de Hacienda averiada.
- 94.—Contra el parlamentarismo.
- 95.—Pósitos.
- 96.—Cartas políticas.
- 97.—¡Que el pueblo está solo!
- 98.—Servicio militar obligatorio.
- 99.—Para el Congreso.
- 100.—Programa político del Cid Campeador.
- 101.—Ultimo día del paganismo (publicados 14 capítulos, que ocupan 560 páginas).
- 102.—Fracaso de la Unión Nacional (en turno de publicación).
- 103.—Refranes Ribagorzanos.
- 104.—Tipos y retratos (materiales para una novela).
- 105.—Falta de aptitudes en el pueblo.

- 106.—Lerroux (atentado de Hostrafranchs).
107.—Frasas de Costa.
108.—Opinión de Costa: Guerra del Rif y Maura.
109.—La República y los republicanos.
110.—Campaña sobre Marruecos.
111.—Guerra del Rif (1908).
112.—Ferrocarriles secundarios (Alto Aragón).
113.—Judíos de Oriente.
114.—Ingreso de Costa en el partido republicano.
115.—Política agraria.
116.—Petición a las Cortes sobre Africa.
117.—La protección de España a Cataluña.
118.—¡Arrepentidos!
119.—Zonas neutrales.
120.—Intelectuales.
121.—El Muni.
122.—Los caminos vecinales y Gasset.
123.—Programa político.
124.—Política de espectáculos.
125.—Canalejas y la política de la Cámara Agrícola del Alto Aragón.
126.—Cantera de intelectuales.
127.—Partido fusionista (Paraíso y Sagasta).
128.—Organización militar.
129.—Ahorro y crédito agrícola.
130.—Problema agrario de los campos.
131.—Catalanismo, separatismo.
132.—Organización del partido republicano.
133.—Sagasta y el manifiesto.
134.—Política internacional de España.
135.—Política y Administración.
136.—Aragón y Zaragoza.
137.—Sobre tuberculosis.
138.—Sueldos de ministros.
139.—Administración provincial y municipal.
140.—Agricultura.

- 141.—Repoblación de montes.
142.—Inundaciones.
143.—La unidad de la Patria.
144.—¿Romanones regenerador?
145.—Que España ha concluído.
146.—Salmerón contra su jefatura.
147.—El sainete de Lerroux.
148.—Crítica de la Restauración.
149.—La España tonta.
150.—El Arbol de los Sitios.
151.—Guinea española (en turno de publicación).
152.—A los boers.
153.—Lo gastado en la guerra, si se hubiera gastado en la paz... (en turno de publicación).
154.—Sobre la bancarrota nacional.
155.—Finis Hispaniæ.
156.—Mudar de cabeza.
157.—Obreros y soldados vegetales.
158.—Para que triunfe la República.
159.—Mar Pequeña y Sahara occidental.
160.—Europeización de los agricultores.
161.—Melancolías incurables de Costa.
162.—Cómo se nacionalizará la Monarquía.
163.—El hambre en 1894.
164.—Doña Emilia Pardo Bazán.
165.—Caciquismo en Aozaina.
166.—¡Marina de guerra!, ¿para qué ha servido?
167.—Cuestiones de Hacienda.
168.—Colonias portuguesas: Capello e Ibens.
169.—¿Costa redentor?
170.—Lo que el Gobierno ha hecho del programa de Zaragoza.
171.—Costa a los comerciantes de Valencia.
172.—Influencia.
173.—Cuatro años después.
174.—Cómo hacen Maura y Silvela la revolución.

- 175.—No tenemos fe.
- 176.—Los que pretendemos representar a las clases neutras.
- 177.—Los pesimismos de Moret.
- 178.—La España de hoy.
- 179.—Crédito agrícola: El Sol y los cambios.
- 180.—Regeneración de España.
- 181.—Partidos: no especie fija.
- 182.—Poesía popular del Alto Aragón.
- 183.—Alimentación de las plantas y su fecundación.
- 184.—Venida de Lerroux a Graus.
- 185.—Jefatura en Cataluña.
- 186.—¡Morir tenemos! (hacia el cementerio).
- 187.—Nacionalización de la dinastía.
- 188.—Empeñados en hacerme lerrouxista.
- 189.—Ermitaños y políticos.
- 190.—Tudela y Queiles.
- 191.—¡Jefatura!
- 192.—Perdida la última esperanza.
- 193.—¿Dónde estaba Costa durante la restauración?
- 194.—Política angloespañola.
- 195.—Opresión de la Prensa.
- 196.—Pensamiento político de Salmerón.
- 197.—Después de mi separación del partido (1909).
- 198.—Mi causa criminal por mi artículo contra Maura.
- 199.—Lo que hemos intentado desde Barbastro.
- 200.—Oligarquía y caciquismo (nueva edición).
- 201.—España en el madero.
- 202.—La conquista del pan.
- 203.—Cultivo público de tierras privadas.
- 204.—Fundación de la Cámara Agrícola del Alto Aragón.
- 205.—Caciquismo: Responsabilidades de Camo.
- 206.—Para autógrafos.
- 207.—Poesía de la Edad Media.
- 208.—Ignorancia del derecho civil real.
- 209.—Personal para la nueva gobernación.

- 210.—El trabajo colectivo y las pensiones para la vejez.
211.—Tentativa de nueva Unión Nacional.
212.—Renuncia del rey.
213.—Manifiesto electoral de Barbastro.
214.—Gibraltar, Marruecos, Portugal.
215.—El problema de los cambios.
216.—Política hidráulica y Cámara de Barbastro.
217.—Manifiesto de la Cámara.
218.—Ferrocarriles: Rescate.
219.—Presupuestos, economías.
220.—Cuestión monetaria.
221.—Banco de España: Cuestión monetaria.
222.—Canales.
223.—Policía de caminos vecinales.
224.—Mis supuestas declaraciones de Graus contra Salmerón.
225.—Mis causas por dinastía ilegítima y cómo se nacionaliza el rey.
226.—Impuesto de Consumos.
227.—Mariano de Cavia.
228.—Pesimismo nacional: Finis Hispaniæ.
229.—Lo que es la magistratura española.
230.—La dirección de Costa a las masas para el pronto advenimiento de la República.
- Varios paquetes de notas y materiales para la novela *Soter* (Ultimo día del paganismo), con los títulos: *La Revolución. El cadalso en las plazas públicas. Soter a Ceuta. España grande.*

A.S. 70
VIDAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX

MANUEL CIGES APARICIO

*

JOAQUÍN COSTA

El gran fracasado

PRIMERA EDICIÓN



ESPASA-CALPE, S.A.

315 c 2







CINCO PESETAS

DDI

